EL JUICIO AL SUJETO

UN ANALISIS GLOBAL DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

IMMANUEL WALLERSTEIN
ANDRE GUNDER FRANK
MARTA FUENTES
JOHAN GALTUNG
SAMIR AMIN
RAFAEL GUIDO BEJAR
OTTO FERNANDEZ REYES

FLACSO
MIGUEL ANGEL PORRUA
GRUPO EDITORIAL

Las ciencias sociales

1a. edición, noviembre de 1990
Cada uno de los autores conserva
la propiedad intelectual del
trabajo que en este volumen presenta.
© Facultad Latinoamericana de
Ciencias Sociales. Sede México.
© 1990. Las características tipográficas
son propiedad de los editores.
Derechos reservados conforme a la ley
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, LIBRERO-EDITOR
ISBN: 968-842-252-5

Impreso en México

Printed in Mexico

FACULTAD LATINOAMERICANA
DE CIENCIAS SOCIALES
Carretera al Ajusco Km. 11.5
10740 México, D. F.

GRUPO EDITORIAL
MIGUEL ANGEL PORRUA, S. A.
Amargura 4, San Angel
01000, México, D. F.

PRESENTACIÓN

por

RAFAEL GUIDO BÉJAR
OTTO FERNÁNDEZ REYES
MARÍA LUISA TORREGROSA

Agradecimientos

Los compiladores de este volumen,
agradecen a los autores la gentileza por enviarnos
los trabajos aquí reproducidos y su autorización
para impulsar la presente publicación.
Asimismo, reconocemos el decidido apoyo de
Jose Luis Barros, Director de FLACSO Sede México,
sin cuya colaboración esta edición no hubiera sido posible.

EN LA ACTUALIDAD, *América Latina transita un traumático proceso de transformación en la reconstrucción de su modernidad. Una de las características más llamativas del mismo es la compleja constitución de la subjetividad social de sus agentes, grupos, clases y actores sociales. Ante esta complejidad -común a otras experiencias históricas en curso que contienen sus propios ritmos y tonos-, el discurso de los sujetos en general pasa por una crisis ante la cual diversas tradiciones de pensamiento (el accionalismo, el neomarxismo, la lógica de movilización de recursos, la nueva subjetividad democrática, etcétera) realizan evaluaciones de diferente profundización y alcances. Unas rechazan el rol central de ciertos actores sociopolíticos o institucionales; algunas rastrean la crisis de los actores, los proyectos y utopías situados en las tareas asignadas a determinados sujetos en las sociedades capitalistas en general; otras analizan la "resurrección" de formas "nuevas" de subjetividad y acción social, presentes en los denominados "nuevos movimientos sociales", con su especificidad respectiva en las tres divisiones políticas del mundo (el Occidente, el Este y el Sur).*

Esta variación en el horizonte de la conciencia social no deja ya dudas de que hoy presenciamos un descreimiento global sobre, o al menos una crítica frontal a, las otrora subjetividades positivas de realización de la historia, y de su supuesta capacidad para liberar de trabas y obstáculos episódicos a la humanidad. Ya sean éstos los procesos de subjetivi-

Agradecimientos

Los compiladores de este volumen,
agradecen a los autores la gentileza por enviarnos
los trabajos aquí reproducidos y su autorización
para impulsar la presente publicación.
Asimismo, reconocemos el decidido apoyo de
Jose Luis Barros, Director de FLACSO Sede México,
sin cuya colaboración esta edición no hubiera sido posible.

En la actualidad, *América Latina transita un traumático proceso de transformación en la reconstrucción de su modernidad. Una de las características más llamativas del mismo es la compleja constitución de la subjetividad social de sus agentes, grupos, clases y actores sociales. Ante esta complejidad –común a otras experiencias históricas en curso que contienen sus propios ritmos y tonos–, el discurso de los sujetos en general pasa por una crisis ante la cual diversas tradiciones de pensamiento (el accionalismo, el neomarxismo, la lógica de movilización de recursos, la nueva subjetividad democrática, etcétera) realizan evaluaciones de diferente profundización y alcances. Unas rechazan el rol central de ciertos actores sociopolíticos o institucionales; algunas rastrean la crisis de los actores, los proyectos y utopías situados en las tareas asignadas a determinados sujetos en las sociedades capitalistas en general; otras analizan la "resurrección" de formas "nuevas" de subjetividad y acción social, presentes en los denominados "nuevos movimientos sociales", con su especificidad respectiva en las tres divisiones políticas del mundo (el Occidente, el Este y el Sur).*

Esta variación en el horizonte de la conciencia social no deja ya dudas de que hoy presenciamos un descreimiento global sobre, o al menos una crítica frontal a, las otrora subjetividades positivas de realización de la historia, y de su supuesta capacidad para liberar de trabas y obstáculos episódicos a la humanidad. Ya sean éstos los procesos de subjetivi-

dad vinculados a las estructuras de reproducción de las sociedades de clase o a las bondades, per se, del Estado de bienestar keynesiano o a las propuestas de construcción del socialismo "real". Es evidente que la relación entre la explosión con que hoy se resalta y evalúa la subjetividad del discurso político y social con el juicio al sujeto y la abrupta virulencia de la transición e inflexión históricas por las que pasan los proyectos de sociedad, conmueven las estructuras discursivas de las ciencias sociales en general. Así, la formación de la acción colectiva aparece inscrita en interacciones múltiples, aparentemente interpretadas sin un eje o principios organizadores, en cuanto hipótesis teóricas globales, que logren aprehender las totalidades de la interacción social. De esa manera, parecería que nos halláramos en un umbral sin parámetros teóricos para comprender la discursividad y movilización de los agentes, actores, fuerzas sociales y políticas situados en espacios de corta, mediana y larga duración coyuntural y/o estructural.

La capacidad de variación, según determinadas tradiciones y juicios, en los motivos que orientan y determinan la acción tanto en el plano individual como el colectivo, ha provocado este escepticismo sobre la capacidad predictiva con la cual evaluar y analizar las tendencias de la conducta humana contemporánea. Con lo cual el auge de consignas utilitaristas, pragmáticas, individualistas, elitistas e indeterministas acerca de la acción social ha retomado con bríos los espacios de reflexión respectivos. Atribuyéndole a la posibilidad relacional entre conciencia-acción colectiva, presupuestos de discontinuidad históricos que releva, por lo tanto, la especificidad objetiva de la acción en atención de procesos concretos y particulares. Con lo cual la idea de tendencialidad de la acción colectiva es devaluada y sistemáticamente abandonada por considerarla un atributo de reduccionismos inconvenientes y en lo esencial, grotescos a fin de ser asumidos como ejes tangibles explicativos de la pródiga diferenciación en las

causas y motivos interactuantes en la producción y reproducción de lo colectivo.

En este sentido, la presente entrega de materiales se inserta, de manera directa, en la crítica a los diversos juicios a los sujetos y con ello, también, a los diferentes sentidos que alcanza la acción histórica en los distintos contextos de la acción social, política y cultural; reinterpretando sus tendencias, así como registrando las nuevas determinaciones que insinuan nuevos componentes de la acción social. Los diversos trabajos, aquí reunidos, intentan reconocer, por un lado, las afinidades y especificidades de dicha subjetividad, y por otro, la persistencia estructural determinante –ausente(s) en muchos de los discursos sobre movimientos sociales– con respecto a las desigualdades que permanecen, que imponen y redefinen ámbitos a la acción, al conflicto y al cambio social en nuestras sociedades respectivas.

Los trabajos incluidos, que cubren una amplia gama de dinámicas sociales, estructurales y coyunturales así como una gran diversidad de ámbitos sociales, proporcionan al lector un vasto horizonte de las posibilidades y consecuencias de la subjetividad clasista y no clasista en el terreno de la crisis y cambio sociales de las sociedades contemporáneas. Intentan proyectar la diversidad y desde ésta otorgar significado tendencial a los parámetros con los cuales situar las condiciones que estructuran lo social y las conductas derivadas o generadas bajo tales dinámicas.

Con esta idea central los compiladores revisaron la literatura sobre el tema e identificaron autores que contaban con propuestas desde distintos enfoques analíticos. Se hizo contacto con ellos exponiéndoles el proyecto de publicación, a lo cual accedieron enviándonos su trabajo. Los documentos enviados por los diversos autores coincidieron en tratar los puntos más importantes de la preocupación teórica y analítica actual sobre los movimientos sociales, proporcionándole unidad y congruencia a la presente compilación.

Bajo esta óptica, el trabajo de Immanuel Wallerstein, "1968, revolución en el sistema-mundo: tesis e interrogantes", recupera la complejidad y significación mundial de los acontecimientos de 1968 y la escala de consecuencias históricas que de aquel hecho se desprenden. Sobresale, entre los legados políticos de este parteaguas, la necesidad de reconocer la multiplicidad de subjetividades en la acción social antisistémica, con intereses que rebasan la única y sola pretensión de alcanzar el poder político y/o de abrogarse la capacidad potencial, parcial e histórica, de arribar a ser antisistémicos en cuanto a fuerzas sociales globales.

La argumentación que presenta Samir Amin, en "Las nuevas formas del movimiento social", coincide –en buena parte– con la posición del resto de autores de este libro, aun cuando el carácter de su reflexión presente el pesimismo y las dudas sobre el momento incierto característico de las "nuevas" formas de subjetividad de los movimientos sociales hoy actuantes. Amin hace consideraciones sobre la inconmensurable diversidad de este tipo de acción colectiva, de los objetivos, intereses y al parecer, diversidad organizacional no-centralizada para la acción, de manera principal, en la coyuntura, para concluir que las potencialidades y capacidades de estos movimientos sociales son muy limitadas, desde la perspectiva sistémica. Para el autor, la fase de "replanteamiento" de la acción, en tanto movimientos capaces de generar avances históricos sustantivos, consiste en la posibilidad de ofrecer una respuesta real "al desafío objetivo" a que están enfrentadas las fuerzas sociales y políticas, antiguas y nuevas, en Occidente, en el Tercer Mundo y en las sociedades socialistas. Por supuesto, para Amin, las formas de organización guardan estrechos vínculos con las fases de "prosperidad" y de "crisis estructural", en las cuales el perfil de la subjetividad y la organización de los sujetos adopta formas y contenidos muy diferenciables.

Quizás a las dudas y evaluaciones perspicaces de Amin se les puede, parcialmente, encontrar una respuesta tentativa, más global, en el texto que André Gunder Frank y Marta Fuentes nos enviaron: "Diez tesis acerca de los movimientos sociales". Allí, los autores sostienen una amplia discusión comparativa sobre los nuevos acentos y posibilidades de las fuerzas políticas, sociales y culturales que cristalizan como movimientos en el escenario mundial. Su preocupación es la de conectar las antiguas formas de lucha con los más recientes procesos de movilización y conflictividad social. Resaltan, asimismo, las peculiaridades de "desligamiento" con que operan innumerables fuerzas sociales respecto de grandes estrategias de desarrollo o de utopías políticas en general y registran la vuelta a la individualidad y la formación de centralidad de acción con base en la protección de lo comunitario, lo participativo y en los derechos tangibles de sectores específicos de la sociedad. Concluyen con una caracterización de los sujetos como cíclicos, transitorios, defensivos, frágiles y mutuamente conflictivos, así como en capacidad de generar lazos o redes más globales orientados hacia la transformación estructural a través de una profundización de la democracia, desde y en la sociedad civil misma, y con progresiva, autonomía frente al Estado. De todo esto se produce una transformación social profunda que altera las subjetividades y hace mucho más compleja la identificación de las determinantes necesarias para captar la globalidad de los sujetos inscritos en las heterogéneas, pero no irreconocibles, luchas sociales.

Como ejemplo de una forma peculiar de constitución de fuerza social y política en las sociedades del capitalismo de bienestar, el trabajo de Johan Galtung, "El Movimiento Verde: Una exploración sociohistórica", pretende resaltar la historicidad global, a través del análisis de caso, de un movimiento que sintetiza y es resumen de muchos otros movimientos. Galtung destaca la originalidad de este tipo de

movimiento con respecto a las tradiciones liberal-conservadora capitalista y marxista-socialista. Para el autor, la visión de cambio de los verdes se incorpora a la tradición anarquista, en su versión no violenta. La visión verde acerca de la revolución, que no reduce la dinámica de la misma a un factor único, reclama una aproximación a la sociedad real más global y menos sujeta a férreos determinismos.

El trabajo de Rafael Guido y Otto Fernández, "El juicio al sujeto", presenta una serie de comentarios críticos a las tendencias más importantes en el análisis de la acción colectiva en América Latina. Enfatiza las limitaciones que estas propuestas contienen en el tratamiento de temas como: La visión de totalidad en el análisis social, la relativización de las clases sociales y el conflicto, la reducción de la crisis a procesos institucionales, transición, pactos políticos, etcétera. Los autores evalúan que el juicio montado a los sujetos, y en especial a los movimientos sociales, presenta obvias restricciones originadas en un cambio de paradigma que desconoce el papel, aún central, en la constitución de la subjetividad social de las contradicciones sistémicas en las sociedades del capitalismo periférico.

Finalmente, no podemos dejar de resaltar que los autores aquí incluidos presentan importantes coincidencias, a la vez que matices y énfasis situados en un mismo campo cultural. Preocupados, esencialmente, por identificar la plausibilidad y centralidad de las nuevas formas de subjetividad en sus vínculos con el pasado, en sus trayectorias presentes y en las posibilidades que hacia el futuro es permisible prever desde un sentido histórico amplio, contradictorio y sujeto a la acción humana deliberada. Sin contraer deudas o compromisos reduccionistas, que obviamente distraigan energías y propósitos de esclarecimiento acerca de la conducta social, así como de reconstruir interpretaciones que la propia experiencia social descartó como insuficientes y empobrecedoras para explicarnos la conducta de los agentes y actores sociales.

Pensamos que los distintos aportes reunidos, que defienden con pasión –y no sin cierta dosis sustantiva de crítica imprescindible– las tradiciones de pensamiento crítico en general, e intentan, crear el espacio para una reflexión mediada por la decidida postura para afrontar, de manera directa, la discusión problemática acerca de la acción colectiva. Las contradicciones que aquí se encuentren no serán, en esa medida, fruto del azar o la incertidumbre, sino la deliberada y definida intención por resaltar ángulos que nos impulsen a reconocer la complejidad organizada por las propias directrices de la intención y acción humana históricamente plasmada.

[Ajusco, México, DF, diciembre de 1989]

Apuntes básicos para el simposio
"1968 Como un evento global",
Brooklyn College, 20-21 de octubre de 1988.
Traducción de Rafael Guido Béjar.

Tesis 1: *1968 fue una revolución en y del sistema-mundo*

La revolución de 1968 fue una revolución peculiar. Estuvo caracterizada por manifestaciones, desórdenes y violencia en muchas partes del mundo durante un periodo de, al menos, tres años. Sus orígenes, consecuencias y lecciones no pueden ser analizadas correctamente apelando a las circunstancias particulares de las expresiones locales de este fenómeno global, no obstante que muchos de los factores locales condicionaron los detalles de las luchas sociales y políticas en cada localidad.

1968 como evento ha finalizado hace mucho tiempo. Sin embargo, fue uno de los grandes eventos constitutivos en la historia de nuestro moderno sistema-mundo, el tipo de eventos que llamamos parteaguas. Esto significa que las realidades ideológico-culturales del sistema-mundo han sido, en forma definitiva, cambiadas por el evento, en sí mismo, la cristalización de ciertas tendencias estructurales de larga existencia en el funcionamiento del sistema.

I. Los orígenes

Tesis 2: *La protesta principal de 1968 fue en contra de la hegemonía norteamericana*

en el sistema-mundo (y en contra de la aquiescencia soviética a esa hegemonía)

En 1968 el mundo estaba, todavía, en medio de lo que se ha dado en llamar en Francia: los "treinta gloriosos años" el periodo de increíble expansión de la economía-mundo capitalista que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial. O mejor dicho, 1968 siguió, en forma inmediata, a la primera evidencia significativa del comienzo de una larga estagnación de la economía-mundo, esto es, las serias dificultades del dólar norteamericano (dificultades que, desde entonces, no han cesado).

El periodo 1945-1967 había sido de incuestionada hegemonía para los Estados Unidos en el sistema-mundo, debido a la increíble superioridad de su eficiencia productiva en todos los campos, como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial.

Los Estados Unidos convirtieron esta ventaja económica en una dominación cultural y política mundial al impulsar cuatro importantes iniciativas políticas en el periodo posterior a 1945. Construyó a su alrededor un "sistema de alianzas" con Europa occidental (y Japón) caracterizado por el liderazgo del "mundo libre" e invirtió en la reconstrucción económica de estas áreas (el Plan Marshall, etcétera). Los Estados Unidos buscaban, de esta manera, asegurar el papel de Europa occidental y de Japón como sus principales consumidores económicos y garantizar su estabilidad política interna y su clientelismo político internacional.

En segundo lugar, los Estados Unidos entraron en una relación estilizada de guerra fría con la Unión Soviética basada en la reservación, para la URSS, de una pequeña pero importante zona de dominación política (Europa del este). El así llamado acuerdo de Yalta permitió a los dos países presentar su relación como una confrontación ideológica ilimitada, con la importante estipulación de que en la línea Este-Oeste no ocurrieran cambios y no se dieran confrontaciones militares reales, especialmente en Europa.

En tercer lugar, los Estados Unidos buscaban alcanzar la descolonización gradual, relativamente incruenta, de Asia y África, bajo el supuesto de que ésta podía ser alcanzada por la vía del así llamado liderazgo moderado. Esto adquirió mayor urgencia ante la victoria del Partido Comunista en China, una victoria (adviértase) que se obtuvo a pesar de los consejos de la URSS. La moderación se definió como la ausencia de nexos ideológicos significativos de este liderazgo con la URSS y el mundo comunista y, sobre todo, por la voluntad de los Estados descolonizados de participar en el marco existente de acuerdos económicos internacionales. Este proceso de descolonización bajo el control de los moderados tuvo la complicidad del uso ocasional y juicioso de la fuerza militar limitada de los Estados Unidos.

En cuarto lugar, el liderazgo norteamericano buscaba crear un frente unitario nacional al minimizar el conflicto de clase interno por medio de concesiones económicas a la clase trabajadora sindicalizada, especializada, por un lado, y por medio de la incorporación de los trabajadores norteamericanos a la cruzada anticomunista mundial, por otro. También buscaba frenar los conflictos raciales potenciales eliminando la discriminación abierta en la arena política (el fin de la segregación en las fuerzas armadas, la invalidación constitucional de la segregación en todas las arenas, el decreto sobre los derechos al voto). Los Estados Unidos estimularon a sus más importantes aliados a trabajar de modo paralelo por la maximización de la unidad interna.

El resultado de todas estas iniciativas políticas, por parte de los Estados Unidos, fue un sistema de control hegemónico que funcionó bastante bien en la década de los cincuenta. Esto hizo posible la expansión continua de la economía-mundo con beneficios significativos en el ingreso para los estratos "medios" en todo el mundo. Hizo posible la cons-

trucción de las redes de agencias internacionales de las Naciones Unidas que, en ese tiempo, reflejaron la voluntad política de los Estados Unidos y que garantizaban una arena política mundial relativamente estable. Contribuyó a la "descolonización" de extensas áreas de lo que se dio en llamar el Tercer Mundo con sorprendente rapidez. Y esto aseguró, en el Occidente, que la década de los cincuenta fuera un periodo, en general, de relativa quietud política.

Sin embargo, para la década de los sesenta, esta pauta de hegemonía exitosa ya había comenzado a arder, en gran parte por su mismo éxito. La reconstrucción económica de los fuertes aliados de Estados Unidos fue tan vasta que comenzaron a reafirmar cierta autonomía económica (e incluso política). Este fue uno, aunque no el único, de los significados del gaullismo, por ejemplo. La muerte de Stalin marcó el final de un bloque soviético "monolítico". A esto siguió, como sabemos, un proceso (aún en marcha) de desestalinización y de desatelización, los dos puntos cruciales más importantes que estaban en el reporte de Kruschev al XX Congreso del Partido Comunista de la URSS y en el conflicto sino-soviético de 1960. La fluidez de la descolonización del Tercer Mundo fue alterada por dos largas y sangrientas guerras anti-coloniales en Argelia y en Vietnam (a las cuales debe ser asociada la larga lucha de Cuba). Finalmente, la concesión política en la década de los cincuenta a los "grupos minoritarios" en los Estados Unidos (y en todas partes del mundo occidental) acentuó las expectativas que, en realidad, no estaban siendo atendidas, ni en la arena económica ni en la política y, así, en la práctica real, estimuló más que constriñó a la movilización política.

La década de los sesenta comenzó con el tándem de Kennedy y Kruschev, quienes, en efecto, prometían mejorar la situación. Entre otros, tuvieron éxito en quitar los pesados frenos ideológicos que habían sido tan exitosos en sujetar al

mundo en la década de los cincuenta, sin realizar, no obstante, ninguna reforma fundamental de los sistemas existentes. Cuando ellos fueron removidos del poder y reemplazados por el tándem Johnson-Brezhnev, las esperanzas en los comienzos de los sesenta desaparecieron. No obstante, las renovadas presiones ideológicas que estos poderes intentaron reaplicar ahora estaban siendo ejercidas ante una opinión pública más desengañada. Éste era el polvorín prerrevolucionario en el cual la oposición a la hegemonía norteamericana, en todas sus múltiples expresiones, explotaría en 1968 -en los Estados Unidos, en Francia, en Checoeslovaquia, en México y otros lugares.

Tesis 3: *La protesta secundaria, pero al final más apasionada de 1968 fue en contra de los movimientos antisistémicos de la "vieja izquierda"*

El siglo diecinueve presenció el nacimiento de las dos más importantes variedades de los movimientos sistémicos: los movimientos sociales y los nacionales. El primero enfatizó la opresión del proletariado por parte de la burguesía; el segundo, la opresión de los pueblos (y "minorías") sometidos por parte de los grupos dominantes. Ambos tipos de movimientos buscaron alcanzar, en un sentido amplio, la "igualdad". De hecho, ambos tipos de movimientos utilizaron los tres términos de la consigna revolucionaria francesa de "libertad, igualdad y fraternidad", virtualmente intercambiables.

Los dos tipos de movimientos tomaron una forma organizativa concreta en un país tras otro, y en definitiva, casi en todas partes, en la segunda mitad del siglo diecinueve y en la primera del veinte. Los dos tipos de movimientos enfatizaron la importancia de obtener el poder estatal como un logro intermedio indispensable en la ruta hacia sus objetivos últimos. El movimiento social, no obstante, tuvo una importan-

te escisión mundial a comienzos del siglo veinte con respecto a la vía de la toma del poder estatal (el parlamentarismo *versus* las estrategias insurreccionales).

Para 1945 existían tres claras y diferentes redes de dichos movimientos en la escena mundial: los partidos comunistas de la Tercera Internacional; los partidos social-demócratas de la Segunda Internacional; los diversos movimientos nacionalistas (o de liberación nacional). El periodo 1945-1968 fue de logros políticos notables para estas tres redes de movimientos. Los partidos de la Tercera Internacional llegaron al poder, por uno u otro medio, en una serie de países más o menos contiguos a la URSS (Europa oriental, China, Corea del Norte). Los partidos de la Segunda Internacional llegaron al poder (o al menos lograron el *droit de cité*, esto es el derecho de *alternancia*) en el mundo occidental (Europa occidental, Norteamérica, Australia). Los movimientos de liberación nacional arribaron al poder en la mayoría de áreas anteriormente colonizadas en Asia, en el medio este, en África, el Caribe y, en formas un poco diferentes, en América Latina, largamente independiente.

El punto importante para el análisis de la revolución de 1968 es el que los nuevos movimientos que emergieron entonces fueron dirigidos por gente joven que habían crecido en un mundo donde los movimientos antisistémicos tradicionales de sus respectivos países no estuvieron en las primeras fases de la movilización, pero que ya habían alcanzado la meta intermedia del poder estatal. Así, estos "viejos" movimientos podrían ser juzgados no solamente por sus promesas sino también por sus prácticas una vez en el poder. Éstos fueron así juzgados y fueron encontrados deficientes en un grado considerable.

Fueron encontrados deficientes por dos principales razones. Primero, por su falta de eficacia para combatir al sistema-mundo capitalista existente y a su actual encarnación institucional, la hegemonía norteamericana. En segundo lugar, ellos fueron encontrados deficientes en la calidad de vida que habían creado en las estructuras estatales "intermedias" que presumiblemente controlaban. Así es que, en las palabras de un aforismo famoso de 1968, no fueron ya considerados más como "parte de la solución". En vez de eso, se habían convertido en "parte del problema".

La ira de los SDS norteamericanos en contra de los "liberales", la de los *soixante-huitards* en contra del PCF (para no hablar de los socialistas), la de los SDS alemanes en contra del SPD fue de lo más apasionada debido al sentido de traición fundamental. Ésta fue la implicación real de ese otro aforismo de 1968: "Nunca confíes en alguien mayor de 30 años." fue menos generacional en el nivel de los individuos que generacional en el nivel de las organizaciones antisistémicas. No fue accidental el que la principal revuelta en el bloqueo socialista tuviera lugar en Checoeslovaquia, un país con una tradición particularmente larga y fuerte en la Tercera Internacional. Los líderes de la Primavera de Praga luchaban en nombre del "comunismo humanista", esto es, en contra de la traición que representó el estalinismo. Tampoco fue accidental que la principal revuelta en el Tercer Mundo ocurriera en México, el país que tenía el más antiguo movimiento de liberación nacional en el poder, de manera continua, o que, de manera particular, importantes revueltas ocurrieran en Dakar y Calcuta, dos ciudades con tradiciones nacionalistas muy antiguas.

La revolución de 1968 no fue la única que atacó, aunque sólo fuese de manera secundaria, a las "viejas izquierdas" en el mundo entero, también estas "viejas izquierdas", por lo que sabemos, respondieron con la misma moneda. Las "viejas izquierdas" quedaron, en primer lugar, asombradas de encontrarse a sí mismas bajo el ataque desde la izquierda (¿quién de nosotros, quién tiene tales impecables credenciales?), y luego, profundamente enfurecidas ante el aventurerismo que las "nuevas izquierdas" representaban ante sus

ojos. En tanto las "viejas izquierdas respondieron con creciente impaciencia y hostilidad al "anarquismo" expansivo de las "nuevas izquierdas", éstas últimas comenzaron a poner un énfasis cada vez mayor en la centralidad ideológica de su lucha en contra de las "viejas izquierdas". Ésta tomó la forma de multivariados "maoísmos" que se desarrollaron a comienzos de la década de los setenta en todas partes del mundo, incluyendo, claro esta, a la misma China.

Tesis 4: *La contra-cultura fue parte de la euforia revolucionaria, pero políticamente no fue central a 1968*

Lo que dimos en llamar "contra-cultura" a finales de los sesenta fue un componente muy visible de los diversos movimientos que participaron en la revolución de 1968. En forma general, por una conducta de contra-cultura en la vida diaria (la sexualidad, las drogas, la moda) y en la de las artes queremos decir que es no convencional, no "burguesa" y dionisíaca. Hubo una enorme escalada cuantitativa de dicha conducta asociada directamente con el activismo en el "movimiento". El festival *Woodstock* en los Estados Unidos representó un tipo de cúspide simbólica de tal contra-cultura relacionada con el movimiento.

Pero, claro, la contra-cultura no era, de modo particular, un nuevo fenómeno. Había existido durante dos siglos una "bohemia" asociada con la juventud y las artes. El relajamiento de las costumbres sexuales puritanas ha sido un desarrollo lineal estable en todo el mundo del siglo veinte. Más aún, las "revoluciones" habían ofrecido previamente la ocasión de una afirmación de la contra-cultura. Aquí, no obstante, los dos modelos de las revoluciones previas deben de ser tomadas en cuenta. Si en estas revoluciones, que habían sido planeadas, organizadas y realizadas en prolongadas luchas militares, el puritanismo revolucionario, por lo común, se

transformó en un elemento importante de disciplina (ver la historia del Partido Comunista Chino). Sin embargo, en donde las circunstancias revolucionarias incluían una gran cantidad de actividades espontáneas (como fue el caso de la Revolución rusa de 1917 o el triunfo de Castro en Cuba), la espontaneidad significó un quiebre en los constreñimientos sociales y, por lo tanto, se asociaba, al menos en la fase inicial, con la contra-cultura (por ejemplo: "el amor libre" en la Rusia pos-1917). La revolución de 1968 tuvo, por supuesto y de forma particular, un fuerte componente de espontaneidad y de esta manera, como dice la tesis, la contra-cultura se convirtió en parte de la euforia revolucionaria.

No obstante, como todos hemos aprendido en la década de los setenta, es muy fácil disociar la contra-cultura de la actividad política (revolucionaria). En efecto, es fácil tornar las tendencias contra-culturales en estilos de vida orientados, muy redituables, hacia el consumo (la transición de los *yippies* en *yuppies*). Por tanto, mientras que la contra-cultura de la nueva izquierda era lo sobresaliente en la mayoría de estas fuerzas, como lo veían sus enemigos, en última instancia era un elemento menor en el cuadro. Puede ser que una de las consecuencias de 1968 fuera que los estilos de vida dionisíacos se difundieran con mayor amplitud, pero no es uno de sus legados. Es a los legados políticos a los que debemos volver ahora.

II. Los legados

Los legados de los eventos parteaguas son siempre fenómenos complejos. Por un lado, ellos son siempre ambiguos. Por otro, son siempre el objeto de una lucha por parte de diversos herederos que reclaman la herencia, esto es, la legitimidad de una tradición. Por favor nótese que ya existe una tradición del 68. Las tradiciones son creadas con rapidez y la "tradición" de la revolución de 1968 estaba ya funcionando

a comienzos de la década de los setenta. Y en 1988 hay muchas celebraciones, también, muchos libros y muchos intentos de recuperación. esto no debe sorprendernos ni desanimarnos. Los eventos histórico-mundo tienen vida propia y resisten cualquier tipo de captura simple. 1968 no es diferente.

Habiéndoles, así, prevenido de mí mismo, quiero, a pesar de eso, presentarles lo que pienso son los dos principales legados de 1968.

Tesis 5: *Los movimientos revolucionarios que representan a los estratos "minoritarios" o sometidos ya no necesitan, y ya no lo hacen más, tomar un lugar secundario en los movimientos revolucionarios que representan presumibles grupos "mayoritarios"*

1968 fue la tumba ideológica del concepto de "papel dirigente" del proletariado industrial. Este papel dirigente había sido desafiado desde hace mucho tiempo, pero nunca antes tan masiva y tan eficazmente. Para 1968, este papel estaba siendo desafiado con el argumento de que el proletariado industrial fue, y de manera estructural siempre lo había sido, sólo uno entre otros componentes de las clases trabajadoras del mundo.

La postura histórica asumida por las dos variedades de movimientos de la "vieja izquierda" (la socialista y la nacionalista) fue que ellas representaban los intereses de los "principales" oprimidos -fueran éstos la "clase trabajadora" de un país dado o la "nación" cuya expresión nacional no estuviera consumada. El punto de vista de estos movimientos fue el que las demandas de los "otros" grupos que se miraban a sí mismos como tratados en forma desigual -las nacionalidades no-consumadas para los movimientos socialistas, la clase

trabajadora para los movimientos nacionalistas, la mujer para los dos tipos de movimientos y cualquier otro grupo que pudiera reclamar por la opresión política y social- fueron en el mejor de los casos secundarias y, en el peor, de diversión. Los grupos de la "vieja izquierda" tendían a razonar que la toma del poder debía ser el objetivo primario y la búsqueda prioritaria, después de lo cual (argumentaban) las opresiones secundarias desaparecían por sí solas o, al menos, podrían ser resueltas con las acciones políticas apropiadas en la era "posrevolucionaria".

Es innecesario decir que no todos estuvieron de acuerdo con tal razonamiento. Y los movimientos socialistas y nacionalistas con frecuencia pelearon fieramente entre sí, precisamente por el tema de la prioridad de la lucha. Pero ninguno de los movimientos de la "vieja izquierda" cedió nunca terreno teorético con relación al tema de las prioridades estratégicas en la lucha por la igualdad, aunque muchos movimientos individuales hicieron concesiones tácticas y temporales sobre tales temas con el interés de crear y/o reforzar alianzas políticas determinadas.

Mientras los movimientos de la "vieja izquierda" estaban en sus fases prerrevolucionarias, de movilización, el argumento sobre lo que sucedería o no, después de alcanzar el poder estatal permaneció hipotético. Pero una vez que ellos obtuvieron el poder estatal, las consecuencias prácticas podrían ser evaluadas sobre la base de algunas evidencias. Para 1968, muchas de estas valoraciones ya se habían hecho y los oponentes a las "otras" múltiples desigualdades argumentarían, con alguna plausibilidad, que la obtención del poder por parte de los grupos de la "vieja izquierda", de hecho, no han terminado con esas "otras" desigualdades, o al menos no han cambiado lo suficiente las múltiples jerarquías grupales que existían previamente.

Al mismo tiempo, un siglo de luchas había comenzado a aclarar dos realidades sociológicas que habían estado presen-

tes en este debate. La primera era que, de manera diferente a la teorización previa, la tendencia del desarrollo capitalista no era tansformar a la mayoría de los estratos laborales del mundo en trabajadores de fábrica, asalariados, urbanos, masculinos, adultos, el tipo ideal del "proletariado" como se concebía en forma tradicional. La realidad del capitalismo en lo ocupacional era mucho más compleja que eso. Este tipo ideal de "proletariado" había representado una minoría en los estratos laborales del mundo en 1850, claro está. Pero se pensaba, entonces, que esto era meramente transitorio. No obstante, estos "proletarios" tipo ideal siguieron siendo una minoría en 1950. Y es ahora claro que este particular perfil ocupacional probablemente permanecerá como una minoría en el 2050.

Así, organizar un movimiento alrededor de este grupo era dar prioridad -una prioridad permanente e ilegítima- a los reclamos de una variedad sobre otras variedades de los estratos laborales del mundo.

En forma análoga, había quedado claro que las "nacionalidades" no eran algo que pudieran ser, de alguna manera, delineadas en forma objetiva. Las nacionalidades eran, más bien, el producto de un proceso complejo de creación social en marcha, que combinaba los logros de conciencia (para sí y para los otros) y las clasificaciones socio-jurídicas. Se concluyó que cada nación tuvo y tendría subnaciones en lo que amenazaba ser una cascada interminable. Se concluyó que cada transformación de alguna "minoría" en "mayoría" creaba nuevas "minorías". No habría final para este proceso y de esta manera, tampoco resoluciones "automáticas" de los problemas por la toma del poder estatal.

Si el "proletariado" y las "naciones oprimidas" no estaban destinadas a transformarse en mayorías impugnables, aunque permanecerían para siempre como un tipo de "minoría" junto a otros tipos de "minorías", su demanda de prioridad estratégica en la lucha antisistémica estaría, por

consiguiente, gravemente debilitada. 1968 completó, precisamente, este deterioro. O más bien, la revolución de 1968 cristalizó el reconocimiento de esta realidad en la acción política mundial de los movimientos antisistémicos.

Después de 1968, ninguno de los "otros" grupos en lucha -ni las mujeres, ni las "minorías" raciales, ni las "minorías" sexuales, ni los minusválidos, ni los "ecologistas" (aquellos que rehusaron aceptar, incuestionablemente, los imperativos de la producción global incrementada)- aceptaría la legitimidad de "esperar" por otra revolución. Y desde 1968, los movimientos de la "vieja izquierda" se han visto, de manera creciente, en aprietos para hacer, y naturalmente han dudado en continuar haciendo, peticiones para "posponer" demandas hasta alguna época presuntamente posrevolucionaria. Es bastante fácil verificar este cambio en el ambiente. Un simple análisis cuantitativo del contenido de la prensa de izquierda en el mundo, al comparar digamos 1985 y 1955 indicaría un aumento dramático del espacio asignado a estos "otros" intereses que una vez había considerado "secundarios".

Por supuesto que hay más. El mismo lenguaje de nuestros análisis ha cambiado; de manera consciente y explícita ha sido cambiado. Nos preocupamos por el racismo y el sexismo, incluso en arenas que una vez se pensaron "inofensivas" (los apodos, el humor, etcétera). Y, también, la estructura de nuestra vida organizacional ha cambiado. Mientras que antes de 1968 se consideraba, en forma general, como un *desideratum* el unificar todos los movimientos antisistémicos en uno solo, al menos en un solo movimiento en cada país, esta forma de unidad no es ya más un *desideratum* incuestionado. Una multiplicidad de organizaciones, cada una representando un grupo diferente o una diferente tonalidad, incorporado de manera amplia en algún tipo de alianza, son ahora vistas, al menos por la mayoría, como algo bueno en sí mismo. Lo que fue un *pis aller* es ahora procla-

mado como una "coalición de arcoiris" (una acuñación norteamericana que se ha difundido).

El triunfo de la revolución de 1968 ha sido un triple triunfo en términos del racismo, del sexismo y de otros males análogos. Un resultado es que las situaciones legales (las políticas estatales) han cambiado. Un segundo resultado es que las situaciones dentro de los movimientos antisistémicos han cambiado. Un tercer resultado es que las mentalidades han cambiado. No es necesario ser *Polyannish* sobre esto. Los grupos que fueron oprimidos pueden quejarse, todavía, con gran legitimidad, de que los cambios que han ocurrido son inadecuados, que las realidades del sexismo y el racismo y otras formas de desigualdad opresiva permanecen, con mucho, entre nosotros. Además, no hay lugar para dudar que ha habido *blacklash* en todas las arenas, en todos estos problemas. Pero, también, sería sin sentido no reconocer que la revolución de 1968 marcó, para todas estas desigualdades, un punto de inflexión histórico.

Incluso si los Estados (o algunos de ellos) retrocedieran radicalmente, los movimientos antisistémicos nunca serían capaces de hacerlo (y, si lo hacen, ellos perderían de esta manera su legitimidad). Esto no significa que ya no haya debate sobre las prioridades entre los movimientos antisistémicos. Significa que se ha transformado en un debate sobre la estrategia fundamental y que los movimientos (o las tendencias) de la "vieja izquierda" ya no rehúsan entrar en tales debates.

Tesis 6: *El debate sobre la estrategia fundamental de la transformación social se ha reabierto entre los movimientos antisistémicos y será el debate político principal de los próximos veinte años*

En la actualidad existen, en un sentido amplio, seis variedades de movimientos sistémicos: a) En los países occidentales, existen los movimientos de la "vieja izquierda" en la forma de sindicatos y segmentos de los partidos de izquierda tradicional -partidos laborales y socialdemócratas, a los cuales podríamos añadir los partidos comunistas, a pesar de que, excepto en Italia, éstos sean débiles y aún más en su crecimiento; b) En los mismos países de Occidente, existe una gran variedad de movimientos sociales nuevos -de mujeres, los "verdes", etcétera-; c) En el bloque socialista, existen los partidos comunistas tradicionales en el poder, entre los cuales jamás se ha extinguido el flujo de un persistente virus antisistémico que, de tiempo en tiempo, resurge con renovada (y febril) actividad. El fenómeno Gorbachov, en cuanto apela al "leninismo" en contra del "estalinismo", puede ser tomado como una evidencia de esto; d) En este mismo bloque socialista, está emergiendo una red de organizaciones extrapartido, bastante dispar en su naturaleza, y que parece estar tomando un tinte, en forma creciente, muy parecido a los nuevos movimientos sociales de Occidente. Tienen, no obstante, la característica distintiva del énfasis sobre los temas de los derechos humanos y lo antiburocrático; e) En el Tercer Mundo hay segmentos de aquellos tradicionales movimientos de liberación nacional todavía en el poder (como por ejemplo en Argelia, Nicaragua o Mozambique) o los herederos de tales movimientos ya no más en el poder (aunque "legados" como el "nasserismo" en el mundo árabe tiendan a perderse). Por supuesto, en países con revoluciones en marcha (tales como Sudáfrica o El Salvador) los movimientos, necesariamente todavía en una fase movilizante de la lucha, tienen la fuerza y las características de sus predecesores en otros Estados, cuando éstos se hallaban en esta fase; f) y finalmente, en estos mismos países del Tercer Mundo, existen nuevos movimientos que rechazan algunos de los temas "universalistas" de los movimientos previos (vistos como temas de Occidente y propugnan por formas de protesta "locales", con frecuencia con revestimiento religioso.

Parece claro que las seis variedades de movimientos se apartan de la uniformidad antisistémica. Pero las seis tienen cierta herencia antisistémica significativa, cierta resonancia antisistémica que continúa y un cierto potencial antisistémico. Por otra parte, claro está, las seis variedades de movimientos no están enteramente limitados geográficamente a las diversas zonas, como he indicado. Pueden encontrarse algunas trans-zonas difusas, pero la separación geográfica de variedades parece ser cierta, hablando en forma amplia, por el momento.

Pueden hacerse, creo, tres observaciones principales sobre la relación entre estas seis variedades de movimientos (potencial, parcial e históricamente) antisistémicos. En primer lugar, en el momento de la revolución de 1968, las seis variedades tendían a ser bastante hostiles entre sí. Esto era particularmente cierto en la relación de la "vieja" con la "nueva" variedad en cada zona, como ya lo hemos dicho. Pero también fue cierto, en forma general, de una manera más amplia. Esto es, cada una de estas variedades tendían a ser críticas, incluso hostiles, hacia las otras cinco variedades. Esta múltiple y mutua hostilidad ha tendido a disminuir grandemente en las siguientes dos décadas. Ahora, uno puede hablar de que las seis variedades de los movimientos muestran una vacilante (y aún sospechosa) tolerancia entre ellas y están, por supuesto, lejos de ser políticamente aliadas entre sí.

En segundo lugar, las seis variedades de movimientos han comenzado, de manera tentativa, a debatir entre ellas sobre la estrategia de la transformación social. Un tema principal es, por supuesto, la conveniencia de buscar el poder estatal, el tema que ha dividido fundamentalmente las tres "viejas" de las tres "nuevas" tendencias de los movimientos. Otro, y derivado tema, se refiere a la estructura de la vida organizativa. Estos son, con seguridad, temas que habían sido ampliamente debatidos en el periodo 1850-1880 y, en

ese tiempo, más o menos resueltos. Han sido ahora reabiertos y están de nuevo siendo discutidos a la luz de la experiencia "realmente existente" del poder estatal.

En tercer lugar, si el debate sobre la estrategia global será resuelto y cuándo lo será; incluso si la resolución toma la forma de mezclar las seis variedades de movimientos en una gran familia mundial, no puede concluirse que habrá una estrategia antisistémica unificada. Se ha dado el caso durante mucho tiempo, y continuará dándose por mucho más tiempo, que estos movimientos han sido penetrados muy fuertemente por personas, grupos y estratos cuya esperanza esencial no es alcanzar un mundo igualitario, democrático, sino el mantenimiento de un mundo diferente en estructuras a nuestra economía-mundo capitalista (en la actualidad en una larga crisis estructural). Es decir, al final del debate entre los movimientos podremos, probablemente, ver una lucha al interior de la posible familia única de los movimientos entre los que proponen un mundo igualitario y democrático y sus oponentes.

III. Las lecciones

¿Qué lecciones recuperaríamos de la revolución de 1968 y de sus consecuencias? ¿Qué lecciones, en efecto, podríamos recuperar de más de un siglo de actividad antisistémica organizada en el mundo entero? Creo que aquí el formato de tesis no es adecuado. Prefiero presentar los temas en forma de interrogantes. Estas son interrogantes, añadiría de manera rápida, que no pueden ser contestadas en la privacía de la discusión intelectual o de modo coloquial. Son interrogantes que sólo pueden ser contestadas totalmente por medio de la praxis de los múltiples movimientos. Pero esta praxis incluye, por supuesto, como parte de ella misma, los análisis y debates en público y privado, especialmente aquellos que se realizan en un contexto de compromiso político.

micos? ¿En qué sentido el logro de mayor poder económico, o mayor poder cultural o mayor poder sobre sí mismo, de hecho, contribuye a la transformación fundamental del sistema-mundo?

Nos encontramos aquí ante una pregunta que ha acosado a los movimientos antisistémicos desde sus inicios. ¿Es la transformación fundamental la consecuencia de una acrecencia de mejoramientos que, poco a poco en el tiempo, crean cambios irreversibles? ¿O son tales logros en constante incremento, en gran parte, una autodecepción que, de hecho, desmovilizan y, por esto, preservan la realidad de las desigualdades existentes? Éste es, por supuesto, el debate "reforma-revolución de nuevo", que es mucho mayor que la versión reducida de este debate simbolizado por Eduardo Bernstein *versus* Lenin.

Es decir, ¿Hay una *estrategia* significativa que pueda ser construida y que involucre la abigarrada búsqueda de múltiples formas de poder? Esto es lo que sugieren, al menos implícitamente, muchos de los argumentos de los nuevos movimientos sociales que emergieron en la vigilia de 1968.

Interrogante 3: *¿Pueden los movimientos antisistémicos tomar la forma de organizaciones?*

La creación de organizaciones burocratizadas como el instrumento de la transformación social fue la gran invención sociológica de la vida política del siglo diecinueve. Hubo mucho debate acerca de si tales organizaciones debían de ser de masas o de cuadros, legales o clandestinas, centradas en un solo tema o en varios, si ellas debían demandar un compromiso limitado o total de sus miembros. Pero por cerca de un siglo ha habido poca duda de que las organizaciones, de cualquier tipo, fueran indispensables.

El hecho de que Michels demostrara hace mucho tiempo que estas organizaciones adquirieron vida propia, lo cual

interfirió bastante directamente con su ostensible *raisons d'être*, no parece desanimar mucho al entusiasmo de crear, todavía, muchas más organizaciones. Incluso los movimientos espontáneos de 1968 se transformaron en muchas de estas organizaciones. No hay duda que hubo consecuencias que no fueron muy cómodas para muchos de la generación pos-1968, como puede ser visto en los amargos debates entre los Fundis y los Realos en el movimiento verde de Alemania.

La tensión entre la eficacia que representan las organizaciones y los peligros políticos e ideológicos que a su vez encarnan es quizás irresoluble. Podría ser, algo con lo que, simplemente, debemos de vivir. Me parece, no obstante, que ésta es la cuestión que tiene que ser tratada y debatida de manera total y directa, al menos si no queremos vernos arrastrados hacia dos facciones sin sentido: los "sectarios" y los "retirados". El número de individuos en el mundo entero que son "ex activistas" y quienes, en la actualidad, son "no-afiliados" que quieren de alguna manera estar activos en la política, creo, han crecido de una manera muy rápida poco después de la decepción de 1968. Creo que no hay que considerar esto como la "despolitización" de los desilusionados, aunque exista algo de esto. Más que eso, es el temor a que la actividad organizacional es sólo aparentemente eficaz. ¿Pero si esto es así, existe algo que pueda reemplazarla?

Interrogante 4: *¿Existen bases políticas sobre las cuales los movimientos antisistémicos del Oeste y del Este, del Norte (del Oeste y del Este) y del Sur, puedan en realidad unirse?*

El hecho de que hayan seis variedades de movimientos sistémicos, una variedad "vieja" y una "nueva" en cada una de las tres diferentes zonas, no me parece accidental. Refleja una diferencia de realidades políticas en las tres zonas. ¿Existen ciertos intereses políticos unificadores que pudieran ori-

ginar una estrategia mundial común? ¿Existe alguna evidencia que, aunque esto no hubiese sido cierto para el periodo que siguió a 1945, comienza a ser verdad en los ochenta y pudiera ser mucho más cierto para el siglo XXI?

Aquí necesitamos más que buenos y piadosos pensamientos. Nunca ha existido, hasta ahora, una solidaridad internacional (esto es, interzonal) con alguna significación. Y este hecho ha dado origen a mucha amargura. Tres cosas me parecen importantes: Primera, el interés cotidiano inmediato de la población de las tres zonas es en la actualidad, de modo sorprendente, distinto. Los movimientos que existen en estas tres zonas reflejan sus diferencias. En segundo lugar, muchos de los objetivos de corto plazo de los movimientos en las tres zonas, si fueran logrados, tendrían el efecto de mejorar la situación para algunos pueblos en esa zona, a expensas de otros pueblos en otras zonas. En tercer lugar, ninguna transformación conveniente de la economía-mundo capitalista es posible en ausencia de la cooperación política transzonal de los movimientos antisistémicos.

Interrogante 5: *¿Qué significa, realmente, la consigna "libertad, igualdad y fraternidad"?*

La consigna de la Revolución francesa es lo suficientemente familiar para todos nosotros. Parece hacer referencia a tres diferentes fenómenos, localizados cada uno en los tres campos en los cuales estamos acostumbrados a dividir nuestro análisis social: La libertad en la arena política, la igualdad en la arena económica y la fraternidad en la arena sociocultural. Y nos hemos acostumbrado, también, a discutir su importancia relativa, en forma muy particular entre la libertad y la igualdad.

La antinomia de libertad e igualdad me parece absurda. No creo comprender cómo uno puede ser "libre" si existe la desigualdad, ya que aquellos que tienen más siempre tienen

opciones que no están disponibles para aquellos que tienen menos y, por consiguiente, los últimos son menos libres. Y, en forma similar, en realidad no comprendo cómo puede haber igualdad sin libertad ya que, en ausencia de la libertad, algunos tienen mayor poder político que otros y de aquí puede concluirse que hay desigualdad. No estoy sugiriendo un juego verbal aquí, pero sí un rehazo a la distinción. La libertad-desigualdad es un concepto único.

¿Puede entonces la fraternidad ser "plegada a" este concepto único de libertad-igualdad? Pienso que no. Digo, primero, que la fraternidad, dada nuestra reciente conciencia sobre el lenguaje sexista, debía ser, ahora suprimida como término. Quizá podríamos hablar de camaradería. Esto nos lleva, no obstante, al corazón de los temas levantados por el sexismo y el racismo. ¿Cuál es su contrario? Por un largo tiempo las izquierdas del mundo predicaban una u otra forma de universalismo, esto es, la "integración" total. La conciencia de la revolución de 1968 ha llevado al reconocimiento, por parte de aquellos que más directamente sufrieron por el racismo y el sexismo, del valor político, cultural y psicológico que tiene el construir sus propias, estructuras organizacionales y culturales. A nivel mundial, algunas veces, esto es llamado el "proyecto civilizatorio".

Es corriente reconocer que las tensiones entre el universalismo y el particularismo son el producto de la economía-mundo capitalista y que son imposibles de resolver en este marco. Pero esto nos proporciona una guía insuficiente para las futuras metas o para las tácticas actuales. Me parece que los movimientos después de 1968 han manejado este tema de una manera muy fácil, oscilando hacia atrás y hacia adelante en sus énfasis. Esto deja intacto el tema como una confusión y una irritación permanentes. Si pensamos en una estrategia de transformación, ésta tendría que incluir, justamente, una clara perspectiva sobre cómo reconciliar la tendencia hacia la homogeneidad (implicada en el mismo con-

cepto de una estrategia transzonal) y la tendencia hacia la heterogeneidad (implicada en el concepto de libertad-igualdad).

Interrogante 6: *¿Existe una vía significativa a través de la cual podamos llegar a la abundancia (o al menos tener lo suficiente) sin el productivismo?*

La búsqueda por conquistar la naturaleza y el énfasis moral Saint-Simoniano sobre el trabajo productivo han sido, durante mucho tiempo, pilares ideológicos no sólo de la economía-mundo capitalista sino, también, de sus movimientos antisistémicos. Por supuesto que muchos de ellos se han preocupado por el excesivo crecimiento, por el desperdicio y el agotamiento de los recursos. Pero, lo mismo que con otros rechazos de los valores dominantes, ¿hasta dónde podemos y debemos perfilar las implicaciones de las críticas?

Una vez más, es fácil decir que el trabajo "versus la ecología" es un dilema producido por el sistema actual y que es inherente a él. Pero una vez más, esto nos dice muy poco acerca de los objetivos de largo plazo o de las tácticas de corto plazo. Y, una vez más, éste es un tema que ha dividido enormemente a los movimientos antisistémicos en el interior de las zonas e, incluso, mucho más entre las zonas.

IV. Conclusión

Uno de los principales reclamos implícitos de la revolución de 1968 fue que el enorme esfuerzo social de los movimientos antisistémicos en los cien años posteriores haya logrado tan pocos beneficios globales. En efecto, los revolucionarios decían que no somos muy diferentes de lo que nuestros abuelos eran en los términos de transformación del mundo.

La crítica fue durísima, sin duda muy saludable, pero también injusta. Las condiciones de la revolución sistémica-mundo de 1968 fueron diferentes de aquéllas de la revolución sistémica-mundo de 1848. Es muy difícil ver, en forma retrospectiva, cómo los movimientos antisistémicos, entre 1848 y 1968, podrían haber actuado de una manera diferente a como lo hicieron. Su estrategia fue, probablemente, la única realista disponible para ellos, y sus fracasos pueden ser inscritos en los constreñimientos estructurales en los que ellos, de forma necesaria, trabajaron. Sus esfuerzos y su devoción fueron prodigiosos. Y los peligros que ellos evitaron, las reformas que impusieron, probablemente, compensaron las malas acciones que cometieron y el grado en que su modo de lucha reforzó al mismo sistema en contra del cual luchaban.

Lo importante, no obstante, es no estar en retraso en relación a los movimientos antisistémicos del mundo. La importancia real de la revolución de 1968 es menos su crítica al pasado que las preguntas que levantó sobre el futuro. Incluso si la estrategia pasada de los movimientos de la "vieja izquierda" hubiera sido la mejor estrategia posible para ese tiempo, la pregunta todavía permanece: ¿fue una estrategia útil como la de 1968?

Los nuevos movimientos, no obstante, no han ofrecido una estrategia alternativa totalmente coherente. Una estrategia alternativa coherente está todavía, en la actualidad, por ser trabajada. Posiblemente tomará de 10 a 20 años hacerla. Esto no es motivo para desanimarse; mejor que eso, es la ocasión para realizar un duro trabajo político e intelectual colectivo.

DIEZ TESIS
ACERCA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Por

André Gunder Frank
Marta Fuentes

Los autores agradecen a Orlando Fals Borda, John Friedmann, Gerrit Huizer, Marianne Marchand, Andreé Michel Betita Martínez, Yildis Sertel y Marshall Wolfe por sus comentarios escritos al primer borrador y a otros amigos por sus comentarios orales. Agradecen también a Javier Sáenz por la traducción del inglés.

Este ensayo desarrolla las siguientes tesis:

1. Los "nuevos" movimientos sociales no son nuevos, así tengan ciertas características que sí lo son, y los movimientos sociales "clásicos" son relativamente nuevos y probablemente temporales.
2. Los movimientos sociales muestran una gran variedad y mutabilidad, pero tienen en común la movilización individual basada en un sentimiento de moralidad y de (in)justicia, y un poder social basado en la movilización en contra de las privaciones (exclusiones) por la supervivencia y la identidad.
3. La fortaleza e importancia de los movimientos sociales es cíclica y está relacionada con largos ciclos políticos-económicos (quizás asociados a éstos) e ideológicos. Cuando cambian las condiciones que dan a la luz a los movimientos sociales (a raíz de las acciones de estos movimientos y/o con más frecuencia debido a que las circunstancias se transforman), éstos tienden a desaparecer.
4. Es importante diferenciar la composición de clase de los movimientos sociales: en Occidente son predominantemente movimientos de clase media, de clase popular en el Sur, y una mezcla de ambos en el Este.
5. Existen muchos tipos de movimientos sociales. La mayoría de éstos buscan más autonomía, antes que

el poder estatal; los que persiguen el poder estatal, tienden a negar su naturaleza de movimientos sociales.
6. Aunque la mayoría de los movimientos sociales son más defensivos que ofensivos y tienden a ser temporales, son agentes importantes (hoy y en el futuro quizás los más importantes) de transformación social.
7. Los movimientos sociales aparecen como los agentes y los reintérpretes de un "desligamiento" del capitalismo contemporáneo y de "transición al socialismo".
8. Es probable que algunos movimientos sociales tengan una militancia en común, o que sean más compatibles entre sí y permitan formar coaliciones con otros. También existen movimientos que tienen conflictos y compiten entre sí. Puede ser de utilidad investigar estas relaciones.
9. Sin embargo, dado que los movimientos sociales al igual que el teatro callejero, escriben sus propios argumentos (guiones) sobre la marcha -si es que los tienen- cualquier receta en torno de agendas o estrategias, para no hablar de tácticas, por parte de personas ajenas -los intelectuales- probablemente será, en el mejor de los casos, irrelevante y contraproducente, en el peor de los casos.
10. En conclusión, los movimientos sociales actuales sirven para ampliar, profundizar y hasta para redefinir la democracia tradicional del estado político y la democracia económica.

I. Los "nuevos" movimientos sociales son viejos pero tienen algunas características nuevas

Los múltiples movimientos sociales de Occidente, Sur y Este que hoy son denominados "nuevos", constituyen con contadas excepciones nuevas formas de movimientos sociales que han existido a través de los tiempos. Irónicamente, los movimientos "clásicos" de la clase trabajadora y sindicales, surgieron principalmente en el último siglo, y con el paso del tiempo parecen ser más un fenómeno transitorio relacionado con el desarrollo del capitalismo industrial. Por otra parte, los movimientos campesinos, de comunidades locales, étnicos-nacionalistas, religiosos y hasta de mujeres-feministas, han existido por siglos y hasta milenios en varias partes del mundo. Actualmente muchos de estos movimientos son comúnmente denominados como "nuevos". La historia europea da cuenta de numerosos movimientos sociales, ejemplos de éstos son las revueltas de esclavos espartaquistas en Roma, las Cruzadas y múltiples guerras religiosas, los movimientos-guerras campesinas del siglo XVI en Alemania, los conflictos históricos étnicos y nacionales en todo el contienente, los movimientos de mujeres que desencadenaron reacciones tales como la caza de brujas y formas más recientes de represión. A través de la historia, en el Asia, en el mundo árabe, y la expansión del islam, así como en África y América Latina, múltiples formas de movimientos sociales se han convertido en agentes de resistencia y transformación social. Sólo los movimientos ecológicos/verdes y los pacifistas pueden llamarse legítimamente "nuevos", y esto porque responden a necesidades sociales que han sido generadas más recientemente por el desarrollo mundial.

La amenaza a la subsistencia y al bienestar, producto de la degradación generalizada del medio ambiente es resultado del desarrollo industrial reciente; en la actualidad, esta amenaza ha dado surgimiento a nuevos movimientos ecologistas-verdes que tienen una naturaleza primordialmente defensiva. Los recientes desarrollos tecnológicos para la guerra amenazan la vida de grandes masas de la población, y a su vez generan los nuevos movimientos por la paz. Pero aún éstos no son totalmente nuevos. El desarrollo (colonialista-imperialista) capitalista mundial ya había causado (o había estado basado) en una severa degradación ambiental en

muchas partes del Tercer Mundo (como la ocurrida después de la Conquista de las Américas, las guerras y la trata de esclavos en África, el saqueo de Bengala), lo cual despertó movimientos sociales defensivos que abarcaban aunque no estaban circunscriptos a ellas, la problemática ambiental, tales como los movimientos de los indígenas norteamericanos y de los aborígenes australes que aparecen otra vez en la actualidad. Claro está que en épocas anteriores la guerra ya había diezmado y amenazado a poblaciones extensas, engendrando en éstas movimientos sociales defensivos. En su obra teatral, *Lysistrata*, Aristóteles, anticipándose a nuestra era, describió un movimiento pacifista de mujeres.

Los movimientos "clásicos" de la clase trabajadora, de los obreros y los sindicatos, pueden ser vistos ahora como movimientos sociales especiales que han surgido y continuarán surgiendo en lugares y épocas específicas. La industrialización capitalista occidental engendró a la clase obrera industrial y consecuentemente sus reivindicaciones que se expresaron a través de movimientos sindicales (la sindicalización de la clase obrera). Sin embargo estos movimientos han sido definidos y delimitados por las circunstancias concretas de su propio tiempo y espacio durante el proceso de industrialización en cada región y sector, y en función de las privaciones y la identidad que éstas generaron. "Trabajadores del mundo unios" y "la revolución proletaria" no han sido más que consignas vacías. Con la cambiante división del trabajo internacional, hasta las consignas han perdido su significado. Los movimientos obreros y de los sindicatos de Occidente se están desmoronando, mientras crecen en aquellas partes del Sur y del Este donde la industrialización local y el desarrollo global han ido generando condiciones y reivindicaciones análogas. Por lo tanto los movimientos obreros, que han sido erróneamente denominados movimientos sociales "clásicos", deben ser vistos como un fenómeno reciente y temporal. Además estos movimientos siempre han estado orientados

hacia lo local, lo regional, y en el mejor de los casos, hacia la nación o el Estado. Examinaremos su papel en la demanda por el poder estatal, cuando discutamos estos últimos, más adelante. Sin embargo una nueva característica de muchos movimientos sociales contemporáneos en que, más allá de su aparición espontánea y de su mutabilidad y adaptabilidad y al liderazgo de los viejos movimientos laboristas, de los partidos políticos y de la Iglesia y otras organizaciones, y han recogido de éstos, aquellos cuadros directivos desilusionados con las limitaciones de las viejas formas organizativas y que ahora persiguen la creación de nuevas formas. Este aporte organizativo puede significar un recurso importante para los nuevos movimientos sociales, en comparación a sus precursores históricos, organizados de una forma mucho menos rigurosa, pero también pueden contener las semillas de la futura institucionalización de algunos de ellos.

Otro aspecto que tal vez también puede considerarse nuevo de estos "nuevos" movimientos sociales, es el hecho de que comparados con muchos de los movimientos sociales de la historia ahora tienden a ser más monoclásicos o de un sólo estrato social -clase media en Occidente y populares y de la clase obrera en el Sur. Sin embargo, aún tomando este criterio de novedad, los viejos movimientos "clásicos" de la clase obrera también son nuevos y algunos movimientos étnicos, nacionales y religiosos de la actualidad son viejos, tal como lo verificaremos cuando discutamos más adelante la composición de clase de los movimientos sociales. Ya sean nuevos o viejos, los "nuevos movimientos sociales" contemporáneos son los que más movilizan a la mayoría de la gente en torno de preocupaciones comunes. Mucho más que los "clásicos" movimientos clasistas, los movimientos sociales motivan y movilizan cientos de millones de personas en todos los lugares de la tierra -principalmente fuera de las instituciones políticas y sociales a las que encuentran inadecuadas para sus necesidades- razón por la cual recurren a los

"nuevos" movimientos sociales que en gran medida no han sido institucionalizados. Este desplazamiento popular hacia los movimientos sociales se manifiestan aún en las movilizaciones y movimientos sociales que buscan una identidad y/o que responden a un llamado específico, y que poseen lazos muy débiles inexistentes de pertenencia: ejemplo de éstos son la respuesta de los jóvenes (¿movimiento?) a la música rock en todo el mundo, y al fútbol en Europa y otras partes, en los millones de personas que de país a país han respondido espontáneamente a las visitas del Papa (más allá de la Iglesia católica como institución), en la respuesta masiva y espontánea al llamado extra (político) institucional de Bob Geldorf contra la hambruna en África: el *Nad Aid*, *Live Aid* y *Asport Aid*. Este último fue un llamado a una respuesta no sólo por compasión, sino por el sentido moral de la injusticia de esta situación. Vemos pues, que algunas de estas formas de movilización social que no implica militancia, tiene más en común con los movimientos sociales que algunos de los que se han autodenominado "movimientos", tales como los Movimientos de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Bolivia, Chile, Perú y Venezuela, que son (o eran) realmente partidos políticos leninistas, con un centralismo democrático o el "movimiento" sandinista en Nicaragua que creemos una coalición de organizaciones de masas, todos ellos buscaban tomar y administrar el poder estatal, para no mencionar el Movimiento de no Alineados, es una coalición de estados y de sus gobiernos en el poder, y no un movimiento social de liberación de los pueblos mismos.

II. Los movimientos sociales se diferencian entre sí, pero comparten su motivación moral y su poder social

La selección de algunos tipos ideales y características escogidas de los movimientos sociales posiblemente faciliten nuestro análisis, aunque, claro está, este ejercicio se hace peligroso por la variedad y mutabilidad de estos movimientos. (Nos referimos a los tipos "ideales" en el sentido weberiano de una destilación analítica de características que no se encuentran en su forma pura en el mundo real). Podemos distinguir entre movimientos ofensivos (una minoría) y defensivos (la mayoría). En una dimensión relacionada, pero diferente, podemos distinguir entre movimientos progresivos, regresivos y escapistas. Una tercera dimensión o característica parece ser la preponderancia de la mujer en lugar del hombre –y por lo tanto, aparentemente, una menor jerarquización entre los miembros o líderes de los movimientos. Una cuarta dimensión es la de la lucha armada, especialmente en pos del poder estatal, o lucha desarmada y específicamente lucha no-violenta, ya sea ésta defensiva u ofensiva. No puede ser que los movimientos armados coincidan con los más jerarquizados y los desarmados con aquéllos en que la participación de la mujer es preponderante (aun cuando las mujeres también participan en la lucha armada). Pocos movimientos son a la vez ofensivos, en el sentido de buscar la transformación del orden establecido, y progresista o sea que buscan un mejor orden para sí mismos o para el mundo. Normalmente estos movimientos son liderados o formados principalmente por mujeres, en especial, claro está, el movimiento de defensa como tal. La gran mayoría de los movimientos son defensivos. Muchos intentan proteger conquistas recientes (a veces progresistas). Ejemplos de éstos son los movimientos estudiantiles (que en los años 1986-87 reaparecieron en Francia, España, México, China, con un auge no visto desde 1967-68) y miles de movimientos comunitarios en el Tercer Mundo que defendían la subsistencia de sus miembros, contra el asedio de la crisis económica y la represión política. Algunos movimientos defensivos buscan proteger el medio ambiente o mantener la paz, o ambas cosas, como los Verdes en Alemania. Otros movimientos reaccionan de manera defensiva contra las intrusiones modernas, ofreciendo el

regreso a una (primordialmente mítica) edad dorada, como por ejemplo al islam del siglo XVII. Muchos movimientos son escapistas, o tienen importantes componentes que lo son, ya que de manera ofensiva o defensiva buscan una salvación milenarista de las pruebas y tribulaciones del mundo real, ejemplo de esto son los cultos religiosos.

Variados como son y han sido estos movimientos sociales, si es que tienen algunas características en común, es que comparten la fuerza de la moralidad y un sentido de (in)justicia en la movilización social para el desarrollo de su fuerza social. La pertenencia individual o la participación y motivación en toda clase de movimientos sociales posee un fuerte componente moral y una preocupación defensiva en torno de la justicia en el orden social mundial. Podemos decir, entonces, que los movimientos sociales movilizan a sus miembros de forma defensiva/ofensiva en contra de una injusticia percibida a partir de un sentido moral compartido, tal como ha sido analizado por Barrington Moore en su obra *La injusticia. Las bases sociales de la obediencia y la revuelta*. La moralidad y la justicia/injusticia, tanto en el pasado como en el presente, han sido las fuerzas motivacionales y sustentadoras de los movimientos sociales, quizá en un mayor grado que la privación de la subsistencia y/o la identidad, productos de la explotación y la represión por medio de la cual la moralidad y la (in)justicia se manifiestan. Sin embargo, esta moralidad y esta preocupación por la (in)justicia están referidas primordialmente a "nosotros", y al grupo social percibido como "nosotros" ha sido y sigue siendo muy variable, como la familia, la tribu, la aldea, el grupo étnico, la nación, el país, el primer, segundo o tercer mundo, la humanidad, etcétera, y el género, la clase, la estratificación, la casta, la raza y otras agrupaciones o combinaciones de éstas.

Lo que nos moviliza es esta privación/opresión/injusticia con respecto a "nosotros", independientemente de la forma en que nos definamos o nos percibamos. Entonces, cada movimiento social sirve no sólo para luchar en contra de la privación, sino que al hacerlo también reafirma la identidad de las personas activas en el movimiento, y tal vez también la de aquellos "nosotros" por los cuales el movimiento actúa. Estos movimientos sociales, por lo tanto, lejos de ser nuevos, han caracterizado la vida social de la humanidad en muchas épocas y lugares.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales generan y ejercen un poder social por medio de sus movilizaciones sociales y sus participantes. O sea que el poder social es generado por el movimiento social como tal, y a la vez deriva de éste, y no por alguna institución, ya sea ésta política o no. Es más, la institucionalización debilita los movimientos y el poder público del Estado los niega. Los movimientos sociales requieren de una organización flexible, adaptativa y no-autoritaria, que dirija el poder social en la búsqueda de las metas sociales, las cuales no pueden ser alcanzadas sólo por medio de la espontaneidad fortuita. Pero esta organización flexible no tiene que implicar necesariamente la institucionalización, la cual limita y restringe el poder social de dichos movimientos. Es así como estos movimientos sociales auto-organizados confrontan el poder (estatal) y existen con un nuevo poder social, el cual altera el poder político. El lema del movimiento de mujeres "lo personal es político", se aplica a *posteriori* a los movimientos sociales, los cuales también redefinen el poder político. Tal como lo ha observado Luciana Castelina, una militante en muchos movimientos sociales (y algunos partidos políticos): "somos un movimiento porque nos movemos" –y hasta mueven el poder político.

III. Los movimientos sociales son cíclicos

Los movimientos sociales son cíclicos en dos sentidos: Primero, responden a las circunstancias que varían según las

fluctuaciones y los ciclos políticos, económicos, y quizá, ideológicos.

Segundo, los movimientos sociales tienden a tener ciclos de vida propios. Los movimientos como tales, así como sus miembros, su movilización y su fortaleza tienden a ser cíclicos ya que movilizan a la gente en respuesta a (principalmente en contra, y en menor grado a favor de) circunstancias que en sí mismas son de carácter cíclico.

Parecen existir ciclos culturales/ideológicos, políticos/militares y económicos/tecnológicos que inciden en los movimientos sociales. También existen participantes/observadores de estos movimientos que le dan más peso, o hasta peso exclusivo, a uno u otro de estos ciclos sociales. El nombre de Sorokin está asociado con el de los largos ciclos políticos/de guerra, y Kondratief y Schumpeter con los económicos y tecnológicos. Recientemente Arthur J. Schlesinger Jr. basándose en parte en el trabajo de su padre, ha descrito un ciclo político-ideológico de 30 años en los Estados Unidos, de fases que se alternan; la de responsabilidad social progresista (de los Progresistas de 1910, el New Deal en 1930 y la Nueva Frontera/Gran Sociedad, derechos civiles y movimientos, en contra de la guerra del Vietnam de 1960) y las fases individualistas (de Coolidge en 1920, la macartista de 1950 y la reagonomíca de los años 80), y esta última va a generar otra fase de movimiento social progresista en los años 90. La actual crisis económica mundial y los inventos tecnológicos de las últimas dos décadas han conducido a un renovado interés científico y popular en los largos ciclos económicos/tecnológicos, a nivel mundial, y a sus posibles relaciones con los ciclos políticos/ideológicos o inclusive su influencia determinante sobre éstos. Un análisis detallado de estos ciclos (y de las disputas acerca de si los ciclos ideológicos, los políticos o los económicos son dominantes) está fuera del alcance de este trabajo. Sin embargo, para comprender los movimientos sociales contemporáneos, es esencial contextualizarlos dentro de los movimientos cíclicos, ya que éstos los moldean y hasta pueden hacerlos surgir. Es más, no sería del todo errado considerar la posibilidad (nosotros argüiríamos la alta probabilidad) de que existan ciclos económico/políticos con componentes ideológicos y que nos encontremos en la actualidad en una fase "B" de descenso de un ciclo u onda larga de *Kondratief*, que ejerce una influencia importante o hasta generadora de los movimientos sociales contemporáneos (incluídos aquellos que Schlesinger analizó y predijo).

El ciclo largo de Kondratief estaba en una fase ascendente a comienzos de este siglo, en una larga fase descendente de "crisis" en la entre-guerra (en qué parte del ciclo encajan las dos guerras mundiales, también está en discusión), una de recuperación durante la posguerra, y otra vez una fase de "crisis" descendente que comienza a mediados de los años sesenta o de forma más explícita desde 1973. Aparentemente, los movimientos sociales del último siglo se hicieron más numerosos y adquirieron una mayor fortaleza en la última fase descendente de 1873 a 1896, durante el periodo de crisis de la entre-guerra en este siglo, y una vez más en la época actual de crisis económica, política, social, cultural, ideológica, etcétera. Una lectura de esta evidencia histórica nos puede sugerir que los movimientos sociales se debilitan en número y poder durante los periodos de auge económico (aunque en los años sesenta se vieron muchos movimientos sociales en Norte y Sudamérica, Europa, África y Asia) y reviven durante periodos de recesión económica. Sin embargo, al comienzo son defensivos principalmente y muchas veces regresivos e individualistas (como en la última década). Después, cuando la recesión económica afecta negativamente la subsistencia e identidad de los pueblos, los movimientos sociales se tornan más defensivos, progresistas y socialmente responsables. Esto es lo que pronostica Schlesinger para la década del noventa en los Estados Unidos, y es algo que qui-

zá ya se puede observar con carácter incipiente en la popularidad de la nueva música rock de protesta y el éxito de la obra teatral *Les Miserables* en 1987, etcétera. Claro está que este desplazamiento hacia los movimientos sociales y comunitarios ya ha tenido lugar en gran parte del Tercer Mundo, como respuesta a la propagación de la crisis económica mundial, que en América Latina y el África es de mayor gravedad que la de los años treinta.

Por lo tanto muchas de las razones y de los determinantes para el actual auge y fortaleza de los movimientos sociales deben ser buscadas en su contexto histórico cíclico, aunque muchos de sus miembros consideren que se están movilizando en forma autónoma en la búsqueda de ideales que parecen ser atemporales y universales, tales como la verdadera religión, la nación esencial, o la comunidad real. El desarrollo de la presente crisis político-económica a nivel mundial y sus múltiples ramificaciones en distintas partes del mundo está generando y agravando (sentimientos de) la privación económica, política, cultural y de identidad, así como el agravio moral al sentimiento de justicia de millones de personas en todo el mundo.

La crisis económica mundial, específicamente, ha reducido su confianza popular en el Estado nacional y en sus instituciones políticas tradicionales como defensoras y promotoras de los intereses del pueblo. En Occidente el Estado de bienestar social-demócrata se ve amenazado por la bancarrota económica y la parálisis política, especialmente frente a fuerzas económicas mundiales que están más allá de su control. En el Sur, el Estado está sujeto a la militarización y el autoritarismo nacionales y a la dependencia económica y la debilidad en el contexto internacional. En el Este, el Estado es visto como opresor en lo político (al igual que en el Sur), pero económicamente impotente (como en Occidente), así como socialmente corrupto, y por lo tanto un modelo poco atractivo para ser imitado por otros países. Por lo tanto,

durante esta crisis en casi ninguna parte el "poder del Estado" es un *desideratum* o instrumento adecuado para satisfacer las necesidades populares. Por esto, la gente en todas partes -aunque en distintas formas- busca avanzar (por protección o afirmación de la libertad) por medio de múltiples movimientos sociales no-estatales, que de esta forma buscan reorganizar la vida social y redefinir la vida política.

En muchos casos, particularmente entre las capas medias, las circunstancias nuevas que deterioran sus vidas, contradicen el auge anterior de sus expectativas y aspiraciones. Más y más gente se siente cada vez más impotente y/o se da cuenta de que sus sagradas instituciones políticas, sociales y culturales son cada vez menos capaces de protegerlos y apoyarlos. Buscan, por lo tanto, y quizás paradójicamente una renovación o potenciación por medio de los movimientos sociales los cuales son primordialmente defensores de la subsistencia y/o de la identidad, como los movimientos de comunidades locales urbanas y rurales, los movimientos étnicos/nacionalistas y algunos movimientos religiosos o con frecuencia movimientos escapistas como los cultos religiosos y espiritistas que se están multiplicando o algunos movimientos fundamentalistas. Los movimientos ecológicos, por la paz y de mujeres -por separado o en combinación con otros movimientos sociales- parecen responder también a la misma privación e impotencia generadas por la crisis, y buscan iniciarla o sobreponerse a ella, en forma defensiva. Estos movimientos luchan por un mejoramiento de las condiciones sólo de una manera marginal y defensiva, como es el caso del movimiento de mujeres que busca mejorar la posición social de la mujer, así como la de la sociedad misma, aunque esto se dé en un periodo en que la crisis económica vaya en detrimento de las oportunidades económicas de la mujer.

Así como los movimientos sociales llegan a crecer cíclicamente en respuesta a las circunstancias que cambian, asimis-

mo desaparecen otra vez. Claro está que si las reivindicaciones de un movimiento social particular son resueltas, éste tiende a perder fuerza en la medida en que su razón de ser comienza a desaparecer (o se institucionaliza, perdiendo su carácter de movimiento social). No obstante, es más común que sean las circunstancias las que cambien (y esto independientemente del movimiento social o sólo en forma parcial debido a éste), y el movimiento pierde su atractivo y su fuerza al dejar de tener pertinencia, o se transforma (o sus miembros se incorporan a otro movimiento con nuevas reivindicaciones). Sin embargo, tratándose de movimientos que en vez de institucionalizar la acción, movilizan a la gente, tienden a perder su fuerza en la medida en que disminuye su capacidad de movilización, aunque sean exitosos o pertinentes en las circunstancias existentes.

Esta tendencia hacia la vejez y la muerte es especialmente marcada en los movimientos sociales dependientes de un líder carismático para la movilización de sus miembros. Los diversos movimientos de 1968 y la mayoría de los movimientos campesinos y revolucionarios constituyen ejemplos dramáticos de este ciclo de vida de los movimientos sociales.

Claro está que la historia también tiene tendencias acumulativas a largo plazo, además de ciclos. Pero estas tendencias acumulativas históricas parecen no haber sido generadas primordialmente por movimientos sociales, aunque algunos grandes movimientos sociales han podido contribuir a ellas. Ejemplos de esto pueden ser los grandes movimientos religiosos del pasado, como el cristianismo, el islam o la reforma. Es ampliamente aceptado también el hecho de que movimientos políticos como la Revolución francesa, la rusa o la china, transformaron al mundo para siempre. Pero igualmente se puede plantear que no han tenido un efecto acumulado sobre el mundo entero, y que han sido sometidos a transformaciones considerables en sus propias naciones. Tal como lo plantearemos más adelante, el socialismo

real y existente no parece ser hoy una tendencia acumulada a largo plazo, lo cual contradice lo que sustentan sus propulsores y lo que algunos todavía defienden. La gran mayoría de los movimientos sociales dejan pocas huellas acumulativas en la historia. Más aún, es probable que ningún movimiento social haya logrado todo lo que se propuso, o exactamente todo lo que sus participantes (que con frecuencia tenían distintos puntos de vista) proponían. En efecto, muchos, si no todos los movimientos sociales del pasado, produjeron consecuencias diferentes a las que se proponían.

IV. La composición de clase de los movimientos sociales

Los nuevos movimientos sociales de Occidente están basados principalmente en la clase media. Esta composición de clase refleja, obviamente, la cambiante estratificación de la sociedad occidental hacia formas cada vez menos bipolares. La reserva relativa y absoluta de la población de clase media se vio aumentada por la reducción relativa y hoy casi absoluta de la fuerza trabajadora industrial, al igual que la fuerza trabajadora agrícola que la antecedió, y por el crecimiento del empleo en el sector de servicios (aunque gran parte de éste tenga bajos salarios) y del auto-empleo. La disminución en el empleo de la clase trabajadora industrial no sólo ha reducido el tamaño de este sector social sino también su fortaleza organizativa, su militancia y la conciencia de los movimientos "clásicos" de la clase trabajadora y su movimiento sindical. Las reivindicaciones en torno de la ecología, la paz, los derechos de la mujer, la organización comunitaria y la identidad, incluyendo la etnicidad y el nacionalismo de las minorías, parecen ser sentidas y estar relacionadas con las demandas de justicia hechas principalmente por la clase media en Occidente. Sin embargo, movimientos como los étnicos, nacionales y algunos movimientos religiosos parecen abarcar otras clases y estratos sociales. Los movimientos minoritarios

en particular, tales como el movimiento negro por los derechos civiles y el movimiento latino-chicano de los Estados Unidos, si tienen una base popular sustancial, aunque gran parte de su liderazgo y de sus demandas exitosas provengan de la clase media. Parece ser que sólo el chauvinismo nacionalista, y quizá la religiosidad fundamentalista (más no los cultos religiosos y espiritualistas) movilizan en forma masiva a la clase trabajadora y a algunos miembros de los grupos minoritarios. Aunque posiblemente gran parte de las reivindicaciones de esta gente están relacionadas con una situación de privación cada vez más grave y con una movilidad social reducida o invertida, y por tanto tiene una base económica, estas reivindicaciones se expresan principalmente por medio de su lealtad hacia movimientos sociales que persiguen demandas feministas, ecológicas, pacifistas, comunitarias, étnicas/nacionalistas e ideológicas. En el Tercer Mundo, los movimientos sociales son principalmente de clase popular. Esta clase no sólo tiene mayor peso en el Tercer Mundo, sino que sus miembros están sometidos a privaciones y a la injusticia (sentida), lo cual hace que se movilicen a través de los movimientos sociales. Sumándose a esto el peso internacional y nacional/doméstico de la crisis económica mundial en la actualidad recae de tal forma sobre esta gente, que ya de por si tiene un nivel de ingresos muy bajo, lo cual hace peligrar seriamente su supervivencia física, económica y su identidad cultural. Por lo tanto tienen que movilizarse para protestar ante la ausencia de instituciones sociales y políticas que los defiendan. Estos movimientos sociales en el Tercer Mundo son a la vez cooperativos y competitivos o conflictivos. Existen toda una gama de estos movimientos sociales que parecen ser espontáneos y locales, son movimientos/organizaciones tanto rurales como urbanos que buscan defender la subsistencia de sus miembros por medio del consumo, la distribución y la producción cooperativa, y están entre los movimientos populares más numerosos y activos. Ejemplo de

estos son las ollas comunes; distribuidores y frecuentemente productores de necesidades básicas, como el pan; organizadores, reivindicadores o negociadores, y a veces luchadores por infraestructura comunitaria, como la tierra agrícola y urbana, el agua, la electricidad, el transporte, etcétera. Recientemente se podían contar más de 1,500 de este tipo de agrupaciones locales comunitarias, sólo en Río de Janeiro, y en la India están cada vez más activos y esparcidos en sus 600.000 aldeas.

En otras palabras, la "lucha de clases" en gran parte del Tercer Mundo continúa y hasta se intensifica, pero toma la forma o se expresa por medio de muchos movimientos sociales, además de la forma "clásica" de fuerza de trabajo (sindical) *versus* capital y "su" Estado. Estos movimientos sociales y organizaciones populares representan otros instrumentos y expresiones de la lucha de la gente contra la explotación, la opresión y por su supervivencia e identidad, dentro de una sociedad compleja y dependiente, en la que estos movimientos se constituyen en esfuerzos e instrumentos de potenciación democrática. En el Tercer Mundo, la región, la localidad, la residencia, la ocupación, la estratificación, la raza, el color, la etnicidad, el lenguaje, la religión, etcétera, en forma individual y en combinaciones complejas son elementos e instrumentos de dominación y liberación. Los movimientos sociales y la "lucha de clases" que inevitablemente éstos expresan, también reflejan esta estructura y este proceso económico, político, social y cultural complejo.

Sin embargo estos movimientos sociales frecuentemente tienen un liderazgo de clase media y en esto son bastante similares a los movimientos de los trabajadores y campesinos que les antecedieron y que irónicamente hoy le ofrecen algunas oportunidades de empleo y de satisfacción en su trabajo a miembros de la clase media y de la intelectualidad que de otra forma estarían sin empleo, tales como profesionales, maestros, sacerdotes, etcétera, quienes les dan a estos movi-

mientos sociales del Tercer Mundo sus servicios como líderes, organizadores o consejeros.

La mayoría de las veces, estos movimientos comunitarios locales se mezclan con movimientos religiosos y étnicos, que les dan fuerza y promueven la defensa y afirmación de la identidad popular. No obstante, en el Tercer Mundo, los movimientos étnicos, nacionales y religiosos también atraviesan las clases sociales. Asimismo existe una serie de movimientos religiosos, étnicos y "comunales" que movilizan a unos grupos contra otros, como es el caso en el sureste asiático (hindúes, musulmanes, sikhs, tamiles, en assam y muchos otros) y en otras partes del Tercer Mundo -quizás el caso más dramático y trágico sea el de Líbano-. El crecimiento de estos grupos comunales y a veces raciales en el Tercer Mundo, está relacionado directamente con la gravedad de la crisis económica y política del Estado o el partido, así como con el grado de incumplimiento de sus aspiraciones y expectativas en el pasado.

El (denominado) Este socialista no es ajeno a este movimiento mundial en dirección a los movimientos sociales. Los diez millones movilizados por *Solidaridad* en Polonia, así como los movimientos en China, son ejemplos bien conocidos, pero también se presentan cada vez más frecuentemente en otras regiones de Europa oriental y la Unión Soviética. Los movimientos sociales del Este socialista también parecen abarcar o combinar más miembros de distintas clases y estratos que en el caso de Occidente o del Sur en correspondencia con la posición intermedia que el Este socialista ocupa entre el Occidente capitalista industrializado y el Sur, Tercer Mundo (esto es si estas categorías todavía tienen alguna utilidad o significado, lo cual es algo cada vez más cuestionable). Como en el resto del mundo, y obedeciendo a razones similares, así como a circunstancias cambiantes, en todos los países socialistas están creciendo movimientos étnicos, nacionalistas, religiosos, ecológicos, pacifistas, de mujeres, regionales-comunitarios y otros movimientos de protesta con participantes provenientes de diferentes sectores sociales.

V. Los movimientos sociales y el poder estatal

La mayor parte de los movimientos sociales no busca el poder estatal sino la autonomía, inclusive ante el Estado mismo. Para muchos observadores y participantes esta afirmación es una perogrullada, ya que el no buscar el poder -y mucho menos ejercerlo- es el *sine qua non* de un movimiento social y el poder estatal negaría la esencia misma y los propósitos de la mayoría de los movimientos sociales. Esta incompatibilidad entre movimiento social y poder estatal, quizá se presente de manera más intuitivamente obvia en el movimiento de mujeres. Por otra parte para participantes y observadores de los movimientos sociales, no es nada satisfactorio definirlos o describirlos en términos de lo que no son. Los más numerosos entre ellos, los basados en la comunidad, que individualmente son de pequeña escala, obviamente no pueden perseguir el poder estatal. Además al igual que con los movimientos de mujeres, la sola noción del poder estatal, o aún del poder político de partido, negaría en gran medida su esencia y objetivos de base. Estos movimientos comunitarios movilizan y organizan a sus miembros en la búsqueda de fines materiales y no materiales, que consideran que les han sido negados injustamente por el Estado y sus instituciones, incluyendo a los partidos políticos. Entre los fines y métodos no materiales de muchos movimientos comunitarios locales se halla el desarrollo de una democracia más participativa y de base y de una autodeterminación de abajo hacia arriba. Estos perciben que les son negados por el Estado y su sistema político. Estos movimientos comunitarios buscan, por lo tanto, lograr una mayor autodeterminación para sí mismos dentro del Estado y de ser posible evitarlo. Este tipo de movimientos comunitarios se han multiplicado

recientemente por todo el Sur y el Occidente y quizás menos en el Este. En el Sur, por necesidad, los movimientos comunitarios se ocupan más de las necesidades materiales y frecuentemente de la supervivencia misma, mientras que en Occidente muchos de estos movimientos pueden dedicarse más a la democracia participativa local y de base. Claro está que las fuerzas -para ellos incontrolables- de la economía nacional y mundial limitan severamente su espacio para actuar. Los mismos Estados nacionales no tienen suficiente poder -y no protegen a las comunidades- frente a las fuerzas económicas mundiales que están más allá de su control. Es por esto que (irónicamente ya que tienen aún menos poder) las comunidades locales tratan de protegerse por medio de su potenciación y de estrategias propias. La acción y la dirección colectiva son promovidas y protegidas concientemente, y la concentración de poder es rechazada como corruptora (es como si se hablara con una prosa actoniana).

La otra cara de la misma moneda es la desilusión y la frustración progresiva de mucha gente, especialmente en periodos de crisis económica. "Crecimiento económico", "desarrollo económico", "las metas económicas", "los medios económicos", "las necesidades económicas", "la austeridad económica", existen tantas consignas y "soluciones" económicas que no satisfacen las necesidades de la comunidad: identidad y espiritualidad, y en muchos casos tampoco su bienestar material. Además se percibe a las instituciones políticas (estatales) como sirvientas de estos supuestos imperativos económicos y no como alternativas o directoras de estos procesos. No sorprende, por lo tanto, que las mujeres en especial, el sector que más padece los rigores de la economía, estén al frente de los movimientos sociales extra institucionales, tanto no económicos como antieconómicos, los cuales ofrecen o buscan otras soluciones y recompensas.

Muchos movimientos sociales también responden al sentimiento de frustración y de injusticia de la gente, frente a las

fuerzas político-económicas, fuera de su control. Muchas de estas fuerzas económicas -a veces percibidas, a veces no- surgen de la economía mundial en crisis. Es significativo que cada vez más, la gente considera que el Estado y sus instituciones, en particular los partidos políticos, son ineficaces frente a estas fuerzas poderosas. El Estado o el proceso político o no quieren o no pueden afrontar, mucho menos controlar, estas fuerzas económicas. En ambos casos, tanto el Estado y sus instituciones, como el proceso político y los partidos políticos -en aquellos sitios donde éstos existen-, dejan a la gente a merced de fuerzas a las que éstas tienen que responder mediante otros medios -sus propios movimientos sociales-. Es así como la gente forma o entra a participar en movimientos sociales primordialmente de protección y defensa, con base en asuntos religiosos, étnicos, nacionales, raciales, de género, ecológicos, pacifistas como también comunitarios y alrededor de otros temas "únicos".

La mayoría de estos movimientos se movilizan y se organizan independientemente del Estado, sus instituciones y los partidos políticos. No consideran que el Estado o sus instituciones y, particularmente, el integrarse o militar en los partidos políticos, sean las formas adecuadas para alcanzar sus metas. Es más, en gran medida la acogida y la fortaleza de los movimientos sociales contemporáneos de Occidente, del Este y del Sur, así como su búsqueda de otras alternativas, es reflejo de la desilusión y frustración de la gente respecto al proceso político y los partidos políticos, el Estado y la captura del poder estatal. Lo que se percibe como el fracaso -en todo el mundo- de partidos y regímenes de izquierda, tanto reformistas como revolucionarios, para expresar adecuadamente la protesta de la gente y para presentar alternativas viables, ha sido responsable del desplazamiento popular hacia los movimientos sociales. Pero en muchos casos las reivindicaciones de la gente son en contra del Estado y de sus instituciones y, algunas veces, los movimientos sociales bus-

can incidir en la acción estatal por medio de la presión externa y con mucho menos frecuencia a través de la presión interna. Sólo algunos movimientos nacionalistas o étnicos y, en el mundo islámico, algunos movimientos religiosos, buscan un Estado propio. Sin embargo, uno de los principales problemas de y con los movimientos sociales es su coexistencia con Estados nacionales, sus instituciones, procesos y partidos políticos. Algo que ilumina este problema es el movimiento "Partido Verde" en Alemania. Lo que fue un movimiento ecológico de base, se convirtió en un partido político en el Parlamento. El ala *realo* (realista), *realpolitik* plantea que el Estado, el Parlamento, los partidos políticos, etcétera, son un hecho de la vida que el movimiento debe tener en cuenta y utilizar en beneficio propio y que esa influencia puede ser ejercida mejor al entrar en estas instituciones y cooperar con otras desde adentro. El ala *fundi* (fundamentalista) plantea que la participación en las instituciones del Estado y en las coaliciones con otros partidos políticos, como los socialdemócratas, compromete los fines de los Verdes y prostituye sus fundamentos, incluyendo el de ser un movimiento. Algunos movimientos comunitarios y pacifistas, así como los movimientos étnicos, nacionales, religiosos, afrontan problemas similares. Además de lo que puedan lograr al margen del Estado, a veces existe una presión poderosa para que los movimientos sociales traten de actuar en el interior del Estado, como parte de un partido político o como partidos políticos en sí mismos o por medio de otra institución estatal. Pero entonces estos movimientos corren el peligro de comprometer su misión, desmovilizar o repeler a sus miembros y de negarse como movimientos. La pregunta que se plantea entonces es la de si los fines justifican los medios y si estos fines son más alcanzables por medios institucionales distintos al movimiento. Además surge la pregunta de si los antiguos movimientos sociales que frecuentemente se constituyeron como organizaciones de frentes de masas y partidos

políticos están siendo reemplazados por los movimientos sociales, los cuales a su vez forman o ingresan a partidos políticos. Si éste es el caso, entonces qué diferencia quedaría entre los antiguos y los nuevos movimientos sociales y ¿qué sucede con los sentimientos y la movilización extra o antiestado o partido de muchos miembros de estos movimientos? Quizá la respuesta debe ser buscada replanteando la pregunta hacia el examen del ciclo de vida de los movimientos sociales y el reemplazo de movimientos antiguos por movimientos nuevos.

VI. Los movimientos sociales y la transformación social

A pesar de su naturaleza defensiva, sus limitaciones y sus relaciones con el Estado que analizamos precedentemente, los movimientos sociales son importantes agentes de transformación social y portadores de una nueva visión. Una razón de la importancia de éstos es la del vacío que llenan en espacios en que el Estado y otras instituciones sociales y culturales son incapaces de actuar en función de los intereses de sus miembros (o no quieren hacerlo). Es más, como ya lo observamos, los movimientos sociales entran en espacios donde no existen instituciones o cuando éstas no promueven o van en contra de los intereses de la gente. A menudo los movimientos se aventuran a ir a sitios donde ni los ángeles se atreven a ir. Aunque muchos movimientos sociales, en especial los religiosos, invocan la santidad de los valores y las prácticas tradicionales, otros son innovadores en lo social, lo cultural y en otros aspectos. Sin embargo si desaparecen las circunstancias que dieron a la luz e hicieron crecer los movimientos sociales, también desaparece el movimiento. Si el movimiento logra los fines que se propuso o estos pierden su relevancia, pierde su atractivo, su empuje; se diluye o petrifica. No obstante, muchas transformaciones sociales, cambios culturales y desarrollos económicos se dan como resultado

de instituciones, fuerzas, relaciones, etcétera, que no se circunscriben ni a los movimientos sociales ni al proceso político de los Estados nacionales. El desarrollo económico mundial, la industrialización, el cambio tecnológico, la "modernización" social y cultural, etcétera, han sido y siguen siendo procesos que no son impulsados ni dirigidos por los movimientos sociales o las instituciones políticas (estatales). La intervención de éstos ha sido más de reacción que de promoción. Aunque no se debe menospreciar la intervención estatal, sus limitaciones son aún mayores dentro de una economía mundial con ciclos y tendencias que en gran medida están más allá de su control. Hoy hasta la propiedad y la planificación "socialista" estatal son incapaces de dirigir y aún de manejar las fuerzas de la economía mundial.

Esta circunstancia nos debe conducir a ser más realistas y modestos sobre las perspectivas de los movimientos sociales (o sobre las de las instituciones políticas) y sus políticas para contrarrestar y hasta para modificar estas fuerzas económicas mundiales y más aún sobre su capacidad para escapar a los efectos de estas fuerzas. Pero eso no ha sido así. Por el contrario, cuanto más poderosas e incontrolables son las fuerzas de la economía mundial, especialmente durante el presente periodo de crisis económica mundial, más generan movimientos sociales (y algunas estrategias políticas e ideológicas) que pretenden a la vez autonomía e inmunidad frente a estas fuerzas económicas mundiales y que prometen sobreponerse o aislar a sus miembros de ellas. Gran parte del atractivo de los movimientos sociales proviene claramente de la fuerza moral de su promesa de liberar a sus participantes de las privaciones profundamente sentidas, en torno de sus necesidades materiales, *status* social, e identidad cultural. Por lo tanto, esperanzas objetivamente irracionales de salvación aparecen como llamados subjetivamente racionales para que se afronte la realidad –y para salvarse y salvar el alma por medio de la participación activa en los movimientos sociales.

El mensaje se convierte en el medio invirtiendo las palabras de Marshall McLuhan.

En este contexto, es necesario aclarar las referencias acerca de movimientos (sociales) "antisistémicos" (por ejemplo por parte de Amin y Wallerstein). Muchos movimientos sociales son en efecto antisistémicos, en el sentido de que los movimientos y sus participantes combaten o desafían el sistema o a alguno de sus aspectos. No obstante, muy pocos de estos movimientos sociales son antisistémicos en sus esfuerzos y menos aún en sus logros, para destruir el sistema y reemplazarlo por otro o por ninguno. Existe evidencia histórica contundente de que los movimientos sociales no son antisistémicos en este sentido. Como observamos, las consecuencias sociales de los movimientos no son acumulativas. Más aún, sus efectos frecuentemente no son intencionales, de tal forma que estos efectos son incorporados, si no cooptados por el sistema, que termina siendo fortalecido y reforzado por los movimientos sociales que originariamente eran antisistémicos, pero sus resultados no lo fueron. Hay poca evidencia contemporánea que nos lleve a pensar que en el futuro las perspectivas de los movimientos sociales, así como sus consecuencias, serán muy diferentes a las del pasado. De hecho los medios, fines y consecuencias antisistémicas de los movimientos sociales –aunque algunos de ésos sean cooptados al final– modifican el sistema "sólo" al cambiar sus nexos con éste.

VII. Desligamiento y transición al socialismo en los movimientos sociales

Es posible que hoy y en el futuro se considere que los movimientos sociales ofrecen nuevas interpretaciones y nuevas soluciones en torno de la problemática de "desligamiento" del capitalismo y de "transición" al socialismo. Durante el periodo de expansión de la posguerra, se vio que era imposi-

ble el desligamiento por parte de las naciones-Estados dependientes del Sur, de la economía mundial capitalista y sus ciclos. Durante la presente crisis económica mundial, los Estados socialistas del Este con sus economías planificadas han vuelto a ser articulados a la economía mundial, así como a sus ciclos y a su desarrollo tecnológico. En todo el mundo, ninguna economía nacional o su Estado, y casi ningún partido político, consideran seriamente la posibilidad de desligar una economía nacional de la mundial. Por lo tanto las propuestas de desligamiento -de que "paren el mundo, que me quiero bajar"- están pidiendo a gritos una reevaluación sobre este tema, por parte de aquellos (como uno de los que escribe este artículo) que han sostenido que ésta es una opción y una necesidad. No obstante, si bien hoy y en el futuro predecible no es posible que la nación-Estado y su economía sean independientes, quizás no se deba abandonar totalmente la idea del "desligamiento" sino más bien reinterpretarla.

La problemática del "desligamiento" puede ser reinterpretada por medio de los nuevos o diferentes nexos que muchos movimientos sociales están tratando de establecer tanto entre sus miembros y la sociedad como en el interior de la misma sociedad. Ejemplo de esto son los movimientos de mujeres y algunos de los movimientos verdes. Muchos movimientos sociales buscan proteger a sus miembros tanto física como espiritualmente de los caprichos de los ciclos de la economía mundial y proponen diferentes tipos de nexos de sus miembros con la economía y la sociedad así como la transformación de éstas. Quizás el "desligamiento" debe ser reconceptuado como una nueva forma o un cambio en la forma de articularse. En este caso, los movimientos sociales son los que están transformando estas articulaciones para sus miembros. Esto incluiría a los movimientos religiosos y espiritualistas que pretenden ofrecer aislamiento y protección a sus fieles creyentes de los traumas del mundo secular y, especialmente, algunos movimientos étnicos de minorías que buscan reafirmar la identidad de sus miembros y una nueva articulación con la sociedad que los rodea.

De manera similar, la problemática y las perspectivas de la transición al socialismo puede ser reinterpretada a la luz de la experiencia con el socialismo real existente y los movimientos sociales contemporáneos. Se ha comprobado que el socialismo real existente ha sido incapaz de desligarse de la economía capitalista mundial. Es más, a pesar de sus logros en la promoción de un crecimiento extensivo (al movilizar los recursos humanos y físicos), ha fracasado en el desarrollo del crecimiento intensivo por medio de la innovación tecnológica. De hecho, la misma planificación que contribuyó a un crecimiento nacional, industrial y autárquico, ha probado ser un obstáculo para un desarrollo tecnológico competitivo, dentro de una economía mundial de cambios acelerados. La organización política del socialismo real existente ha perdido su eficacia en lo nacional y su atracción en la esfera internacional. Quizá más importante que esto sea que cada vez está más claro que el camino hacia un mejor futuro "socialista", que reemplace la actual economía mundial capitalista, no pasa por el socialismo real existente. Como observaba el planificador polaco Josef Pajetska en una reunión reciente en la Escuela Central de Planificación y Estadística en Varsovia, el socialismo real existente está estancado en una vía lateral. El mundo avanza velozmente en el tren *express* por la vía principal -tal como lo anotó uno de los autores del presente artículo- aunque podría hacerlo hacia un abismo, como respondió Pajetska.

Es más, es posible que los socialistas utópicos -a quienes Marx condenó como tales por su falta de cientificidad- terminen siendo mucho menos utópicos que los supuestos socialistas científicos, pues la visión de estos últimos ha terminado siendo mucho más utópica que científica. Quizá los socialistas utópicos fueron más realistas que los científicos y

tienen más en común con los movimientos sociales de nuestros tiempos, al esforzarse y organizarse para cambiar la sociedad por medio de pasos inmediatos y pequeños, pero posibles, que no requerían la toma del poder estatal. Además, los socialistas utópicos proponían y perseguían una serie de cambios sociales, y en particular un cambio en las relaciones entre los sexos, que con el tiempo fueron abandonados y olvidados por los socialistas científicos. En su libro *Eva y el Nuevo Jerusalén*, Bárbara Taylor documenta la lucha por los derechos de la mujer y por la democracia participativa y su intento de implementación por parte de los socialistas utópicos seguidores de Roberto Owen y la importancia de estas dos luchas entre los que se asociaron con Fourier y Saint-Simon. En el joven Marx, la participación también estaba presente como un antídoto contra la alienación. Era un tema que lo preocupaba como también preocupa a muchos de los movimientos sociales contemporáneos. Es así como muchos de éstos podrían beneficiarse a partir de una mayor familiarización con las metas, la organización y la experiencia de los socialistas utópicos antiguos, y también de las de algunos anarquistas.

Por lo tanto, es posible que la verdadera transición a una alternativa "socialista" para la actual economía, sociedad y política mundial, esté principalmente en manos de los movimientos sociales. Estos no sólo deben intervenir en torno de la supervivencia, de la salvación de la mayor cantidad de gente posible del abismo amenazador. También debemos ver a los movimientos sociales como los agentes más activos en el establecimiento de nuevas articulaciones que puedan transformar al mundo en nuevas direcciones. Sin embargo, aunque algunos movimientos sociales son subnacionales, pocos son nacionales o internacionales (en el sentido de ser entre Estados nacionales), y muchos, como los de mujeres, pacifistas y ecológicos pueden ser trasnacionales (esto es, no nacionales), o de pueblo a pueblo en el sistema mundial. Por lo

tanto, quizá no sea sorprendente que exista más trasnacionalidad entre los movimientos sociales basados en la metrópoli, que entre los movimientos más fragmentados del Tercer Mundo dependiente (región también más fragmentada). Esta transformación socialista real –si es que ocurre– impulsada por los movimientos sociales será mucho más flexible y variada que cualquier transformación ilusoria de "socialismo en un país", repetida una y otra vez.

VIII. Coaliciones y conflictos entre los movimientos sociales

Sin pretender dar ningún consejo, puede ser de utilidad investigar sobre las posibilidades de conflicto y de coaliciones entre distintos tipos de movimientos sociales. Aristófanes ya había señalado la relación existente entre las mujeres y la paz en su obra *Lysistrata*. Riane Eisler en su obra *El Cáliz y la Espada* ha encontrado esta relación en épocas mucho más antiguas. Hoy, los movimientos pacifistas y de mujeres comparten miembros y líderes y, definitivamente, brindan posibilidades para la formación de una coalición. Esta coincidencia en militantes y líderes se observa también entre los movimientos de mujeres y en los movimientos comunitarios locales. O por lo menos, algunas mujeres, en especial en América Latina, están activas en los movimientos comunitarios donde adquieren algunas perspectivas feministas y plantean sus propias demandas, modificando estos movimientos y sus comunidades y, ojalá también, sus sociedades. En Occidente existen coincidencias similares, aunque no tan marcadas, entre movimientos comunitarios y pacifistas que también tienen un significativo liderazgo femenino que se expresa, por ejemplo, en las comunidades "nuclearmente libres". A su vez, los movimientos ambientales ecológicos verdes de Occidente comparten metas que son compatibles con los fines y los miembros de los movimientos comunitarios, paci-

fistas y de mujeres. Por lo tanto todos estos movimientos, de mujeres, pacifistas, ambientales y comunitarios ofrecen múltiples posibilidades para la formación de coaliciones, ya que todos evitan la búsqueda del poder estatal y las relaciones con los partidos políticos. Además, gracias a la preponderancia de la mujer, estos movimientos tienen una naturaleza más comunitaria, participativa, democrática, de ayuda mutua y de creación de redes, en vez de relaciones jerárquicas entre sus miembros, y ofrecen más posibilidades de una mayor difusión en la sociedad.

Otras áreas de coincidencias en cuanto a miembros de compatibilidad o de coalición, pueden ser observadas entre algunos movimientos religiosos, étnicos, nacionales y a veces raciales. El movimiento liderado por el Ayatollah Khomeini en Irán y algunos de sus seguidores en el mundo islámico, es el ejemplo más espectacular de esto, con la más exitosa y masiva movilización de los tiempos recientes. Otros ejemplos son los sikhs de Punjab, los tamiles de Sri Lanka y quizá el movimiento solidaridad en Polonia, los Elbanos en el Kosovo Jugoslavo, los católicos en Irlanda del Norte y otros ejemplos recientes. Pero es necesario recalcar que estos movimientos religiosos -étnicos- nacionalistas también persiguen el poder estatal o la autonomía institucional y, a veces, su incorporación a un estado nacional étnico vecino. Si las comunidades son homogéneas en lo religioso y lo étnico, puede haber coincidencias y coaliciones con estos movimientos mayores.

Las oportunidades para que se den coincidencias o coaliciones entre distintos movimientos sociales se ven magnificadas cuando tienen miembros participantes en común y/o enemigos comunes. La participación de las mujeres en general en distintos movimientos sociales ya ha sido señalada. Sin embargo, esta participación en común también se extiende a individuos y, en particular, a las mujeres de manera individual que participan activamente en varios movimientos

sociales simultáneamente y/o sucesivamente. Estas personas están en posiciones claves para crear puntos de contacto, o coaliciones entre movimientos sociales distintos. Estos puntos de contacto también pueden surgir de la identificación de uno o más enemigos en común, tales como un estado, un gobierno o un tirano específico; o una institución social, o grupo racial o étnico dominante; o enemigos menos identificables en lo concreto, como el Occidente, el imperialismo, el capital, o el Estado, los extranjeros, los hombres, la autoridad o la jerarquía. No obstante, quizá tanto las oportunidades para formar coaliciones como el carácter de masas y la fortaleza de la movilización social, se incrementen cuando la gente percibe que deben defenderse contra estos enemigos.

También existen áreas de conflicto y de competencia entre los movimientos sociales. Obviamente, los movimientos de distintos grupos religiosos, étnicos y raciales, entran en conflicto y compiten entre sí. Además todos éstos parecen también entrar en conflicto y competir con el movimiento de mujeres y frecuentemente con el movimiento pacifista. En particular, casi todos los movimientos religiosos, nacionales (nacionalistas) y étnicos, como también los movimientos de los trabajadores y los partidos de inspiración marxista, niegan y sacrifican los intereses de la mujer. Además compiten exitosamente con los movimientos de mujeres, los cuales pierden las conquistas que puedan haber logrado frente al asedio de estos movimientos religiosos, étnicos o nacionalistas. Parece ser que la religión y el nacionalismo, y aún en mayor grado estos dos combinados, sacrifican los intereses y los movimientos de mujeres. El Irán shiíta deliberadamente aumenta la opresión de la mujer. En Vietnam y en Nicaragua, como en otras partes, las mujeres inicialmente participaron en forma activa y se beneficiaron de la lucha nacionalista, pero luego vieron como se sacrificaba un mayor avance de sus intereses, frente a la prioridad que se dio al "interés

nacional" (también por la importancia que se le dio al apoyo católico). De manera similar, los movimientos nacionalistas y de liberación nacional en muchas partes de Asia y de África tienden a ignorar y olvidar, o hasta suprimir y combatir, los movimientos de las minorías étnicas y sus intereses.

Asimismo son frecuentes los graves conflictos internos en los movimientos sociales en torno de los fines y/o los medios; cuando los movimientos sociales están formados en coaliciones, especialmente para propósitos tácticos temporales, sus participantes pueden tener fines y/o preferencias distintas o conflictivas en cuanto a los medios. Esto ha sido común entre los movimientos antimperialistas de liberación nacional y los movimientos socialistas del Tercer Mundo. La combinación de movimientos religiosos con otros movimientos sociales, como por ejemplo los que tienen dosis significativas de teología de la liberación, también poseen un potencial de conflicto interno. De hecho, la mayoría de los movimientos religiosos, o con una fuerte orientación religiosa, parecen tener semillas importantes de conflicto interno entre fines progresistas, de regresión y hasta escapistas. El llamado a la religión, y mucho más a la Iglesia, puede ser el principal o hasta el único recurso para que la gente se movilice en contra de un régimen represivo, o para sobreponerse a circunstancias opresivas y/o alienantes. En este sentido, la religión ofrece una opción liberadora y progresista, como, por ejemplo, la teología de la liberación y otros movimientos comunitarios relacionados con la Iglesia, la Iglesia católica polaca, el movimiento contra el Sha en Irán y algunos movimientos étnicos, religiosos-comunales (de defensa en el Asia. Sin embargo, la misma religión e Iglesia contienen importantes elementos regresivos o reaccionarios. Los elementos escapistas o regresivos son los que ofrecen devolver la época dorada del islam del siglo VII, o hasta eliminar todo indicio de occidentalización. Reaccionarios en un sentido literal son los esfuerzos del islam y del catolicismo por devolver o evitar un mayor desarrollo progresista en las relaciones entre los sexos, incluyendo el divorcio, el control natal y las oportunidades socioeconómicas para la mujer, así como otros derechos y libertades cívicas. De hecho, la religión en Occidente, Este y en el Sur es con mayor frecuencia un instrumento de fuerzas reaccionarias que de fuerzas progresistas.

IX. Lo impropio del "buen" consejo externo a los movimientos sociales

En la medida en que los movimientos sociales sigan teniendo que escribir sus propios guiones mientras avanzan, no podrán utilizar, y sólo podrán rechazar como contraproducente cualquier receta desde arriba o desde afuera respecto de hacia dónde se deben dirigir o cómo deben llegar allí. Los movimientos sociales, en particular, no pueden utilizar el tipo de planes imaginarios evitados por Smith y por Marx, pero que han tenido tanta popularidad entre muchos que hablan en su nombre. Por esta razón es difícil encontrar y asimilar buenos consejos para los movimientos sociales por parte de intelectuales u otra gente de buenas intenciones. Quizá los más inapropiados sean los consejos de observadores no participantes (¿cómo nosotros?). Por otra parte, muchos movimientos sociales pueden beneficiarse, y lo hacen, de la visión y de las destrezas organizativas de sus participantes y, menos frecuentemente, de gente externa que pasa por ellos, quienes les aportan algo de la visión y/o experiencia de otros movimientos, partidos e instituciones. En especial, muchos movimientos comunitarios se benefician de o dependen del apoyo de instituciones externas como la Iglesia, las organizaciones no gubernamentales y ocasionalmente hasta del Estado. Esta ayuda, y en especial esta dependencia, encierra los peligros de cooptación de líderes e intermediarios, y en ocasiones hasta del movimiento social en su totalidad por parte de estas instituciones. No obstante, lo

más característico de los movimientos sociales es que (deben) hacen las cosas a su manera. De hecho, quizá lo más importante que tienen que ofrecer tanto a sus participantes/miembros, como a otros en el mundo, es su método participativo y autotransformador de ensayo-error, así como su adaptabilidad. He aquí la esperanza que le ofrecen al futuro.

X. La nueva democracia civil

En conclusión, se puede preguntar como es que los movimientos sociales pueden ser cíclicos, transitorios, defensivos, mutuamente conflictivos y frágiles (tesis 3, 6 y 8) al mismo tiempo que forman nuevos lazos que sirven para transformar la sociedad de hoy (tesis 7). La respuesta debe ser buscada y tal vez encontrada en la participación y contribución de los movimientos sociales a la ampliación y redefinición de la democracia y la sociedad civil.

En la tradición y en la práctica, tanto burguesas como socialistas, la formación del Estado y el poder fueron lo primordial; la democracia fue definida principalmente en términos de participación política y/o económica en los asuntos del Estado. Actualmente, el poder y la institución Estatal son evidentemente cada vez menos adecuados para tratar muchos de los problemas, tanto sociales como individuales, y en especial en la sociedad civil de Occidente, Oriente y el Sur. Fuerzas económicas y políticas mundiales que están fuera de su control debilitan el Estado a partir del exterior y lo incapacitan para servir a los intereses de sus ciudadanos en el interior. Al mismo tiempo, el Estado trata inadecuada o negativamente las múltiples preocupaciones sociales, culturales e individuales de la sociedad (civil) y de los ciudadanos. Esta deficiencia del poder político (el mismo de la democracia donde ella existe) o del Estado, tal vez se exacerbe durante periodos de crisis económicas u otras, y haga que las reglas establecidas del juego político sean cada vez más inadecuadas.

Por tanto, muchos tipos de movimientos sociales emergen y se movilizan para reescribir las reglas institucionales y democráticas del juego y del poder político -redefiniendo así su propio juego- para que, de modo creciente, incluyan y se basen en nuevas reglas democráticas del poder social-civil. Al hacer esto, ayudan a desplazar el centro de gravedad sociopolítica de una democracia política o económica (u otro poder) del Estado hacia una democracia y un poder civil más participativo dentro de la sociedad y cultura civil. Éstas se extienden mucho más allá de la familia y del espacio propio hacia otras preocupaciones donde las mujeres tienen una presencia y un papel relativamente mayor que en la política o la economía.

Hay inmensas y tal vez crecientes áreas donde los ciudadanos ya no pueden -o les resulta contraproducente- confiar en el poder político institucional del Estado. En estas áreas en que los ciudadanos, y cada vez más las mujeres, se dedican democráticamente a sus múltiples y a menudo opuestas preocupaciones económicas, sociales, de género, comunitarias, culturales, religiosas, ideológicas y a veces políticas. Con este propósito, los ciudadanos de la sociedad civil forman y se movilizan a través de múltiples movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales, autónomas y autogeneradoras de poder.

Al mismo tiempo y en parte como consecuencia de esto, las exigencias para la democracia y su extensión a -o su redefinición en la práctica como- democracia civil se hacen cada vez más interesantes. En Occidente, una democracia más participativa se ve acompañada, o tal vez referida, en una baja en la participación electoral. En el Este, la nueva democracia se manifiesta tanto en movimientos sociales civiles en china como en millares de nuevas asociaciones civiles y otras organizaciones y demostraciones públicas masivas como el glasnet en la Unión Soviética y en otros países de Europa Oriental. En el Sur, la participación individual y masiva en

movimientos y organizaciones que tratan de reestructurar la sociedad y la cultura asume una posición primordial junto con el acceso y el ejercicio del poder estatal en donde cada vez falta más la democracia. Por lo tanto relativamente, la democracia política al interior del Estado también crece en este proceso de democracia civil, participativa y autónoma de la sociedad civil. Asimismo, los movimientos sociales participativos y autogeneradores de poder (con la creciente participación de las mujeres) participan de manera importante en este proceso de transformación social.

EL MOVIMIENTO VERDE: UNA EXPLORACIÓN SOCIO-HISTÓRICA

Por

JOHAN GALTUNG

mente exitoso; aunque tiene un largo trecho que recorrer con los remanentes de feudalismo. Pero también la *femme française* es parte del orgullo nacional. Ella no es una actividad no francesa, ella es francesa. Y de esta manera, Francia tendrá también, tarde o temprano, que seguir adecuándose con los otros países en este respecto.

Los países del sur de Europa, sin embargo, no podrán seguir adecuándose. Estos países aún están en los espasmos de la tercera transformación social, incluso en la segunda, aún en la primera para estos problemas (España e Italia.) Por otro lado, en los países de Europa del norte uno puede hablar de un enverdecimiento generalizado de todos los partidos políticos con partidos conservadores retomando aspectos ecológicos y feministas, pero (ciertamente) no los problemas de la paz.

Así, el cuadro está mezclado, como debe de ser. Pero hay puntos verdes en todo el cuadro. Quien quiera comprender al primer mundo hoy en día, haría mejor en no pretender que no están ahí. Ellos podrán cometer toda clase de errores. Pero los problemas de la formación social occidental no desaparecerán, incluso, si los partidos o movimientos verdes declinan. Las fuerzas históricas son innegables. La motivación y la capacidad individual, como también las colectivas, producirán suficiente movilización en todas las esquinas de la sociedad occidental. En conclusión, el fenómeno verde está aquí para quedarse.

LAS NUEVAS FORMAS DEL MOVIMIENTO SOCIAL

Por

SAMIR AMIN

Traducción de Roberto Cassá.

I

Todos los observadores están de acuerdo en el hecho de que las formas de organización a través de las cuales se expresan los movimientos de la sociedad han entrado en una fase de replanteamiento, cuyo resultado todavía es ampliamente desconocido. Esta vuelta a la discusión es general, y concierne al Occidente, al Oriente y al Sur.

Durante un siglo o más tiempo se estuvo familiarizado con formas particulares de organización de las diferentes corrientes que atraviesan la sociedad, lo que se inscribía en la lógica de determinada práctica política. En las sociedades capitalistas desarrolladas esta organización estaba articulada alrededor de dos ejes principales. El primero de ellos, el de la lucha de clases, justificaba la organización de la clase obrera industrial en sindicatos y partidos obreros socialistas y comunistas; ese modelo a veces inspiró a otras clases populares, como los partidos y sindicatos campesinos o agrarios, o los del pequeño comercio. El segundo eje, el de la ideología política, justificaba la oposición entre derecha conservadora e izquierda reformista. Los poderes comunistas resultaron de esta historia, de la cual conservaron la forma, si bien gradualmente el monoplio del Estado-partido desfiguró su significación, al poner término oficial a la "lucha de clases" y a la alternancia electoral. En África y Asia la historia del siglo recién pasado se caracterizó por la polarización del movi-

miento social alrededor de la lucha por la independencia nacional. En estos casos el modelo fue el partido unificador que se impuso como objetivo hacer converger clases sociales y etnias diversas en un vasto movimiento disciplinado (a menudo tras líderes más o menos carismáticos) y eficaz respecto a una práctica que tendía hacia un fin exclusivo. Los poderes surgidos de la independencia se petrificaron en amplia medida dentro de esa herencia, ya que el Estado-partido mantenía su legitimidad únicamente del objetivo de la independencia nacional.

Estas prácticas fueron racionalizadas por lo que podía parecer una teoría científica de la sociedad. La ideología de la Ilustración proveía la mezcolanza de valores (como los humanistas de la libertad, o los de bienestar) con teorías "científicas" que basaban su eficacia (la competencia de los individuos como factor condicionante de la maquinaria económica). El movimiento socialista, incluyendo al marxismo, conservaba la herencia de valores de la Ilustración y simultáneamente denunciaba la hipocresía del contenido burgués del proyecto de sociedad que ella había promovido; llamaba a su superación, por medio de la reforma o la revolución, articulando su acción en la lucha de clases. Los movimientos de liberación nacional se inspiraron de ambos aspectos, en dosificaciones variables según los objetivos de la clase o capa dirigente del movimiento.

Se concluyó en colocar un signo de igualdad entre esas prácticas y la idea de racionalidad política. Se olvidaba que el movimiento social se había expresado de otras formas en épocas anteriores, tanto en Europa como en otros lugares, entre otros medios utilizando el recurso de la religión. Se olvidaba que incluso en el occidente europeo, en apariencia estabilizado, la fragilidad de esta racionalidad no podría resistir una crisis social violenta: las de los años treinta habían convocado masas numerosas bajo las banderas irracionales del racismo y de la locura criminal.

Actualmente, en las tres partes del mundo -Occidente, Oriente y Sur- los modelos de gestión de la vida social ajustados a las mencionadas formas de organización parecen haber agotado su eficacia histórica.

En el Occidente el consenso es tan amplio que ha disminuido la pertinencia histórica del movimiento socialista y de la polarización entre derecha e izquierda. La respuesta espontánea del sistema ha sido la "americanización" de la vida política, con lo que se entiende la formación de *lobbies* en los que cristalizan intereses parciales de sectores productivos y regionales, así como de grupos diversos...; dichos *lobbies* carecen de consideraciones ideológicas sobre un proyecto global de sociedad, a no ser la existente, y se contraponen con el fin de controlar parcelas del poder. En el Este la sociedad civil aspira a romper el caparazón del Estado-partido, en vistas a abrir un espacio a la dialéctica de las contradicciones reales que atraviesan la sociedad. En el Tercer Mundo la legitimidad construida en la independencia está ampliamente superada en las nuevas generaciones.

En todos los casos, es chocante que los discursos del poder se conjuguen en tiempo pasado. Hemos edificado la mejor sociedad existente -dicen los candidatos a las elecciones en Occidente- es preciso únicamente hacer tal o cual cosa. Hemos construido el socialismo -dicen los hombres que controlan el poder en el Este- y en dicho contexto tan sólo es necesario mejorar su eficacia. Hemos construido la nación e iniciado el despegue para el desarrollo económico -se repite en el Sur-, únicamente se precisa no cejar en el esfuerzo. Ya no hay en los poderes, pues, ningún proyecto social que rompa con las lógicas de la realidad actual.

En estas condiciones, ¿se debe estar sorprendido porque la expresión de las necesidades sociales insatisfechas se organicen en forma distinta? La irrupción de estas nuevas formas es ya patente: movimientos feministas, movimientos ecologistas, movimientos de defensa de la comunidad local (ciu-

dad y barriadas), movimientos de las comunidades étnicas o religiosas. Su racionalización con ideologías mayores quizá todavía es embrionaria; pero se ven ya algunas configuraciones que rescatan conceptos que no son necesariamente nuevos, aunque hasta el momento no están suficientemente explicitados, como la crítica al sexismo o el ecologismo; de igual manera, se proponen de plano recuperar las herencias del pasado que han sido arrinconadas por el mundo "moderno": por dicha necesidad se explica el renacimiento religioso, sobre todo el de corrientes fundamentalistas.

II

¿SERÁN LAS NUEVAS formas de expresión social gérmenes de un futuro muy diferente de nuestro mundo contemporáneo? ¿O son tan sólo burbujas de jabón que produce el hervor de una crisis pasajera, las cuales deberán desvanecerse cuando todo vuelva a la normalidad?

En la primera de las dos hipótesis, ¿el futuro que nos reserva el desarrollo de esas nuevas expresiones (o de las restauradas cuando se nutran de antiguas herencias) permitirá un progreso de la humanidad, o por el contrario será manifestación de un retorno a la barbarie? Malraux, con la inteligencia y el pesimismo que se le conocen, dijo que el siglo XXI sería el de las religiones, conceptualizando en ello no el renacimiento de la fe tolerante sino de los conflictos violentos por el fanatismo. En el curso de los años 30 y 40 la barbarie nazi había permitido decir que nuestro tiempo era el de la intolerancia; sin embargo, la derrota del fascismo dio nuevo pie para las esperanzas: la pesadilla había quedado atrás, y no había sido más que un accidente en el trayecto.

Compartimos, sin lugar a dudas, la opinión expresada por Wallerstein, de que las organizaciones tradicionales (sindicatos, partidos populares y obreros, movimientos de liberación nacional) luchaban para despojar del poder a las clases burguesas y los imperialismos extranjeros, lo que han obtenido en grados diversos –por la reforma o la revolución–, así como que han hecho mucho, aunque no sea todo: el Estado providencial, el desarrollo económico, la dignidad nacional, etcétera.

En esta óptica, dichos movimientos, que eran anteriormente "antisistémicos" en la medida en que confrontaban efectivamente el sistema existente, serían hoy día objeto de "recuperación", y transformados en "sistémicos" en cuanto se han hecho fuerzas relativamente conservadoras que no ven con buenos ojos que se desee ir "más allá" de sus realizaciones y, sobre todo, que se les trascienda para avanzar.

Ahora bien, ¿cuál es este "sistema" contra el que –en cuyo seno– operan fuerzas sociales antiguas y nuevas?

Se podrá dudar de calificarlo como capitalista en Occidente y en el Tercer Mundo? En realidad es eso justamente, y hasta el presente no ha superado los límites del capitalismo realmente existente como sistema mundial; es decir, el sistema no ha sobrepasado la polarización entre centros y periferias. Se trata, pues, de un sistema que sigue siendo intolerable para las grandes masas populares del Tercer Mundo, con o sin desarrollo. Para ellas representa la miseria de los arrabales, frustraciones respecto a un consumo imposible, degradación cultural, arrogancia de las dictaduras corrompidas y a veces la hambruna a secas. Pero en el mismo Occidente, no obstante, la calma social generada por el capitalismo en sus centros avanzados, el malestar hace perceptibles los límites de las capacidades del sistema. En los países del Este nos parece inexacto calificar su sistema como capitalista, aún cuando se corresponda en poco a la imagen de socialismo que el marxismo había formulado. Allí las fuerzas sociales reales aspiran a otra cosa, en la confusión del conflicto entre aspiraciones socialistas y capitalistas, a menudo sin duda interconectadas.

III

"En el capitalismo realmente existente" permanece el obstáculo objetivo para el avance de los pueblos. No hay alternativa posible a la transformación nacional-popular en las sociedades del Tercer Mundo. Concomitantemente, dicha transformación, inducida por las llamadas revoluciones "socialistas", no ha agotado la agenda de los objetivos que debe alcanzar.

En consecuencia, es difícil pronunciarse hoy acerca de si los "nuevos" movimientos son o no capaces de generar avances en la respuesta al desafío objetivo.

Algunos de esos movimientos nos parecen encontrarse en un *impasse*. Es el caso de las renovaciones religiosas fundamentalistas o de los repliegues comunitarios de tipo étnico. Constituyen síntomas de la crisis y no soluciones a la misma; como productos de la desilución, deberían reducirse a medida que muestren su impotencia respecto al verdadero desafío. Este criterio es expresión de un optimismo -contrario al pesimismo de Malraux- que concluye con que la razón debe vencer.

Otros, contrariamente, pueden encontrar su ubicación en la reconstitución de un proyecto de sociedad que, más allá del capitalismo, resolvería las contradicciones que el capitalismo realmente existente no puede superar, extrayendo lecciones de los pasos dados en esa dirección.

Eso es lo que sucede, según nos parece, cada vez que los "nuevos" movimientos (¡o los antiguos!) se colocan no en el terreno exclusivo de la conquista del Estado, sino en el de otra concepción del poder que debe ser conquistado. Y es que la elección no consiste en "luchar por el poder o por otra cosa", sino en la concepción que se forje del poder por el cual se lucha. Las formas de organización construidas con base en la concepción "tradicional" y dominante del poder (poder-Estado) están fatalmente llamadas a perder buena

parte de su legitimidad a medida que los pueblos capten la naturaleza de este Estado conservador.

En sentido contrario, las formas de organización que ponen el énfasis en el contenido social multiforme del poder que es preciso desarrollar deberían tener éxitos crecientes. En esta categoría podría revelarse fecundo el tema de la política no partidista (*non party politics*), desarrollado en la India por Rajni Kothari con base en la cultura gandhista. Es lo mismo con el "antiautoritarismo" en América latina, en el que Pablo González Casanova supone reconocer la principal calidad de los "nuevos" movimientos: rechazo del autoritarismo del Estado, así como del existente en el partido, el liderazgo y en las expresiones doctrinales de la ideología. Se involucra en esto una reacción contra toda la pesada herencia de la formación histórica del continente, lo que comporta sin duda una reacción contentiva de progreso. También, y por la misma razón fundamental, el feminismo en Occidente opera con la misma lógica de otra concepción del poder social, dado el objetivo que se propone de recusar al menos algunas de las raíces del autocratismo. En cierta manera, el Occidente se encuentra en la vanguardia de los nuevos avances de la liberación de la sociedad. Constituye un terreno de cuestionamiento inédito si esos avances implican brechas "más allá del capitalismo" o si permanecen "asimilables" (recuperables) por dicho sistema social. Parece que a mediano plazo por lo menos las ventajas derivadas del capitalismo central son de tal magnitud que los movimientos en cuestión no sacudirán los fundamentos de la gestión capitalista de la sociedad.

IV

El porvenir de los "nuevos" movimientos permanece, pues, incierto. Es la razón por la cual no está excluido que puedan agotarse en la crisis actual.

Extrapolando las reflexiones propuestas por Frank y Fuentes, y explicitando lo que quizá está sólo implicito en ellas, nos parece que "la eficacia" del movimiento social no depende de los mismos criterios de apreciación según el tipo de periodo. En los periodos de "prosperidad" (las fases A del ciclo de larga duración), los movimientos adoptan con facilidad formas centralizadas de organización. La razón de ello se encuentra en que funcionan en el interior de un sistema cuyas reglas de juego son conocidas. Pueden, entonces, según la coyuntura, realizar algunos de sus objetivos (aumento de salarios, por ejemplo). En contraste, los periodos de crisis estructural (las fases B del ciclo) se definen por la incertidumbre respecto a las reglas de juego, recusadas sin que se haya cristalizado el "nuevo orden" derivado de los recientes equilibrios internacionales e internos. ¿No debe la crisis de la sociedad necesariamente conllevar la de las ideologías, prácticas políticas y formas de organización? ¿Pero, no es precisamente en estos periodos que cristalizan las fuerzas ideológicas nuevas, que se dibujan los perfiles de los proyectos sociales novedosos, los cuales, parafraseando una célebre cita, "al apoderarse de las masas se tornan en fuerzas materiales"?

EL JUICIO AL SUJETO: UN ANÁLISIS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

Por

RAFAEL GUIDO BÉJAR
OTTO FERNÁNDEZ REYES

Investigadores de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO, sede México.

I. Introducción

Desde finales de los años setenta, pero en especial durante toda la presente década, una fuerte tendencia teórico-analítica ha avanzado en su dominio intelectual sobre la investigación social y política en América Latina con un balance a profundidad que intenta repensar la historicidad de la región y, de manera fundamental, a sus actores centrales. Esta tendencia ha significado un notable y sorprendente desplazamiento de anteriores ejes de interpretación social y política de la sociedad latinoamericana y de sus fuerzas sociales proporcionados por las teorías del conflicto.

La propuesta de esta tendencia es, en realidad, el montaje de un verdadero "juicio" a determinados sujetos y a sus respectivas posibilidades y roles de acción social en la periferia latinoamericana. Al enjuiciarlos se anulan sus presumibles potencialidades y se descubre, en la sociedad civil, la emergencia de nuevos sujetos con formas inéditas de activación, movilización y capacidad de organización.[1] Al negar ciertas

[1] Ver Fernando Calderón G., (comp.), *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: UNU-CLACSO-IISUNAM, 1986. La preocupación inicial de esta investigación regional era conocer las respuestas que las sociedades sudamericanas generaron ante las crisis y las "posibilidades de constituir sujetos fundamentales de nuevos órdenes societales". En sus objetivos estaba el conocimiento: "por una parte, de [las] potencialidades de renovación y transformación de los movimientos sociales seculares,

discursividades o acentos ideológicos reduccionistas y, al parecer, teleológicos, pretende reconocer fuerzas sociales originadas y constituidas en las coyunturas en tanto que espacios de formación de una nueva subjetividad contingente en los actores.

Lo anterior conduce a estudiar las reflexiones que organizaron el "juicio", ya que su hegemonía es hoy indiscutible, por la extensión y amplitud de muchos de sus postulados, así como por la discursividad no ortodoxa ni mecánica con que afirman evaluar la acción social.

Por otra parte, este tipo de estudios da prioridad a la búsqueda, implantación y consolidación de ciertas normas y procedimientos que han servido para institucionalizar la acción política, a partir de una preocupación centrada en el problema de la gobernabilidad. Las variaciones políticas son justificadas y aceptadas por esta tendencia bajo un esquema que actualiza, de forma parcial y selectiva, el análisis de la democracia desde la tradición del liberalismo político. Lo cual permite entrever la profundidad con que ha variado el discurso acerca del desarrollo social latinoamericano en el lapso entre la "teoría de la dependencia" y la "teoría de la transición política hacia la democracia".

En este sentido, dichos estudios parten de reconocer, por un lado, una correlación de fuerzas que funciona: a) en torno a reglas de integración institucional y b) de acuerdo a la aceptación legítima de los nexos entre gobierno y la ciudadanía. Por otro lado, las fuerzas sociales son ubicadas en dos momentos: a) en una fase de transición a la democracia (cuya primera etapa puede ser la "liberalización") y b) en

[así] como el movimiento campesino y el movimiento obrero, o los movimientos nacionalistas (en sus diferentes orientaciones industrialistas y modernizantes); por la otra, [de] la emergencia de nuevos movimientos sociales, múltiples y diversos en sus orientaciones y en sus identidades, que se constituyen en verdaderos espacios de reacción y de resistencia a los impactos de la crisis y que en sus diversos gritos y deseos son portadores de nuevos horizontes colectivos. p. 11.

una fase de consolidación de la misma (o institucionalización).[2] Asimismo, los movimientos sociales son vistos como indicadores de una *nueva relación* de legitimidad (reconstitución, redefinición o reconstrucción de las formas político-sociales entre Estado, sociedad y economía). Esta caracterización de fuerzas sociales focaliza más los términos de integración sistémico-institucionales.

A su vez, para la reconstitución de las relaciones entre Estado, economía y sociedad esta tendencia privilegia la modernización y la democratización estatal, la centralización/descentralización estatal y la capacidad estatal de integración social por medio de políticas económico-sociales y socio-culturales innovadoras que procesan las demandas de los nuevos movimientos sociales.[3]

[2] Ver los importantes trabajos publicados en cuatro tomos por el Programa Latinoamericano del Centro Internacional Woodrow Wilson para Investigadores: O'Donnell, Guillermo, Philippe C. Schmitter and Laurence Whitehead (Comp.). *Transitions from authoritarian rule.* Baltimore: The Johns Hopkins University Press. 1986 (Existe versión en español publicada por la editorial Paidos, Buenos Aires, 1988.)

[3] El desplazamiento señalado puede apreciarse, incluso, en la propuesta de investigación más importante de la década que sobre la relación Estado, economía y sociedad, a nivel de toda la región latinoamericana, ha patrocinado el convenio PNUD-UNESCO-CLACSO el cual plantea, como puntos cruciales de su diagnóstico, los siguientes supuestos: 1. Los estados enfrentan una amenaza de gobernabilidad sistémica de no producirse una transformación en sus estructuras internas; 2. Si la transformación no involucra un incremento en la eficacia de la capacidad de gestión para enfrentar las crisis, la amenaza a la gobernabilidad persistirá independientemente de la legitimidad alcanzada por las estructuras estatales; 3. Existe una crisis permanente de la sociedad civil que se expresa como la imposibilidad que tienen las diversas formas existentes de representación para procesar las demandas sectoriales y generales que se originan en el marco de las relaciones del Estado, la sociedad y la economía; 4. Esos cambios no han sido ponderados para prever escenarios posibles de la acción de los movimientos (actores) sociales; 5. Los sistemas políticos democráticos precisan políticas económicas y socio-culturales creativas que no escindan la capacidad de consenso y de legitimidad de la eficacia social de la decisión estatal; 6. La identificación de opciones dinámicas que compensen corrientes negativas debe orientarse a la integración de las conductas de

Este "nuevo" paradigma intenta modificar en profundidad antiguos puntos de vista, lo cual hace necesario una discusión sobre sus temas centrales. Sería conveniente, así, revisar las premisas y los elementos que muestran la mayor variabilidad sustantiva con respecto a los énfasis que postulan otros paradigmas. Véase tabla 1

TABLA 1

ÉNFASIS CONCEPTUALES
EN EL ANÁLISIS DE LAS FUERZAS SOCIALES

Tradición del conflicto	*Enfoques actuales*
Clases	Ciudadanía/Actores
Lucha de clases	Concertación/pactos
Cambios revolucionarios	Transición a la democracia
Sistema de dominación	Sistema político/gobierno
Clase dominante	Élites/clase política
Crisis sistémia	Crisis funcional
Hegemonía	Gestión/gobernabilidad
Crisis	Racionalidad

II. PREMISAS SOBRE LAS FUERZAS/MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

De este "juicio"-"proceso" es posible realizar una sistematización preliminar de los ejes, propuestos por esta tendencia, para captar la subjetividad que redefine a las fuerzas sociales "emergentes". Esta sistematización se hará en torno a las premisas básicas del enfoque interpretativo de la transición a la democracia:

Premisa 1. Ruptura con visiones globales o totalizadoras.

actores claves que van desde el Estado hasta los movimientos sociales (véase la revista *David y Goliat*, 1987).

Premisa 2. Tratar los acontecimientos en forma "discreta" sin relacionarlos a tendencias dadas o posibles.

Premisa 3. Emplear los mecanismos político-institucionales en sustitución de la relación de dominación social.

Premisa 4. Negar la centralidad y/o la existencia de las clases sociales como relación y/o concepto para el análisis, utilizando en su defecto términos como sectores subalternos heterogéneos, grupos de interés, ciudadanía, movimientos, etcétera.

Premisa 5. Ubicar a los "nuevos" sujetos y movimientos sociales dentro de parámetros esencialmente sistémicos (con posibilidad de gegenerar inestabilidad pero que puede ser absorbida por el entorno político-institucional).

Premisa 6. El accionar coyuntural se convierte en el ámbito privilegiado de organización y movilización de los movimientos sociales.

Premisa 7. El conflicto institucional es equivalente al conflicto político o a cualquiera otro tipo de conflicto social.

Premisa 8. La heterogeneidad social dificulta la elaboración de una única y exclusiva propuesta teórica capaz de explicar la movilización social.

Estas premisas se proponen como el soporte fundamental para captar la diversidad, heterogeneidad e indeterminación atribuible a las prácticas de los sujetos sociales, pero además como la base sustantiva para instalar el juicio del sujeto histórico, en su gran diversidad socio-política e ideológica, y a las prácticas y teorías asociadas al mismo.

A modo de explicitar los diversos supuestos aquí entrecruzados pareciera más conveniente considerar algunas de las premisas indicadas:

Premisa 1. *El proceso de ruptura con las visiones totalizadoras de sujetos y proyectos*

¿Cuál es hoy, en América Latina, la tendencia del desarrollo social en términos generales? ¿Existe o no una continuidad entre los distintos quiebres políticos escenificados a partir de la posguerra o se trata de un escenario que no guarda vínculos entre los distintos sucesos en los cuales se han movilizado los actores y sujetos? ¿O acaso las crisis de los regímenes autoritarios y posautoritarios sólo afectan esferas parciales de la estructura social latinoamericana? ¿Contestar estas interrogantes hacen o no necesario un abordaje desde lo global?

Al parecer, para el pensamiento social latinoamericano predominante, responder a esta preocupación sería un sin sentido. Y es un sin sentido porque esta tendencia no acepta caracterizar la región bajo los influjos de procesos globales *reducibles* a una secuencia histórica concreta. Hacerlo significaría, para ella, aceptar que es posible reconocer la "totalidad regional" desde determinadas orientaciones generales de regularidad, continuidad, ruptura y cambio político. Las premisas de esta negación, por ejemplo, son en sí mismas contradictorias con la afirmación de que existe en la actualidad una fase de *transición a la democracia*, por ser ésta una caracterización global. Esta forma de argumentación podría ser calificada de impostura al ser contradictoria consigo misma.

Ante esto, también puede afirmarse que es imposible razonar sin apelar a estructuras y procesos globales. Previo a la etapa actual, el análisis social caracterizó procesos y tendencias de la región y propuso periodizar las complejas fases de la industrialización y la urbanización, la dependencia y el ciclo de formas autoritarias. No obstante, en la fase actual de "transición a la democracia", se ha producido una desconexión entre los procesos anteriores, todavía actuantes en la coyuntura, y los que, de forma presumible, constituyen dicha "transición". Viene, así, a suceder una transición despegada de las fuerzas, motivos culturales y prácticas políticas que configuraron un *ethos* en la dominación político-social como tal.

Aquí se produciría, ahora sí, una "comprensión" de los acontecimientos desprovista de ejes articulatorios y tendenciales. Algo impensable desde la perspectiva de los análisis que constituyeron originalmente la tradición del pensamiento latinoamericano como, por ejemplo, los trabajos mismos de Medina Echavarría. Este pensador forjó buena parte de su aproximación intentando una explicación global sobre las causas estructurales del retraso social e histórico, así como de los efectos sectoriales que las relaciones tradicionales producían frente a la modernización urbano-capitalista en marcha. Su preocupación intentó reconocer los desfases, producto de la desigualdad de ritmos combinados, por efecto de la centralidad de la hacienda con respecto a los planos interno y externo de la dinámica estructural y de sus sujetos en conflicto.[4] Este tipo de reflexión llevó a repensar lo social como uno de los ámbitos centrales para entender la inter-conexión de diversas instancias, así como a revalorar la capacidad explicativa que su localización estructural y articuladora producía frente a otros espacios como los económicos, políticos y culturales.

[4] Medina aceptaba que toda aproximación histórica imponía al investigador "interesado por los fenómenos del cambio... (a apoyarse) sobre una teoría del desarrollo histórico, sobre una concepción de la historia en su proceso total". Véase La Obra de José Medina Echavarría. Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1980, p. 96. Asimismo, es notable la discusión de Medina sobre los problemas de la racionalidad y la legitimidad política "inexplicablemente" ignorados en la actual discusión de transición y modernidad, así como en la "recuperación liberal" de su obra. Véase J. Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1969, pp. 97-98.

Esas primeras sistematizaciones sugirieron considerar los efectos socio-políticos de la interrelación entre las formas oligárquicas de dominación y la imposibilidad del desarrollo industrial; identificaron los actores centrales en función de la apropiación territorial, en tanto acceso a las formas de control del mercado, de la política y del Estado, como instrumento organizador de las relaciones de poder; reconstruyeron los nexos entre los procesos sectoriales y las formas nacionales de desarrollo, con mayor o menor grado de diferenciación e inserción en la economía mundiales; perspectivas que anticipaban, todas ellas, la estructuración de visiones articuladas y totalizantes. Adelantaban propuestas, no importa el énfasis desarrollista y/o modernizante que suponían, para interpretar la región desde las peculiaridades estructurales que la reproducían históricamente. Lo importante, y sin ponderar en este instante la profundidad y consistencia de la propuesta explicativa del autor mencionado, es el esfuerzo de articular el conjunto de las dimensiones sociales desde un criterio explicativo central al discurso del desarrollo.

En esa época, con los aportes simultáneos de la obra de la Cepal, Prebisch, Germani y Furtado, se establece una tendencia analítica preocupada por encontrar lo específico del subdesarrollo latinoamericano y la globalidad del desarrollo capitalista. Se hacía impensable, a partir de estos hitos, un discurso que no tomara en cuenta la dinámica interna y externa. Posteriormente, las reflexiones que sobre la dependencia realizaran Cardoso y Faletto produjeron un nuevo e indiscutible avance en la misma dirección.[5] La teorización sobre las relaciones de dominación y las contradicciones -internas y externas-, así como sobre las diversas formas de regímenes políticos y sus secuencias sustantivas, en contextos

[5] *Cfr.* Cardoso, Fernando Henrique y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México : Siglo XXI, 1969; Cardoso, F. H., *Ideologías de la burguesía industrial en sociedades dependientes*, México : Siglo XXI, 1976.

de crisis (oligárquicas y/o populistas) y de modelos de industrialización asentados en perspectivas de autonomías nacional-populares, desarrollistas, reformistas o socialistas, etcétera, apuntaban, cada vez más, hacia los ejes definitorios causales: en lo estructural, en lo político y lo social.

La explicación resaltaba las formas de inserción periférica de la región en el sistema capitalista como una determinación sustantiva con la cual comprender las formas de reproducción del subdesarrollo y de las específicas estructuras de dependencia que se escenificaban de manera intensa y compleja en el subcontinente. En el orden de la dominación social, enfatizaba, también, sobre los patrones y características de los modelos políticos "incompletos", "híbridos" o "inestables". Otras de sus dimensiones analíticas fueron: las crisis "oligárquicas", la fractura del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones, el fracaso político de las formas nacional-populares, la precipitación de las formas burocrático-dictatoriales militaristas, la profundización de la crisis del desarrollismo en las políticas globales y sectoriales, etcétera.[6]

Un primer y somero balance de los numerosos estudios que constituye el corpus del proyecto CLACSO-PNUD-UNESCO, el del grupo Flacso-Chile y el grupo latinoamericano del Wilson Center, muestran la acelerada discontinuidad que ha sufrido la tradición teórica latinoamericana a que

[6] Al respecto existe una exhaustiva literatura indicativa de los procesos antes señalados: Germani, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires : Paidos, 1968; De Oliveira, Francisco, "A Economia Brasileira; critica a razao dualista", en *Estudios CEBRAP 2*, Sao Paulo, 1972; Weffort, Francisco, "Clases populares y desarrollo social", en *Populismo, marginalización y dependencia*. Costa Rica : Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA), 1973; Quijano, Anibal, "Dependencia, cambio social y urbanización en América Latina", en *op. cit.*; Fernández, Florestán, *La revolución burguesa en Brasil*, México : Siglo XXI Editores, 1978; O'Donnell, Guillermo, 1966-1973 *El Estado burocrático autoritario*, Buenos Aires : Editorial de Belgrano, 1982.

hemos hecho referencia más arriba.[7] Es evidente el marcado desinterés, de las nuevas aproximaciones, por captar las tendencias procesuales y totalizadoras de las fuerzas sociales en un contorno de crisis del sistema capitalista mundial. El proceso global interesa como un referente de contexto y no como variable global de explicación o de inserción en las interrelaciones relevantes para la comprensión de los fenómenos sociales. El proceso global se convierte en subalterno de la indagación y aproximación empírica restrictiva. Interesa sólo lo acotado sectorialmente; aquéllo sobre lo cual es permisible inventariar sin entrar a dimensiones de "lo imposible" o "lo utópico". Lo político se reduce a lo estatal; lo social a los "nuevos" movimientos sociales, entendidos éstos como heterogeneidades no determinables socialmente.

Se rechaza, así, la tradición de insertar el problema de los sujetos sociales en un parámetro más general, aduciendo el fracaso de los distintos proyectos que conceptualizaron el rol a desempeñar por actores específicos. Su crítica es dirigida, de manera directa, a los partidos, movimientos y grupos que asumieron estrategias insurreccionales o que diseñaron alianzas y actividades sociales centradas en la supuesta potencialidad de los sectores obreros y del campesinado. De esa manera, y paralelamente con el rechazo a reconstruir la procesualidad tendencial de la región, se agregó una consecuencia onerosa: la de que los sujetos mayoritarios subalternos por excelencia se encontraban imposibilitados para actuar de y en conjunto para confrontar las tendencias predecibles que los sojuzgaban y colocaban en franca situación de marginación social y política. Para esta nueva tendencia, es obvio que no existe posibilidad alguna para proyectos

[7] En este trabajo no hemos incorporado la muy reciente compilación del grupo Hoover sobre aspectos globales de la democratización bajo la dirección y coordinación de Larry Diamond, Juan J. Linz y Seymour Martín Lipset, *Democracy in developing countries*, Boulder, Colorado : (cuatro volumenes). Lynne Rienner Publishers, 1989.

centrados en una potencialidad antagonizante a las relaciones sistémicas predominantes y en las condiciones de crisis existentes.

El trabajo de "balance" o de "diagnóstico" se concentró, con base en ese supuesto, en resaltar la obviedad de la debilidad de estos grupos y de la incapacidad de reconstitución de los mismos, curiosamente, frente a regímenes, cuya reconstrucción se había tornado en el principal objetivo político, a pesar de que también transitaban por fases de progresiva debilidad institucional y política. Aquí los extremos se tocan: los sectores populares transitan momentos de incapacidad política y los sectores de la dirección autoritarista, en sus distintos componentes, muestran perfiles ya no tan unificados en cuanto al proyecto de futuro que los modelos de seguridad nacional habían inaugurado. El momento es propicio para fraguar un cambio político de escenario que "negocie" la potencialidad de recuperación radical de los sectores populares a través de un proyecto de instauración de un régimen democrático-liberal.

Como consecuencia de estas visiones, la tendencia asumió que los procesos de institucionalización política por los que atraviesan, en la actualidad, las sociedades latinoamericanas no descansa en las fuerzas sociales sino en las nuevas élites burocráticas o políticas con capacidad de reconocer nuevos horizontes políticos en el péndulo entre regímenes autoritarios en crisis y alternativas de negociación conducentes a una necesaria transición política posautoritaria.

Esto, globalmente, representó una huida conceptual que se acomodó en la indeterminación estructural. Exhibiendo un sentido de pesimismo y desencanto sobre derrotas políticas mal comprendidas pero extremadamente generalizadas como principios demostrativos, *ad nausean*, para el contexto latinoamericano. De esa forma el triángulo negativo se cerraba: no a las visiones totalizadoras, no a supuestos sujetos portadores de fuerza transformadora y no a proyectos prede-

terminados sin relación con las reales posibilidades y fuerzas en capacidad de instaurarlos.[8]

La globalidad se ha redefinido en estos tres aspectos. Se ha reconceptualizado a partir de dimensiones en donde lo histórico ya no representa lo total, lo general o extenso en cuanto a procesos, tendencias y/o leyes de constitución social. Un buen ejemplo de semejante postura se puede encontrar en el balance que Calderón aproxima sobre las "no tendencias" de la región:

> ... parece que no hay un sentido unidireccional, tampoco un epicentro que regule el comportamiento de nuestras sociedades (...) Los movimientos sociales latinoamericanos no sólo son heterogéneos en términos de las relaciones sociales que expresan, sino también en términos de sus dinámicas de acción. En ese sentido, no hemos podido encontrar un único principio que explique el funcionamiento y el cambio de los movimientos sociales y sus conflictos. Más bien hemos encontrado una diversidad de comportamientos que reaccionan, se adaptan, o proponen de distinta manera múltiples opciones societales, y aunque esto no niega que existan tendencias recurrentes, enfatiza que los movimientos no tienen ni una sola causa, ni un sólo destino.[9]

[8] Trabajos que reflexionan en esta dirección y que, con énfasis particulares, además, justifican el "trascender los equívocos" asignados a los tres supuestos de reducción de la realidad con respecto a los sujetos, procesos y proyectos, estarían: Garretón, Manuel A. "Actores sociopolíticos y democratización", en *Revista Mexicana de Sociología*, no. 4, octubre-diciembre de 1985 y "La problemática de la transición a la democracia en Chile. 1985, Una Síntesis", (FLACSO, Santiago, 1985; Lechner, Norbert, "Revolución o ruptura pactada", en *Crítica & Utopía*, no. 13, diciembre de 1985 y "La democratización en el contexto de una cultura posmoderna" en Lechner (compilador) *Cultura Política y democratización*, Buenos Aires : CLACSO-FLACSO-ICI, 1987; Calderón, Fernando y Elizabeth Jelin, "Classes sociais e movimentos socias na América Latina. Perspectivas e realidades", en *Revista Brasileira das Ciencias Sociais*, no. 5, vol. 2, outubro de 1987; Calderón, Fernado y Mario R. dos Santos, "Movimientos sociales y gestación de cultura política. Pautas de interrogación", en Lechner (compilador) *op. cit.*; Cardoso, Fernando Henrique, "¿Transición Política en América Latina?", en *Germani, Gino et al*: Los Límites de la Democracia, vol. 2, Buenos Aires, CLACSO, 1985.

En la preocupación anterior lo obvio sobresale: la perspectiva de tendencia o de generalidad de las determinaciones sociales es acomodaticia. Confunde *determinación* con *determinismo*. Se asume, así, la presencia de tendencias múltiples que no guardan vínculos con un principio de organización o de regulación de las conductas sociales. El criterio de estructuración, naturalmente, implicaría la anulación de la construcción autónoma de la "historicidad" y sus contingencias. No obstante, lo que esta tendencia no comprende, es que, aún bajo los parámetros del autor, se reproduce el proceso y el margen de acción-decisión de los sujetos. Los actores están en capacidad de recusar y reorientar procesual e históricamente el "peso de las estructuras" y éstas no se superponen o sobreponen negando y eliminando el proceso de determinación que la acción humana produce, pero ambos procesos conforman una sola historia de integración en el cambio, la crisis y/o la reproducción estructural o sistémica.

Para este punto de vista, la "pluralidad de los sujetos" no puede, a su vez, ser "explicada" por una multiplicidad de determinaciones sujeta a un principio motor exclusivo. El intento por comprender la sociedad como una totalidad emerge como algo indeseado, descalificado por la presunción de que conduce a "totalitarismos del pensamiento v.s. heterogeneidad de lo real".

Esta singular forma de aproximación a la realidad latinoamericana, para resumir, se basa, en primer lugar, en la imposibilidad de reconocer el componente de estructuración

[9] Véase Calderón, Fernando, *Los movimientos sociales frente a la crisis*. Buenos Aires, CLACSO-Universidad de las Naciones Unidas, 1985, pp. 75-76.

de las relaciones válidas y decisivas para construir el orden social. En segundo lugar, en reconsiderar el rol de los ejes de reproducción estructural. Estos son presentados ya no como "explicativos", en su nivel de determinación central, sino como "otros tantos" que tienen presencia en los espacios de interacción de los actores pero que no definen una potencial carga de articulación de esa "heterogeneidad" social imposible de aprehender o caracterizar.

De esa manera, y por último, el quiebre no produce un incómodo estado de incomprensión analítico, como ya antes se comentaba, sino que, por el contrario, produce un alivio con relación a los pesados presupuestos de un predeterminado "sentido de la historia". Al desaparecer la preocupación por los elementos que diluían las perspectivas de presente y futuro, la razón pragmática, que realiza el juicio al sujeto, deja a éste último desprendido de intereses básicos y fundamentales en las relaciones presentes de dominación y sujeción social. Se arriba así a postulados indeterminados que parecen reposar en una absoluta complacencia con la "libertad de pensar" la "libertad de lo concreto-real". Postular así la "democracia sin adjetivos" (aunque ya ello implique un "calificativo"), es absolutamente impensable, frente a hechos adjetivados por una desigualdad estructural y política absolutamente real, o por la "modernización", o la "descentralización", o la "concertación", o la "negociación", etcétera. Esto muestra hasta que punto el ignorar los "adjetivos" certifica la ruptura con las relaciones que si prosiguen determinando-enjuiciando a los sujetos bajo las sociedades clasistas o policlasistas en América Latina.

La ruptura se ha consumado. La probabilidad de un nuevo pensamiento político ya no es azarosa; al contrario: es una necesidad fundamental para reconstruir un proceso con fuerte desencanto en cuanto a sus perspectivas.[10] Las visiones totalizadoras son, *ad hoc*, complemento y no razón de postulación sobre supuestos sujetos con capacidad para construir proyectos, entendidos éstos como las líneas históricas de las grandes contradicciones y síntesis sociales del actuar cotidiano y extraordinario.

[10] Lechner deja muy claramente expresada la anterior justificación cuando afirma que: "La realidad misma es una infinitud de fragmentos cuya compleja vinculación desborda todo intento de ordenamiento". (p. 15) Sin embargo, es consciente de que esta lógica, llevada a sus extremos, es poco fructífera y reclama, no sin tensión obvia, una reconsideración: "La ruptura con la modernidad consistiría en rechazar la referencia a la totalidad. Sin embargo, permanece ambiguo el alcance de ese nuevo desencanto: ¿se rechaza la referencia a la totalidad articuladora de los diferentes campos porque no es posible o porque ya no es necesaria? ¿O no podemos prescindir de una noción de totalidad, pero pensada en otros términos? A mi entender, el debate sobre la llamada posmodernidad deja abierta una cuestión de fondo; ¿la tensión entre diferenciación y articulación sigue siendo una problema práctico o se trata de un asunto obsoleto? (p. 174). Véase: Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia*, Santiago de Chile, FLACSO, 1988.

Premisa 2. *Desaparece la dominación social del análisis y de la realidad empírica*

Desde la perspectiva de análisis de la tendencia que comentamos, las fuerzas, grupos y movimientos sociales, son estudiados en un contexto en donde se considera a lo político como un ámbito restrictivo, diferenciado y hasta divorciado de lo social. Lo político es conceptualizado sin una adscripción y/o sujeción a lo social. Aparece como la "dimensión de la ciudadanía"; como un espacio amplio, pero restringido y específico: el lugar donde ocurren, exclusivamente, los "intercambios" entre los actores "del" sistema.

En esta redefinición de lo político ya no tiene sentido entender la constitución de los sujetos y movimientos sociales en las arenas del "conflicto de clases", ni en las expresiones de los partidos, como fórmulas ampliadas de "intereses materiales de las clases", sino como la reducción de los intereses organizados y en conflicto a dimensiones corporativis-

tas. El conflicto, en general, es hoy asimilado a "conflicto político". Sin embargo, que no mueva este cambio a apresuradas conclusiones. Lo político, como lo apuntábamos, se mueve en el escenario de no prescribir rutas o líneas de comprensión. Se trata, antes bien, de *describir* "las tendencias empíricas construyendo diagnósticos válidos".[11]

La modernización del Estado a que se aspira, vía su nueva "eficacia democrática", no opera entonces, necesariamente, desde una lógica que quiebra la estructura de la dominación tradicional. Ya que el "nuevo escenario" en que esta intermediación causal opera lo constituyen las permanetes arenas del Estado y su institucionalización.

Semejante visión, a pesar de enfatizar y relevar el rol de la sociedad civil, a través de la presencia de "nuevos actores", presenta correspondencia con la estrecha reconstrucción de los "límites" de reproducción de los sujetos que los tradicionales discursos del poder, de factura conservadora, "decretaron" como santuarios esenciales para la existencia de los actores. Para la transición y consolidación de la democracia, en cuanto al ámbito decisivo del régimen político, la *escena es finita*: son las elecciones, los partidos, los acuerdos entre las élites empresariales, sindicales, militares y las cúpulas tradicionales.

Por supuesto, como antes se señaló, todo acontece en la exclusiva arena de lo estatal. Los intereses sociales son y deben ser comprensibles desde este moderno (¿o posmoderno?) "tercero excluido". Su labor de filtro es nuevamente reivindicada; sólo que ahora, en lugar de "explicarnos" la transición desde el absolutismo al estado moderno se trata de introducir sólo una capacidad institucional no adscrita a

[11] F. Calderón y Mario dos Santos: Ciencias sociales, crisis y requerimientos de nuevos paradigmas en la relación Estado/sociedad/economía", en *¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?* 1. Democratización /modernización y actores socio-políticos. Buenos Aires, CLACSO, 1988, p. XVI.

intereses; más representativa, en lo fundamental, de lo heterogéneo-social antes que de intereses exclusivos y particularistas. Es esto lo que sugiere la obligación de repensar el dilema de la "gobernabilidad" *versus* la "representatividad" sin molestarnos, *pecata minuta*, de si la dominación se traspapela bajo algunos de los términos precedenes.

La discursividad toma nuevos referentes terminológicos (aunque no necesariamente lógico-históricos): negociación, concertación, pactos, etcétera. El rostro, además del rastro, de las antiguas relaciones de subordinación ya no existen en los intersticios del Estado. Sólo emergen los aparatos, las burocracias, los actores racionales, los nuevos tecnócratas y las reglas y procesos decisionales de acción -al estilo de la "caja negra"- invaden y hegemonizan la lógica "moderna" de la discusión política (sobre transición y consolidación de la democracia). Otra racionalidad se comentará; pero quizá no un nuevo poder de decisión.

Por supuesto, la "ciudadanía" no accede pasivamente a los territorios donde se "hace (la) política legítima". Esta existe más allá y más acá del régimen político y/o de las relaciones sociales de producción. En todos los espacios de interacción se constituyen y se redefinen sujetos y movimientos sociales. Lo cual deja asentado un proceso de repolitización múltiple, variado y heterogéneo.[12]

La conclusión es paradójica, pero congruente con la intención de enjuiciar la práctica de los sujetos bajo límites característicos: como los espacios de constitución de los sujetos son múltiples, diferenciados y no determinados compulsivamente por la fuerza bruta de las estructuras, la necesidad de "sobrepasarlos" -en tanto que ámbitos infinitos- es innecesaria. Ellos existen interconectados; pero no determinados

[12] Fernando Henrique Cardoso, "A Democracia na América Latina", en *Novos Estudos*, CEBRAP, no. 10, outubro de 1984, p. 50; Alain Touraine, *Actores sociales y sistemas políticos* en América Latina. Chile, PREALC, 1987, p. 47.

globalmente. Si la pluralidad de formación discursiva, de identidades y sociabilidades es extensa, ¿qué mejor recurso que, en lugar de restringir, respaldar tal variedad de contextos de formación de la identidad política? Touraine, sin embargo, se percata de semejante extravío en la impostura. Sugiere y advierte, en contra de esta "explosión de la conciencia social" reivindicativa, la necesidad de resistir la actitud "demasiado atrayente de una autonomía creciente y casi natural de los actores de la sociedad civil".[13] Léase: *¡de una heterogeneidad infinita!*

¿Por qué acontece esta dislocación? Al parecer, la reflexión acerca y sobre lo social, en el tono y las restricciones con que se acompaña viene a decidir a favor de dicha dislocación. Observemos lo anterior con mayor detalle.

Esta exclusión de lo social, como carácter central de las dimensiones explicativas de la dominación, por ejemplo, puede encontrarse en una declaración del Partido Movimiento Democrático Brasileño (PMDB). En 1981, éste adoptó una posición típica de aceptación de las reglas de reproducción social de una sociedad periférica-capitalista. Su definición de democracia patentiza este desplazamiento hacia la conversión y aceptación de la negociación entre intereses antagónicos:

> Para nosotros, el concepto de democracia implica la posibilidad de alternatibidad en el poder; divergencia y heterogeneidad de intereses y actividades como características buenas y necesarias, y no como males que se deban exorcisar; la idea de que la mayoría no debe suprimir a la minoría porque nadie monopoliza la verdad; participación en decisiones que afectan nuestras vidas; la legitimidad de diferentes intereses y por consiguiente, de negociar; y la civilidad en el pensamiento político, sin el cual no puede exisitir la política democrática.[14]

[13] Véase: Alain Touraine, "As Possibilidades da Democracia na América Latina", en *Revista Brasileira des Cienciais Sociais*, vol. 1, junio 1986, p. 13.

Aún y cuando se pueda estar de acuerdo con varios de los postulados allí expresados, es obvio que lo más central del supuesto que anima la constitución del "imaginario democrático" en el PMDB es la legitimidad de la existencia de distintas formas de conflicto y de intereses (antagónicos); pero no sólo de que existan, sino de que *permanezcan*. Considera a la "ciudadanía" como el espacio social, analítico y político privilegiado y adecuado para situar el terreno de control del conflicto. En lugar de las clases sociales, élites o sectores dominantes, es la ciudadanía la que se articula con lo político a través de la *institucionalización del conflicto*.

La idea es que la posibilidad de negociar y reglamentar las demandas, que los propios autores reivindican como heterogéneas, en el terreno institucional garantizaría la estabilidad y eficacia del aparato estatal.[15] Se afirma, así, la tesis de desvincular el aparato estatal de los intereses dominantes,

[14] Robert A. Packenham, "El Cambiante Pensamiento Político en el Brasil, 1964-1985", en *Revista Occidental*, 1987, p. 251.

[15] Al respecto se afirma que: "El régimen democrático tiende a crear antagonismo y acciones ofensivas en ciertos sectores sociales que, bajo condiciones autoritarias, no hubieran siquiera manifestado la menor demanda. La trama institucional de la democracia, sus frenos y contrapesos, pueden demorar –a veces más allá de lo prudente o deseable– la puesta en marcha de proyectos comprometidos durante la campaña electoral. La inercia de la burocracia estatal, las restricciones en materia de reducción del gasto público, las dificultades para la renovación de los elencos, constituyen otros tantos factores de retardo en circunstancias políticas que exigen celeridad y eficacia. Pero todo esto no es sino el inevitable costo de la redemocratización institucional". Véase: Carlos Acuña, Marcelo Cavarozzi, Lilliana De Riz, Elizabeth Jelin, y Oscar Oszlak: "Estado, política y actores sociales en la Argentina contemporánea", en *¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?* (1). Democratización/modernización y actores socio-políticos, *op. cit.*, p. 27.

los cuales son mediados por una lógica intraestatal exclusiva: "existe una trama institucional hecha de jerarquías, reglamentaciones, trámites y prácticas fuertemente arraigadas de las que el administrador público y el funcionario político son, a la vez, victimarios y víctimas, tal vez (las más de las veces) involuntariamente".[16] De ahí que, y en respuesta a, la aceptación de la democracia como "un aprendizaje y aplicación de un método de convivir con conflictos".[17] –como apunta una investigadora brasileña–, la política es "algo más que la política de la clase dominante" (!) Transformándose en un universo de variables heterogéneas que determinan la multiplicidad de los intercambios y procesos de constitución de actores. Sin lugar a dudas, aquí se introduce un nuevo contexto de lo social.

El término de "heterogeneidad" (de conflictos, conductas, demandas, determinaciones y movimientos sociales) se convierte en punto central para continuar el razonamiento: ¿Cómo se originan las relaciones sociales definidas como "heterogéneas"? ¿Por qué, en ausencia de un principio social articulatorio, los sujetos sociales expresan inconformidad, insatisfacción y protesta en todos los ámbitos socio-políticos, económicos y culturales? ¿Qué explica la "homogeneidad" de la protesta y movilización, coyuntural o permanente, en los sujetos "heterogéneos"? ¿A qué razón(es) o causa(s) imputarles la existencia estructurada de una "heterogeneidad", al parecer no estructurada ni estructurante, de la infinita acción social? ¿Es posible que una multideterminación indeterminada sea capaz de producir esta variedad de conductas, relaciones y conflictos sociales caracterizable como "heterogeneidad"?

[16] *Idem*, p. 30. Sin lugar a dudas aquí logra definirse una simplificación de las relaciones de autonomía de lo estatal, llevando al límite la posibilidad de "explicar" lo político del Estado como procedimiento intraburocrático divorciado de lo social. Lo anterior no es casual. Forma parte de un cuadro teórico sistematizado y consistente con la postura de ruptura ante el paradigma de la dominación.

[17] Packenham., *op. cit.*, p. 241.

Nuevamente la construcción de lo social y de la dominación en particular se reconoce, de manera acomodaticia, como descentrada y como imposible de centralizar, a riesgo de arribar a "determinismos" tradicionales. Por supuesto, una concepción de tal naturaleza, que enfatiza el reencapsulamiento de los sujetos sociales dentro de parámetros institucionales y, por tanto, desvincula las demandas sociales de una objeción a las instituciones políticas, sólo puede arribar a conceptualizar la negociación como espacio de compromisos que paralizan la movilización autónoma frente a fuerzas estimadas como antagónicas. Lo anterior lleva precisamente a Touraine a mostrar grave preocupación por aquellas "demandas sociales de todo origen que se expresan fuera del sistema institucional, o que constituyan un riesgo mayor para la democracia".[18] Es obvio que la nueva redefinición de lo político reduce lo social a un reconocimiento de intereses diferenciados, pero nunca llega a plantear trascender su lógica organizativa dominante. Lo social deja de constituir un punto de referencia; la política definida como *forma de negociación* es la que estructura los espacios en tanto que arenas legítimas para la coexistencia de intereses opuestos o, en un lenguaje quizá más "tradicionalista", entre dominadores y dominados.[19]

Pizzorno especifica, de manera muy clara, la fórmula con que se afronta hoy el reconocimiento de estas oposiciones desde el campo político:

> El reconocimiento de partes políticas diversas..., ha resuelto para las sociedades democráticas un problema

[18] Touraine, *As Possibilidaes...*, *op. cit.*, p. 12.

[19] Por cierto, las categorías de dominadores-dominados, al parecer, son un *avis rara* en la caracterización de la transición. Su apresurado fallecimiento teórico deja mucho que desear al reconocer hechos recientes: el perdón del gobierno Menem a los militares en la Argentina y las reacciones de la cúpula empresarial y militar frente a la decisión presidencial.

de control social que de otro modo sería tratable militarmente. Lo pudo hacer en la medida en que se ha presentado como procedimiento de opción de políticas, aunque en realidad ha operado, a través del conflicto político, como técnica de refuerzo de las identificaciones, y de predisposición a la negociación. Además, la potencial conflictividad de las posiciones políticas tiende a configurar el discurso político, al menos en parte, en discurso ideológico. Esto es, en un discurso que procura ser más "comprensivo" (más global, más universalista) que el del adversario. Por consiguiente, se refiere más a intereses de largo plazo que de corto plazo, más a conquistas hipotéticas que a satisfacciones inmediatas. También esto sirve para controlar, a través del conflicto político, los intereses sociales urgentes.[20]

El supuesto de semejante referente es el proceso de transición a la democracia en varios países de la zona. Desde ese ángulo, los nudos del cambio, la crisis y la estabilidad política hoy transitan por dinámicas que hacen posibles la "negociación" aún en situaciones de aguda conflictividad global. La argumentación de Pizzorno es sustantiva a nuestra discusión: la transición también puede ser vista como la "consolidación" de una hegemonía burguesa y como capacidad política de desorganización popular. Asimismo, como capacidad de reintroducir un falso consenso avalado por un discurso ajeno a realizaciones materiales efectivas de "renegociar poder" institucional y transformación social. Estaríamos frente a un tipo de *democracia coartada* en donde la posibilidad decisoria habría desaparecido sustancialmente.[21]

[20] Alessandro Pizzorno, "Sobre la racionalidad de la opción democrática", en Pizzorno, *et al.*, *Los límites de la democracia*, Buenos Aires, CLACSO, vol. 2, 1985, p. 37.

[21] "La democracia -argumenta Habermas- ya no se asocia con la igualdad política en el sentido de una distribución igual del poder político,

Ese punto de inflexión, resultado lógico de la fractura de diversas experiencias políticas así como de proyectos frustrados de confrontación, remite a una toma de conciencia, según algunos, que representa una ganancia en cuanto lucidez política y esclarecimiento en la percepción de alianzas y posibles esfuerzos para lograr avances reales en la institucionalización de la democracia.[22]

Ahora bien, y a riesgo de subestimar las ganancias reales que la crisis del autoritarismo hoy depara, no es menos cierto que las voluntades populares encuentran una expresión crítica; muy real también, a partir de una conciencia más profunda, y de una percepción más directa, de las restricciones sociales de la forma capitalista que actualmente opera en la región. ¿Cómo desconocer las acciones de movilización salvajes en Venezuela, República Dominicana, Brasil y Argentina ante inminentes procesos devaluatorios o de renegocia-

es decir, de las oportunidades de *ejercer* poder; la igualdad política sólo significa ahora el derecho formal al *acceso* al poder con iguales posibilidades, es decir, el derecho igual a ser elegido en posiciones de poder. La democracia ya no persigue el fin de racionalizar el poder social mediante la participación de los ciudadanos en procesos *discursivos* de formación de la voluntad; más bien tiene que posibilitar *compromisos* entre las élites dominates". Véase Habermas, Jürgen, *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, p. 148. No deja de ser sintomático el silencio que estas razones ocasionan en los especialistas en el tema de la transición; ciertamente, se dirá, es el Habermas que no merece ser citado.

[22] (...)"el acceso a la democracia no significa que se mistifique, junto con ella, la disolución de la problemática social, la eliminación del conflicto. Ésta en todo caso lo coloca en otro punto, pero donde la realidad no se simplifica sino que admite su perfeccionamiento y renovación. Ello conjuraría en alguna medida las inclinaciones totalitarias presentes en las concepciones utópicas. En todo caso, el matiz utópico del ideal democrático no se refiere tanto a un modelo social completo como a una modalidad de regulación social", Mario dos Santos y Daniel García Delgado "Democracia en cuestión y redefinición de la política", en *Crítica & Utopía*, no. 8, 1982, p. 72. Por supuesto: el punto en donde se coloca lo social es indescifrable. Hay que desaparecerlo. Y para ello que mejor estrategia que afirmar que la política ha ganado en profundidad. ¡Vaya que es bien cierto!

ción de imposiciones fiscales onerosas respecto de la deuda externa ante el FMI o de secuelas de lo anterior en el abastecimiento o incremento del costo de la vida? Capítulo curiosamente no explicitado por los más reconocidos analistas actuales de las crisis políticas, que se empeñan en diagnosticar y localizar una racionalidad permisible con base en las "nuevas formas" de organización de la dominación en América Latina[23] e ignoran, de manera sistemática, los puntos de irreconciliable negociación entre los actores sociales, o *sobrevalúan* las "técnicas" de reforzamiento entre "identificaciones opuestas" vía los procesos de "negociar" partes absolutamente marginales de la dominación política.

Un primer balance de esta argumentación nos parece central por dos motivos: 1°) deja entrever las insuficiencias de la propuesta de institucionalizar la transición de la democracia prescindiendo de los *contenidos sociales* en que se sustenta y reproduce históricamente y 2°) recoge de su propia constatación teórica la fragilidad de su discurso, aun y cuando muestre una actitud contradictoria en unos y otros al

[23] Es extraordinariamente curiosa la forma en que se califica el *redescubrimiento capitalista de la democracia* en la periferia y de los instrumentos y formas de organización para hacerla "factible". Por supuesto, sin profundizar sobre las restricciones históricas que hoy embargan al capitalismo como sistema global de civilización. El abanico, sin dejar de ser amplio, aparece orgánicamente pensado en varios autores: ni reforma ni revolución y sí "rupturas pactadas" en Lechner; como participación o representación en Touraine; como "pluralismo conflictivo" según Portantiero; como articulación de "aspectos, democrático, representativo, corporativo y capitalista", en la consideración de Num y de "racionalidad imperfecta", de acuerdo con Fishflish, en: Norbert Lechner, "¿Revolución o ruptura pactada?", en *Crítica & Utopía*, no. 13, 1985, p. 57; Touraine, *op. cit.*, p. 13; Juan Carlos Portantiero, "La consolidación de la democracia en sociedades conflictivas", en *Crítica & Utopía*, *Idem*, p. 49; José Num y Juan carlos Portantiero: "La teoría política y la transición democrática" *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Buenos Aires, Punto Sur editores, 1987, p. 44; y Ángel Flisfisch, "Reflexiones algo oblicuas sobre el tema de la concertación", en *Concertación político-social y democratización*. Mario dos Santos (compilador), Buenos Aires, CLACSO, 1987, p. 276.

hablar de que no existe teoría (de la transición) o de que hay que producirla.[24]

La contradicción práctica de semejante situación, característica de la nueva discursividad política latinoamericana, muestra su indudable fragilidad aquí, y en el supuesto a partir del cual reconstruye lo político disolviendo las bases sociales que dan sustento a la organización polarizada de los sujetos.[25] Semejante propósito de carácter disolutorio de lo social, parte y tiene un referente básico adicional: las clases sociales.

Premisa 3. *Por tanto "desaparecen" las clases sociales*

No existe paradigma en el pensamiento político y social más recusado que el de la relación de clase que, se asume, existe

[24] Lechner nos habla, en 1980, del precario "status teórico del concepto de democracia" (en aquéllos que la reivindican como principio de legitimación o como estructura organizativa); asimismo, O'Donnell y Schmitter dudan en poseer una "teoría" acerca de los procesos de transición, aunque las conclusiones de su investigación se inclinan en una dirección opuesta. Véase: Lechner, N., "El Debate Teórico sobre la Democracia". Materiales de discusión. FLACSO-Santiago de Chile, 1980, p. 10 y O'Donnell, G. y Philippe C. Schmitter: Transiciones desde un Gobierno Autoritario. Conclusiones Tentativas sobre las Democracias Inciertas. (vol. 4), Buenos Aires, Paidos, 1988, p. 15.

[25] Tema trabajado con extraordinaria lucidez por Offe al referir los "límites de la regla de mayoría" en la lucha política democrática en occidente: "... debería quedar claro hasta qué punto es ficticio el presupuesto de la regla mayoritaria (por lo menos en lo que se refiere a su poder de legitimación democrática) de que entre los ciudadanos activos existe una competencia decisoria equitativamente distribuida y temáticamente adecuada. Cuanto más se revele ese postulado como ficticio, -agrega Offe- mayor será la probabilidad de que el voto electoral mayoritario se transforme en un mero instrumento para consolidar el poder de las élites. En consecuencia, la propia voluntad mayoritaria empírica pasará a considerarse políticamente irrelevante, lo que podría desacreditarla como un simple producto a favor de otras estrategias de la conquista del poder". Véase I. Wallerstein, C. Offe y J. Habermas "¿Legitimación Política por decisión mayoritaria?", en *La crisis del estado de bienestar y otros ensayos*, San José, Costa Rica, FLACSO, Cuadernos de Cienias Sociales, no. 19, 1989, p. 37.

entre las estructuras y sujetos, el trabajo y la interacción. Principalmente en cuanto asumir probables determinaciones de uno hacia otro o de una combinación de ambos. Así, durante mucho tiempo buena parte de la "realización" del discurso político "democrático-liberal", se ha preocupado, de manera central, en disolver el rol y significación política de las clases como referente de acción y conciencia social. Se caracterizan los análisis de Marx como inadecuados y errados, en su tono profético o histórico o como desconectados de los factores de la individualidad o de las fuerzas incontrolables de la historia que co-producen lo social.

En décadas recientes, por otro lado, las teorías de la sociedad posindustrial, del fin de las ideologías y de la sociedad de trabajo (Galbraith, Bell, Touraine, Gorz), han continuado con alguno de estos y otros acentos, relativizando o negando en lo absoluto la pertinencia de las clases sociales. Se ha llegado a la sustitución, combinación o clara inclusión, de otros elementos teóricos con el fin de explicitar aproximaciones acerca del cambio, el conflicto y las crisis socio-políticas contemporáneas. Originándose así la discusión sobre élites, grupos de presión, estratificación social, corporativismo, sistemas de partidos, etcétera, como alternativas analíticas a la comprensión de la multitud de fenómenos asociados a esta problemática.

La actual innovación, con relación a la no disimulada manera de rediscutir, rechazar o de plano objetar el análisis de clase, lo constituye la explosión discursiva alrededor de los denominados "nuevos movimientos sociales". Aquí se replantea, de manera incorrecta, la correspondencia o no entre movimiento y clases; entre carácter antagónico o no de los primeros frente a las segundas; entre la acción policlasista o no clasista de los mismos a partir de demandas o reivindicaciones que "carecen" de referentes de clara raigambre *dicotómica*. En resumen: en la región se reintroducen antiguos símbolos, ideologías y presupuestos de la tradición liberal y democrática, así como socialdemócrata, que ya antes discutió la pertinencia o no de la argumentación marxista en otros contextos y coyunturas políticas.

La objeción a construir totalidades y a reconocer los mecanismos de dominación lleva, de manera consecuente, a una recusación de las clases sociales, perspectiva reconocible en muchos de estos análisis. Con la negativa al "determinismo" y al "esencialismo" se completa el juicio a los sujetos sociales. La mejor muestra de la inexistencia de las clases sociales, se nos dice, son la infinita variabilidad de movimientos sociales que se desenvuelven con lógicas coyunturales, cortoplazistas o genéricas sin pretender alcanzar el poder. Los movimientos sociales desarrollan formas orgánicas muy distantes a las de los partidos; conciben la participación como un mecanismo central de su identidad y no se enfrascan en complicadas estructuras de agregación de intereses "universales". En definitiva, responden a una acción social no determinada por el "peso de las estructuras" ni moldeada por suposiciones teleológicas sobre presumibles conductas o actitudes sociopolíticas. En la coyuntura sólo pueden reconocerse interacciones más flexibles, y por tanto debe de concedérseles a los actores mayor capacidad de autonomía y posibilidad social.

Lo central de los actores, clases, grupos y/o movimientos sociales no son, creemos, exclusivamente, estos indicadores -estructurales o coyunturales-, que deben de reconocerse contextualmente, sino las formas de rearticulación de las luchas y antagonismos sociopolíticos en la región; subrayando los *elementos estructurales* que fundan un tipo de conexión o autonomía en las luchas, sean o no de clase. A partir de esto, se establece una distinción crucial: el antagonismo y los conflictos sociales no sólo operan bajo el "reduccionismo" de la lógica de acumulación. El conflicto y contradicción de clase es político, además del originado en una de las esferas de reproducción sistémicas de la sociedad. Reducirlo

a lo económico es una simplificación grosera, por demás. Así, al rechazar tal simplificación la potencialidad de la conflictividad social y estructural en las sociedades periféricas adquiere otro significado. Puede introducirse, así, la discusión acerca de si la "formación de clase" en la región pasa por otros estadios o estructuras de relación que amplian las dimensiones de lucha en que se forman y constituyen los actores sociales en general,[26] identificando, paralelamente, nuevas formas de reproducción que localicen los mecanismos centrales para captar la estabilidad, el cambio y el conflicto.[27]

Por supuesto, y como ejemplo sustantivo, las formas radicales de esa objeción pasan por distintos espacios de reflexión, siendo quizá el más reluctante, aquel que representa la obra reciente de Ernesto Laclau. En su último libro, con Chantal Mouffe, fijan la posición extrema, compartida por muchos otros intelectuales latinoamericanos en el momento actual, con relación al marxismo. Su argumento se descuelga

[26] Véase Przeworski, Adam El proletariado dentro de una clase. Proceso de formación de las clases", en *Capitalismo y socialdemocracia.* Madrid : Alianza Universidad, 1988.

[27] "Es difícil imaginar una sociedad que contenga clases en la cual éstas clases no sean una fuente difusora de conflicto -una, al menos, entre otras. Más aún, en todo conflicto social que, de manera predominante, esté organizado en torno a problemas no-clasistas, la clase afectará, en general, las formas en que aquél se desarrolle. Los trabajadores negros y blancos tienen un enemigo común en los capitalistas blancos; los plebeyos ricos y pobres tienen de enemigo común al patricio. La clase se convierte en un terreno en el cual se forman las alianzas, incluso cuando ésta misma no es el objeto del conflicto. La clase siempre cohesiona al poder, incluso cuando ésta este lejos de ser la única determinante. (...) Al hacerlo es necesario presentar la teoría marxista de las clases en una forma que nos permita *distinguir entre la relevancia de la clase y la centralidad de la clase.* Así lo he hecho al focalizar en el nexo entre clase y acción colectiva, siguiendo a Marx al decir que la estructura de clases en todas las sociedades provee la principal explicación del conflicto social entre los grupos organizados." Véase Elster, John, "Three challenges to class", en *Analytical Marxism,* John Roemer (ed.), Cambridge: Cambridge University Press. 1988. pp. 160-161. (Subrayado nuestro).

a partir de un mismo punto antes considerado en este trabajo: el de la heterogeneidad social. Al respecto apuntan lo siguiente:

> El carácter plural y multifacético que presentan las luchas sociales contemporáneas ha terminado por disolver el fundamento último en el que se basaba este imaginario político, poblado de sujetos "universales" y constituido en torno a una historia concebida en singular: esto es, el supuesto de "la sociedad" como una estructura inteligible, que puede ser abarcada y dominada intelectualmente a partir de ciertas posiciones de clase y reconstituida como orden racional y transparente a partir de un acto fundacional de carácter político. Es decir, que la izquierda está asistiendo al acto final en la disolución del imaginario jacobino.[28]

Ellos ubican sus reflexiones en una posición posmarxista radicalizada, en donde la superación del paradigma articulatorio de las clases sociales ha de asentarse en el reconocimiento de una forma de causalidad *distinta* al monismo "integrador" del marxismo:

> Si se quiere avanzar en la determinación de los antagonismos sociales lo que hay que hacer, por tanto, es analizar esta pluralidad de posiciones diversas y en muchos casos contradictorias, y abandonar la idea de un agente perfectamente unificado y homogéneo tal como la "clase obrera" del discurso clásico. La búsqueda de la "verdadera" clase obrera es un falso problema, y como tal carece de toda relevancia teórica o política.[29]

[28] Ernesto Laclau, y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista.* Madrid, Siglo XXI editores, 1987, p. 2.

[29] *Idem,* p. 100.

El impacto de esta reflexión, la cual corre paralela con las posturas de Touraine,[30] Lechner,[31] Aricó,[32] Paramio,[33] pretenden caracterizar la ineficacia del criterio de la dominación de clase como un eje articulador en lo social. Basándose en la recusación obrerista y su reduccionismo colateral, arriban al enjuiciamiento de los sujetos clasistas en general. Con ello dan un salto sin mediaciones desde el paradigma de la clase obrera como "sujeto universal" y desdibujan el *escenario de los antagonismos* con la conclusión de una anulación genérica sobre las clases en términos globales. De una duda o negación singular (sobre la clase obrera) arriban a una "constatación global" (de rechazo total de las "clases subalternas", con *exclusividad*). La orientación inductivista, puede apreciarse, sobrevive intacta y con fuerza insospechada en esta "generalización" acomodaticia. Touraine sustituye la noción de clase por la de movimientos sociales; Lechner transita por la necesidad de recuperar el sentido subjetivo de la política y no de sujeto alguno; Laclau reivindica la inestabilidad profunda de las identidades desde un supuesto contingente no determinable.[34]

[30] Touraine parecería coincidir con el grueso de esas consecuencias políticas en el esfuerzo por definir una estrategia teórico-metodológica con la cual captar las variaciones identificadas por Laclau. Esto, a pesar de que el propio Laclau califica a Touraine de no ir lo suficientemente lejos en la ruptura con la problemática tradicional (Véase Laclau, *op. cit.*, p. 190). Sin embargo, el espíritu central de las objeciones al marxismo es claramente reconocible en este terreno en la obra de ambos. Véase Alan Touraine, *El regreso del actor.* Buenos Aires, Eudeba, 1987, pp. 44-51.

[31] Véase Norbert Lechner, "La democratización en el contexto de una cultura postmoderna", en *Cultura política y democratización.* Lechner (compilador) Buenos Aires, CLACSO-FLACSO-ICI, 1987, p. 254.

[32] Véase José Aricó, "El Limbo de la Izquierda" (entrevista), en *NEXOS.* no. 88, abril de 1985, p. 9.

[33] "...al desaparecer las propuestas globales también ha entrado en crisis la vieja visión de la historia como proceso centrado y encabezado por un sujeto". Véase Ludolfo Paramio, *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo,* México : Siglo XXI, 1989, p. 172.

[34] Al respecto la ponderación de Wallerstein no deja de ser aguda con respecto a los enfoques que relativizan o niegan el rol de clase para la comprensión de los procesos globales: "Desde que en forma abierta el conflicto de clase explícito socava más directamente las bases estructurales del sistema-mundo, no es extraño que se movilice tanta energía contra sus manifestaciones concretas, hasta el punto de negar su existencia." Véase Immanuel Wallerstein, "La crisis como transición", en Amin, Samir, *et al., Dinámica de la crisis global,* México, Siglo XXI, 1983, pp. 30-31.

En resumen: se afirma que las clases ya no pueden ser el centro de la dinámica explicativa de lo social en un sentido amplio; que no ofrecen explicación alguna para la autonomía estatal ni para la compleja trama de la actual forma de "liberalización" y "transición" políticas, ni para el ascenso electoral ni para la militancia partidaria coyuntural, ni para las redefiniciones que hoy acontecen en los diferenciados regímenes políticos latinoamericanos. El paradigma, en cuanto tal, parecería que tocó fondo.

Sin embargo, localicemos con mayor detenimiento las bases de este supuesto cambio en la territorialidad de las clases. Laclau, nuevamente, es un buen ejemplo. Para éste, en la medida que las percepciones discursivas democráticas de los sujetos "impiden estabilizar la subordinación como diferencia..." esto provoca que dichos sujetos colectivos se opongan a las formas que intentan cristalizar la reproducción de la desigualdad. La posibilidad histórica para que ello acontezca se debe a dos factores: 1) a "la transformación de la ideología liberal-democrática en "sentido común" de las sociedades occidentales, que "van a crear las bases para esa progresiva puesta en cuestión del principio jerárquico..." y 2) a lo que, a su juicio, corresponde a las transformaciones sustantivas de la base propiamente material del régimen capitalista: "transición de un régimen extensivo a un régimen intensivo de acumulación. Este último se caracteriza por la extensión de las relaciones capitalistas de producción al conjunto de las relaciones sociales, y la subordinación de estas últimas a la lógica de la producción para el beneficio".[35] Frente a la compleji-

[35] Laclau y Mouffe, *op. cit.*, pp. 178-179.

dad, argumenta Laclau, de la toma de conciencia y de las nuevas expresiones de las conflictividades y multiplicidad de sujetos, "no hay razón para limitar los agentes sociales y la subjetividad social de las clases".[36] El eje central, a su juicio, que proporcionaría justificación a ambas determinaciones en la reubicación de los antagonismos plurales, ha de ser:

> ...las nuevas luchas... (y) deben ser entendidas desde la doble perspectiva de la transformación de las relaciones sociales características de la nueva formación hegemónica de la posguerra, y de los efectos del desplazamiento a nuevas áreas de la vida social del imaginario igualitario constituido en torno al discurso liberal-democrático. Es éste el que ha proporcionado la matriz necesaria para el cuestionamiento de las diferentes relaciones de subordinación y la reivindicación de nuevos derechos.[37]

Un breve comentario sobre ambos considerandos: el del discurso sobre el imaginario igualitario-liberal y el de las transformaciones estructurales en la formación capitalista contemporánea. Sobre el primero, Laclau y Mouffe, desarrollan una primacía determinista de las potencialidades del discurso que, incluso un suscriptor de sus posiciones más generales acerca de las clases, como Ludolfo Paranio, se resiste en aceptar, por el absolutismo obvio que en todo el texto ofrece la "deconstrucción" de lo real por parte de lo que aquél denomina, el "nuevo idealismo del discurso" que conduce a una "hegemonía sin sujeto".[38]

[36] "Radicalizar la democracia: Entrevista a Ernesto Laclau", en *Alternativa Socialista*, Montevideo, año II, no. 3, 15 de enero de 1989, p. 22.

[37] Laclau y Mouffe, *op. cit.*, p. 186.

[38] Colocando de forma "instrumental" la recusación de Paramio, situada en un mismo entorno cultural al de Laclau y Mouffe, se reconoce hasta donde las pretensiones "desconstruccionistas" sobre lo social y político se movilizan. Paramio muestra, agudamente, las restricciones internas de la pretensión de marras: "... en la izquierda occidental se ha producido en años recientes una curiosa oscilación entre el viejo materialismo determinista, en el que se da por supuesto que la base económica y los condicionamientos materiales determinan la estructura del discurso simbólico, y un nuevo idealismo en el que se pretende que toda realidad es discursiva, que la estructura simbólica es lo realmente determinante en la dinámica social. El centro teórico de este nuevo idealismo es la afirmación de que no existen en la práctica social -entendida como práctica discursiva nucleos estables, duros, de sentido". Paramio, Ludolfo, "Del radicalismo reivindicativo al pluralismo radical", en *Cultura política... op. cit.*, p. 18.

Las extremas consecuencias que esta deconstrucción ha provocado en la teoría de la acción aparecen especificadas y criticadas por Perry Anderson cuando afirma que las leyes lingüísticas nunca podrán explicar el acto social en términos de su génesis: éstas logran proporcionar "las condiciones formales de posibilidad del habla, pero no tiene jurisdicción sobre sus verdaderas causas".[39] Al enfatizar, Laclau y Mouffe, sobre lo discursivo, tomando a lo liberal-democrático como eje articulador de nuevas identidades sociales, asumidas como posibilidad relacional de un nuevo eje que trascienda las clases, se hace extensivo a la noción de poder una similar condición de deconstrucción social.[40] A la par del "subjetivismo sin sujeto" nos encontramos con un "poder disociado" de dominación.

[39] Perry Anderson, *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid, Siglo XXI, 1986, p. 56.

[40] Esto último aparece claramente cuando afirman lo siguiente: "La renuncia a la categoría de sujeto como entidad unitaria, transparente y suturada, abre el camino al reconocimiento de la especificidad de los antagonismos constituidos a partir de diferentes posiciones de sujeto y, de tal modo, a la posible profundización de una concepción pluralista y democrática" (*op. cit.*, p. 187.) Que duda cabe de que definen a los antagonismos como desencuentros, en virtud de su diferenciación real. Sin embargo, extienden el juicio a la afirmación de que *diversidad* de posiciones y antagonismos son una buena base para rechazar un poder unilateral y unívoco: "No hay por tanto ningún sujeto ni, por lo demás, ninguna «necesidad» absolutamente radical e irrecuperable por el orden dominante, y que constituya el punto absolutamente asegurado a partir del cual pudiera implementarse una transformación total." *Idem*, p. 190.

El paralelismo utilizado en la visión de lo discursivo y la perspectiva sobre el poder, es extensible a la problemática de las clases. Por supuesto aquí se insiste en una prolongación de la indeterminación de lo histórico-social sobre el campo del antagonismo entre sujetos y actores clasistas. Por eso tal rodeo conduce a conclusiones similares. Sin embargo, los autores hablan de cambios en las condiciones materiales del orden capitalista que permiten fundamentar sus apuestas sobre la multiplicidad de actores y por tanto de antagonismos y conflictos. Veamos este segundo argumento central a su explicación.

Touraine, nuevamente, ejemplifica el extremismo a que arriba el enjuiciamiento de los actores a partir de exagerar la idea de desarticulación existente en la forma de estructuración de la sociedad latinoamericana:

> La fuerte autonomía de los actores políticos en relación con actores económicos resulta básicamente de la ausencia de un Estado asociado al poder económico en las economías dependientes y, por consecuencia, de la indiferenciación del Estado y del sistema político.[41]

La disociación, desde este balance general, es absoluta entre clases, poder, estructuras sociales y políticas, dominación, etcétera. Por su parte, O'Donnell y Schmitter, en su estudio acerca de la transición, resaltan cómo en los procesos de transición se hace imperioso evitar la confrontación con dos agentes sociales: la burguesía y las fuerzas armadas.[42] De manera imprevista, ahora, surgen *superactores* estructurales en la transición "conectados" con el Estado, la economía y la política, con capacidad de ejercer poder y determinación

[41] Alan Touraine, *Actores Sociales y Sistemas Políticos en América Latina*, Santiago de Chile, PREALC-OIT, 1987, p. 117.

[42] O'Donnell y Schmitter, *op. cit.*, pp. 110-111.

social, muy ajustados al paradigma que hemos observado tan insistentemente puesto en tela de juicio.

De igual forma, al ubicar la fuente de la que se sirven Laclau y Mouffe para reconocer las actuales tendencias capitalistas que muestran otros ejes de constitución de sujetos y conflictos -el estudio de Aglietta-, tomado por aquéllos como referente de demostración, resulta que aquél nunca se desprendió del paradigma de las clases sociales.[43]

Para el caso de América Latina, como señala Quijano, el debate, en este punto específico, aparece entrampado al nulificar el contenido de clase en una superposición de lo estatal sobre lo clasista.[44] Así, la hegemonía-dominación aparecerá reubicada; por no decir que reducida a pactos y negociaciones entre grupos, sectores, organizaciones y partidos. Lo clasista será nombrado como lo no clasista. Será lo corporativo el eje con el que se "demuestre" la ineficacia de las percepciones de clase para captar la diversidad de las lógicas ciudadanas o de los nuevos movimientos sociales por-

[43] En ese sentido es pertinente una idea ignorada por Laclau y Mouffe sobre la elaboración de Aglietta: "La *socialización del consumo* se convierte así en un elemento clave de la lucha de clases. Y resulta cada vez más necesaria a medida que son destruidas las formas precapitalistas de la vida cotidiana y las estructuras sociales en las que pueden desarrollarse. Cuando la relación salarial se generaliza a toda la sociedad, los medios sociales de consumo han de ser adquiridos como mercancías capitalistas o bien proporcionados por organismos públicos". Véase Michel Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 104. Precisamente esta aplicación de la mercantilización es la que origina nuevos espacios de conflictividad en donde se localizan ámbitos de subjetividad que no sustituyen y si amplían, complementan o hasta radicalizan los procesos de conflictividad en las sociedades de capitalismo tardío.

[44] "... el hecho de que oponen lo privado capitalista y lo estatal capitalista, es decir, dos caras de la misma razón instrumental, cada una de las cuales encubre uno de los agentes sociales que ahora compiten por el lugar de control del capital y del poder: la burguesía y la burocracia (para algunos, la burguesía estatal)". Ver Aníbal Quijano, "Otra noción de lo privado, otra noción de lo público", en *Revista de la CEPAL*, no. 35, agosto de 1988, p. 107.

tando identidades no arraigadas en el paradigma expurgado.[45]

Esta forma de reconocimiento a la naturaleza y conductas de los movimientos sociales descubrirá nuevos atributos y propiedades capaces de otorgarles una identidad desde una *subjetividad* muy diferente a los de tipo clasistas. Otra historia se narrará de aquí en adelante.

Premisa 4. *Conciben a los "nuevos sujetos y movimientos sociales" esencialmente sistémicos*

La recusación a las clases sociales (como relación social y como instrumento conceptual) y, de manera especial, a la subjetividad revolucionaria de la clase obrera ha llevado a muchos de los científicos sociales latinoamericanos a oponer (y sobreponderar), frente a la organización social y política que se había generado en torno a las acciones e institucionalización de ésta última, la nueva naturaleza global que acompaña la activación y la movilización de los movimientos sociales. Ante la supuesta "declinación" de la clase obrera o de la "alianza obrero-campesina" y de las "clases" en gene-

[45] Otros autores pensarán de forma distinta semejantes condiciones, aun estando en posiciones políticas diferentes: Giddens, en ese sentido, señala que "la separación institucional de las *manifestaciones* del conflicto de clases en las esferas industrial y política, lejos de significar la superación del capitalismo, *es el modo normal de la estructuración del conflicto de clases en la sociedad capitalista*". En Anthony Giddens, *La estructura de clases en las sociedades avanzadas*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, p. 237. Por su parte, Offe apunta que: es posible "discernir en la estructura social capitalista el surgimiento de una potencialidad, cuantitativamente creciente y cualitativamente no integrable, de un sistema de funciones y formas de vida social de tipo no capitalista e incluso a la luz de criterios de valor de uso exclusivamente no productivo, cuya exclusión estructural respecto de los procesos de trabajo y de producción de excedente instiga la movilización de estos grupos". Véase Claus Offe, "La abolición del control del mercado y el problema de la legitimidad", en *El Estado en el capitalismo contemporáneo*, H. R. Sontag, y Héctor Valecillos (compiladores), México, Siglo XXI, 1980, p. 72.

ral, se reivindica, como alternativa social y política, la presencia y movilización de los "nuevos movimientos sociales".[46]

El marco social y político latinoamericano en el que se sitúa esta discusión, en lo fundamental los países de América del sur -en especial el Cono Sur-, es caracterizado por la mayoría de investigadores sociales como un periodo, altamente conflictivo, en el cual ocurre un proceso de transición desde los regímenes autoritarios hacia uno democrático en el que adquiere gran importancia la sociedad civil frente al Estado y la sociedad política. La intensa movilización de diversos tipos de movimientos sociales (que para muchos investigadores es, ahora, sinónimo de sociedad civil) -sobre todo los movimientos que muestran oposición al régimen autoritario- es identificada por los distintos investigadores de la región como un proceso de "reforzamiento de la sociedad civil",[47] o de "resurrección de la sociedad civil",[48] o de "múltiples acciones referidas al marco institucional".[49] Los princi-

[46] En términos propagandísticos se ha llegado a plantear el problema en los términos siguientes: "Es necesario comprender que el sujeto revolucionario de la época del *manifiesto comunista*, la clase proletaria, no juega en los conflictos sociales de la actualidad el mismo papel protagónico que entonces desempeñó y, en cambio, han surgido nuevos agentes revolucionarios (etnias, campesinos, capas medias, mujeres, jóvenes, etcétera), que tienen rangos similares en las contradicciones sociales, que en conjunto y en alianza orgánica constituyen una identidad política nueva con tácticas, metas y formas de organización propias: *El pueblo* [es el] que personifica y sintetiza todos los sujetos que se proponen históricamente el cambio social". Ver Gilberto López Rivas, Eduardo Perera Álvarez, "Los marxistas en el fin del milenio". *Excélsior*, octubre 15, sección El Buho, p. 4.

[47] Ver Ángel Fishflish, *La política como compromiso democrático* (en especial el ensayo "Notas acerca de la idea del reforzamiento de la sociedad civil"). Santiago de Chile, Flacso.

[48] Ver Guillermo O'Donnell y Philippe C. Schmitter, "Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas", (en especial el capítulo 5, "Resurrección de la sociedad civil y reestructuración del espacio público") en: *Transiciones desde un gobierno autoritario*, Buenos Aires, Paidós, 1988.

[49] Ver Fernando Calderón G. y Mario R. Dos Santos, "Movimientos sociales y democracia: los conflictos por la constitución de un nuevo

pales países que se investigaron sufrieron la desorganización y destrucción de la sociedad política y la sociedad civil por medio de la fuerza militar y la coerción institucional. Sólo las corporaciones empresariales quedaron intactas en espacios redefinidos.

El planteamiento más radical sobre la nueva preeminencia de los movimientos sociales concibe, al interior de la sociedad civil movilizada en contra del régimen autoritario, a las fuerzas socio-políticas que constituyen el conflicto social de la región latinoamericana como una dicotomía en la que se oponen los sectores que ellos han caracterizado, por un lado, como "tradicionales" y, por otro, como "nuevos". Los trabajos de CLACSO, por ejemplo, han llegado a plantear la constitución de un "nuevo orden", el orden democrático, no sólo político sino social, a partir de este tipo de acción colectiva y del posible proceso de formación de "nuevos sujetos históricos": "¿Es posible en estos países la constitución de nuevos actores sociales que dentro de marcos democráticos disputen la historicidad a los sectores tradicionalmente dominantes?."[50]

Otro grupo de investigadores, el del programa FLACSO-Chile afirma:

> la historia latinoamericana es rica en movimientos sociales de la más diversa naturaleza y los más diversos signos. Esa historia, que quedó sepultada por una memoria colectiva oficial determinada por la visión del partido como agente principal y casi único, y de la organización formal contemporánea como forma de asociación por excelencia, comienza a ser rescatada por una sensibilidad científica y política nueva.[51]

orden", en *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*, Buenos Aires, Clacso, 1987.

[50] Ver Fernando Calderón, y Mario Dos Santos, "Movimientos Sociales y Democracia: los conflictos por la constitución de un nuevo orden", en *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*, Buenos Aires, Clacso, 1987, p. 12.

La polarización antes mencionada queda mejor delineada, en la exposición de este grupo, cuando se refieren a las características más importantes de los "nuevos movimientos sociales":

> Ideológicamente, la idea de movimiento responde a una necesidad de redemocratización social y política, sentida de manera más precisa y consistente en segmentos de las *intelligentzias*, y probablemente con resonancias positivas en diversos sectores de las masas, en virtud de actitudes y exigencias prácticas más vagamente definidas. En estos términos, constituye una reacción al predominio, ideal y práctico, de un modelo formal de organización, con acentuados rasgos burocráticos, esencialmente jerárquico, centralista y autoritario. En el dominio político, esa reacción es concretamente contra el paradigma leninista del partido, al cual, con matices diversos, la mayoría de los partidos latinoamericanos procuran ajustarse, conciente e inconcientemente.[52]

Estos autores se refieren a los nuevos movimientos sociales enfatizando sobre los modelos formales de organización asumidos por éstos y subordinando las relaciones de domi-

[51] Ver A. Fishflish, N. Lechner y T. Moulián, "Problemas de la democracia en América Latina", en *Democracia y desarrollo en América Latina*, Buenos Aires, GEL, 1985, p. 88.

[52] Ver A. Fishflish, *et al*, *op. cit.* pp. 89-90. Los partidos de izquierda que adoptaron el esquema de organización leninista, sobre todo la del partido de vanguardia (no el del segundo periodo, el abierto de masas), el celular y clandestino, nunca tuvieron una gran influencia entre las masas, precisamente por su carácter subterráneo. Resulta difícil pensar que los movimientos sociales tengan una reacción tan radical a un hecho de organización tan limitado y quizá ignorado por grandes sectores de las masas en América Latina.

nación, que expresan su relación con el Estado. Esto no invalida la importancia que tiene la especificidad organizativa de los movimientos sociales frente al Estado y/o ante ellos mismos.

El importante grupo latinoamericano del Wilson Center no participa de la visión polarizada de los anteriores investigadores aún cuando el concepto de clase social que utilizan tenga casi un sentido clasificatorio y un peso similar a otras características que conforman "la identidad común" del "pueblo" ("la sociedad civil activada y politizada"). Este organismo está constituido por diversos grupos con una extensa gama de intereses y motivaciones para la acción política (en consecuencia, para el conflicto) cuyas connotaciones provienen de dimensiones diversas como "la clase, *status*, sexo, religión, procedencia étnica, lenguaje, generación" o "las creencias ideológicas y adhesiones partidarias".[53]

Este grupo reconoce que la dinámica de la transición depende de las "predisposiciones, cálculos y pactos establecidos por la élite" (y no por el enfrentamiento entre las clases), por un lado, y por otro, de la movilización generalizada de la sociedad civil, formada por una diversidad de movimientos sociales que se han constituido en torno a motivaciones e intereses múltiples, pero que se expresan, movilizan, articulan y participan en este proceso de transición. También reconoce, el grupo Wilson Center, que muchas de estas formas de asociabilidad popular, no clasistas, tienen características políticas, a su interior, de importancia para la acción democratizadora y que pueden impactar la institucionalidad política territorial y local de cierta importancia.[54]

[53] Ver O'Donnell & Schmitter, *op. cit.*, p. 89.

[54] "...lo que aquí interesa es que son numerosos y que sus procesos internos con suma frecuencia muy igualitarios y participativos. Y esto tiene importantes corolarios para la cultura política emergente en la transición. De pronto aparecen una multitud de foros populares (por efímeros que resulten algunos de ellos) en los que el ejercicio y el aprendizaje de la ciudadanía fructifica en debates sobre las cuestiones cotidianas preocupantes. La proliferación de estos espacios populares obliga a los ejecutores de la política a prestar atención (y destinar recursos) a problemas puntuales perturbadores de la vida urbana que el régimen anterior o bien soslayó, o bien abordó de una manera imperativa y tecnocrática. Los pactos sociales amplios o las reformas globales en el plano nacional no resuelven tales problemas, y por ende el proceso político emergente incluye elementos descentralizadores que pueden profundizar sus raíces democráticas". Ver O'Donnell & Schmitter, *op. cit.*, p. 87.

Por otra parte, en forma simultánea a la discusión del problema de la generación y constitución de los movimientos y las relaciones sociales que estructuran el conflicto social, aparece otro aspecto de la discusión, que aunque aparenta ser lateral o superficial al otro, incorpora -en verdad- los límites temporales del problema de los movimientos sociales: la búsqueda de la especificación de qué es lo que hace "nuevos" a estos movimientos, con sus interminables argumentaciones.[55]

En lo hasta aquí expuesto en este apartado, es importante destacar dos tipos de relaciones que están determinando las

[55] J. E. Vega ha afirmado que "muchas de las nuevas formas de hacer política, destacadas por los científicos sociales en los últimos años, no son tan nuevas, sólo que durante un largo tiempo carecieron de la visibilidad que nuevas circunstancias le confieren", referencia hecha por A. Fishflish, *et al.*, *op. cit.*, p. 88.

André Gunder Frank y Marta Fuentes, opinan al respecto: "Los 'nuevos' movimientos sociales son viejos, pero tienen algunas características nuevas" (...) Los múltiples movimientos sociales de occidente, sur y este que hoy son denominados "nuevos", constituyen con contadas excepciones nuevas formas de movimientos sociales que han existido a través de los tiempos. Irónicamente, los movimientos "clásicos" de la clase trabajadora y sindicales, surgieron principalmente en el último siglo, y con el paso del tiempo parecen ser más un fenómeno transitorio relacionado con el desarrollo del capitalismo industrial. Por otra parte, los movimientos campesinos, de comunidades locales, étnicos/nacionalistas, religiosos y hasta de mujeres/feministas han existido por siglos y hasta milenios en varias partes del mundo (...) Sólo los movimientos ecológicos/verdes y los pacifistas pueden llamarse legítimamente "nuevos", y esto porque responden a necesidades sociales que han sido generadas más recientemente por el desarrollo mundial... Pero aún éstos no son totalmente nuevos." Ver el artículo de los autores en este mismo volumen.

discursividades anteriores sobre los movimientos sociales y que pueden servir para profundizar sobre el papel de éstos últimos en el ámbito político de las sociedades latinoamericanas: a) la relación entre clases sociales y movimientos sociales (este aspecto ha sido ya tratado en apartados anteriores) y b) la relación entre movimientos sociales y la vida política actual. Ambos tipos de relación referidos a su significación ante complejos fenómenos como el conflicto y la estabilidad en la vida política de los países latinoamericanos.

La sola presencia de los diversos movimientos sociales[56] constata, en efecto, la existencia de actores colectivos clasistas y no clasistas y, también, que los conflictos políticos no son únicamente los de clase. Sobre el particular es útil la consideración que Elster, en términos generales, plantea:

> Una mirada al mundo contemporáneo muestra que el conflicto social está muy lejos de ser siempre clasista. Los sentimientos religiosos son la principal fuente de lucha en el Medio este, Irlanda del Norte o Shri Lanka. Los conflictos raciales conforma la vida social en África del Sur y en los Estados Unidos. las diferencias lingüísticas movilizan las masas en Bélgica o Canadá. Los sentimientos nacionalistas permanecen tan potentes como siempre en casi todo el mundo. Estas características de la identidad cultural generan actores colectivos en una vasta escala...[57]

[56] Cuando se habla de movimientos sociales se hace referencia, en lo fundamental a los de origen obrero, pobladores, guerrilleros, cooperativos, comunidades eclesiales de base, mujeres, indígenas, cívicos, juveniles, burócratas, etcétera. Algunos hacen asociaciones más generales: movimientos regionales, de género, étnico-culturales, de clase, étnico-religiosos, etcétera. Con menor frecuencia se habla de los movimientos ecologistas y pacifistas, que en otras latitudes alcanzan, por sus actividades y peso político, mayor atención por parte de políticos y científicos sociales.

[57] Ver Jon Elster, "Three challenges to class", en *Analitical marxism*, John Roemer/Cambridge University Press, p. 159. Roemer, en la introducción a este libro, introduce el ensayo de Elster de la siguiente manera: "Elster presenta varios desafíos a la discusión sobre si las clases son el actor colectivo más importante en la historia, al afirmar que las coaliciones organizadas en torno a otro *focus* como, por ejemplo, el lenguaje, la nacionalidad y la religión (que no son determinados a sí mismos por la clase) pueden ser igual de o más importantes. No duda que las clases existan, sino si ellas son las colectividades centrales para comprender la historia. *Idem*, p. 5

La existencia de esta pluralidad de movimientos sociales, no obstante, no niega ni desplaza, de manera alguna, la presencia de los elementos característicos de la clase en los diferentes tipos de conflicto político. Resalta, no obstante, la importancia, como ya antes se había señalado, de "distinguir entre la relevancia de la clase y la centralidad de la clase".[58] Si el análisis de la acción colectiva no puede prescindir de los elementos constitutivos más importantes de la conflictividad, sean o no clasistas, tampoco puede desconocer las líneas de jerarquía y desigualdad en general, o al menos de prioridad que, en diferentes periodos, adquieren las distintas relaciones constitutivas, ya que dichas líneas son las que ordenan los vínculos de determinación y condicionamiento en dichos conflictos.

Un conflicto étnico-cultural, o religioso, o de liberación nacional, por ejemplo, podría estar organizado de manera predominante sobre relaciones no clasistas, pero es imposible imaginar a los grupos que lo dinamizan sin las características de clase que lo cruzan y constriñen -aunque estas no sean el centro del conflicto-: es decir, aquellas que emergen de su situación en el mercado (de bienes y de trabajo), de su relación de propiedad o de sus vínculos con el ejercicio del poder, además de la peculiar forma de optimizar esas dotaciones sociales. Por el contrario, tampoco es posible pensar un problema de clase sin sus determinaciones culturales, sociales, políticas, cotidianas, etcétera. Si la nueva subjetividad política es constituida sólo por una determinada relación

[58] Ver nota no. 26 del presente trabajo.

(verbigracia lo económico o la transición a la democracia) o por varias relaciones no clasistas, sin considerar las dimensiones de clase, aún cuando éstas últimas no estén provocando el conflicto, es repetir el procedimiento explicativo reduccionista que llevó a que la clase gozara de una hegemonía conceptual ahistórica. Complicando el intento de conocer la realidad, sustituyendo lo clasista o lo económico por un acento en la modernización estatal y/o los nuevos movimientos sociales.

Un autor calificado como neo-weberiano, Frank Parkin, que subtitula su libro sobre el marxismo y las clases sociales, *Una crítica burguesa*, al analizar la relación entre la etnia y las clases sociales propone una forma de utilización más compleja del concepto:

> Por otra parte, como las divisiones de las líneas comunales casi siempre se cortan sobre las divisiones de clase, ignorar los efectos de la etnia es empobrecer el análisis de clase. Cada vez más, en forma creciente, se hace menos posible operar con modelos de clase basadas, de manera predominante, sobre categorías extraídas de la división del trabajo, las relaciones de propiedad o del sistema productivo, cuando el carácter político de la acción colectiva está condicionado por la constitución social y cultural de los grupos involucrados. Esto sugiere no sólo que la etnia y el conflicto comunal deban ser tomados tan seriamente como la clase y el conflicto de clase sino que los dos conjuntos de fenómenos deban de ser integrados a nivel conceptual.[59]

Lo importante es reconocer, entonces, cómo se forma el conflicto político y qué fuerzas lo constituyen, qué líneas de

[59] Ver Frank Parkin, *Marxism and class theory. A bourgeois critique*. New York, Columbia University Press, 1979, p. 42. Elster también cita a Parkin. Ver Elster, *op. cit.*, p. 159.

determinación y conformación se establecen entre las fuerzas, las relaciones que decantan y las posibilidades de su permanencia, continuidad e impacto en la vida política.

La cuestión es estudiar la *acción colectiva* para conocer su capacidad dentro del conflicto, las formas precisas en que sus relaciones constitutivas se combinan para formar, en los nuevos marcos estructurales en que se desarrollan, características (límites y márgenes) sistémicos y/o anti-sistémicos, y si estas fuerzas son factibles de ser pensadas o no como factores permanentes de la estabilidad socio-política. Esto hace, de forma más directa, a la segunda relación que fue planteada anteriormente: la relación entre los movimientos sociales y la vida política. La relación de los "nuevos" movimientos con las estructuras, los aparatos, los mecanismos y acciones que hacen a la estabilidad política, pensada en términos de regímenes democráticos.

Los equipos de investigación sobre América Latina a que se hace referencia, han rastreado con mucha rigurosidad la posibilidad de la constitución de una nueva subjetividad política a partir de este tipo de movimientos y conflictos que, de manera supuesta, mantienen una relación de neutralidad en relación al fenómeno de clase. Como ya se ha señalado, y ahora se quiere resaltar el carácter restrictivo de este hecho, el conflicto es reconocido sólo y dentro de los parámetros de un proceso de transición, controlado y delimitado por los sectores "duros" y "blandos" de una élite dominante con diferencias internas. Por otra parte, debe de verse como otro elemento restrictivo la perspectiva de normatividad con que el investigador concibe la realidad política.[60] ¿Cómo se afec-

[60] El grupo del Wilson Center afirma al respecto: "El primer tema general compartido [en la formación de su equipo de investigación] es de índole normativa, y se refiere a que la instauración y eventual consolidación de una democracia política constituya, *per se*, un objetivo deseable (...) todos han concordado en que la fijación de ciertas normas sobre una competencia política regular y formalizada merece la atención prioritaria

a el estudio de un conflicto, de las fuerzas que lo integran y le las condicionantes estructurales si, desde el inicio, se delimita el campo de la acción colectiva a las posibilidades de "modificaciones, perfeccionamientos o profundizaciones del marco institucional democrático" que han permitido la apertura (y por supuesto la continuidad) del régimen? [61]

El fuerte criterio normativo con que se hace la aproximación a la democracia, el conflicto y los movimientos sociales orientan el análisis hacia el campo de la institucionalización y la permanencia política. El equipo de CLACSO es muy claro en esta orientación:

> Las relaciones de poder y de dominación políticas son cuestionadas en su propio terreno cuando se alcanza la arena institucional, aunque también esa arena es la que permite afianzarlas, darles permanencia y legitimidad. De allí que interese saber si estamos ante procesos de experimentación institucional fruto de innovadoras

de los estudiosos y de los profesionales". Ver O'Donnell & Schmitter, *op. cit.*, 15/16. Pueden encontrarse posiciones similares en los equipos de CLACSO Y FLACSO-Chile.

[61] Esta orientación de (compromiso con) la normatividad ha llevado al lecho de Procusto a ciertos investigadores: "El presupuesto básico del que partimos en este trabajo está tomado del documento de referencia del proyecto RLA 86/001 (pág. 6)", "interesa indagar una correlación positiva y recíproca entre democratización/modernización del Estado, e integración social/incremento de gobernabilidad". Para ello hemos seleccionado un número de variables que parecen las más indicadas dada la experiencia salvadoreña, para dar cuenta de las categorías arriba indicadas, agrupadas alrededor del tema de las "transformaciones del sistema político" (en tanto complejo de relaciones sociales como aparato institucional). En lo posible hemos procurado introducir en la exposición la mayor parte de las "subdimensiones" sugeridas en el documento, así como otras (en particular el agente externo) que resultan relevantes para el análisis del caso salvadoreño". Ver Jorge Cáceres P. "Estado, sociedad y política en un contexto de insurgencia popular: El Salvador 1980-1987", en *2. Democratización/ modernización y actores socio-políticos*. Buenos Aires, CLACSO, 1988, p. 333. (subrayado nuestro).

> orientaciones de la acción colectiva, que asume "tareas globales" al impulsar cambios en los marcos institucionales, o si se trata sobre todo de adaptaciones institucionales en condiciones de crisis y/o cambio de régimen requeridas por los sistemas políticos para lograr la gobernabilidad del sistema.[62]

La necesidad de conocer la capacidad de institucionalización y de normar sobre el conflicto ha orientado el recuento de los movimientos sociales con el fin de definir la conducta de las fuerzas movilizadas para incorporarlas al cálculo político de la formación de la estabilidad o, de manera especial, al de ciertos espacios de las tomas de decisiones. La idea es encontrar elementos que ayuden a terminar con, o al menos reducir, la incertidumbre política en la región. La política ha de desarrollarse en los márgenes específicos que posibiliten prever los procesos de toma de decisiones, la presencia de actores reconocidos y reconocibles, de intereses claramente situados, así como de, por otro lado, funciones y mecanismos que muestren plenamente sobre cuáles y en qué decisiones es posible esperar resultados lógicos para los sujetos participantes. Por supuesto se trata de reducir al máximo la incertidumbre en los resultados de decisiones políticas complejas.

El objetivo básico, al estudiar a los "nuevos movimientos" sociales y sus relaciones de conflicto, ha sido el de captar su potencialidad para efectuar compromisos sociales o, en su variante política, pactos políticos, que puedan tener continuidad y duración, es decir, dimensiones de estabilidad. El

[62] Ver Calderón & Dos Santos, *op. cit.*, pp. 12. Más adelante dicen: "Siendo así, no se puede dejar de pensar que una consolidación de la democracia en nuestros países requiere no sólo cambios en la trama de actores políticos claves, sino también el auxilio de un orden jurídico modificado que contribuya a conjurar tales precariedades o deficiencias". *op. cit.*, p. 15.

problema es que no siempre y no todos los conflictos pueden (y son necesarios de) institucionalizarse para los efectos propuestos. ¿Cuáles son los conflictos y movimientos que son registrados como importantes para las relaciones políticas básicas de una sociedad? ¿Y cuándo? Es por esto, que frente a la ausencia de respuestas de las diversas tendencias aquí consideradas, el pacto, en sí mismo, ha sido estimado como la transición a una nueva forma política en América Latina, y no que la transición se desarrolla mediante pactos. Estos autores, al no diferenciar este punto, terminan por caracterizar a los movimientos sociales como fuerzas sistémicas "obligadas a pactar" y a producir "una nueva institucionalidad". De esta forma, el discurso con que hacen el "juicio al sujeto" es para forzar su institucionalización. Si la revolución no es posible en la periferia, según los autores, sólo es tangible la acción de reformas, constituyéndose un "sujeto democrático" que, de manera presumible, hoy "predomina" en la acción colectiva. Así, normatividad, pacto, e institucionalización son utilizados, por estos autores, para pensar la transición a la nueva subjetividad de América Latina sin contradicciones insuperables.

Por otra parte, el pacto no termina con el conflicto; es en todo caso un mecanismo de control/negociación/institucionalización que puede posponer el punto de saturación de una crisis pero no resolverla. De forma distinta, hay pactos que originan y/o profundizan los conflictos abriendo momentos de lucha hacia nuevos tipos de institucionalidad. Lo cual, también, llevaría a reconocer periodos de existencia de institucionalizaciones temporales que pueden conducir a formas más permanentes sin que con ello se elimine la presencia contradictoria de las fuerzas en conflicto. Al parecer otra de las dimensiones de la transición, la relación entre pactos y crisis y las fuerzas sociales, es ignorada. Sorprende en este sentido, que, en América Latina, investigadores no adscritos a tendencias originalmente conservadoras postulen

el pacto como "resolución" a las crisis de "gobernabilidad" y "legitimidad". Tomando una distancia de los conflictos que ni siquiera la tradición neo-conservadora se atreve hoy a ignorar en las sociedades de estado de bienestar.[63]

III. Nota final: repensando el juicio (y sus límites)

De las reflexiones anteriores es posible adelantar las siguientes conclusiones preliminares. Por un lado, los movimientos y fuerzas sociales en América Latina deben ser comprendidos no sólo y/o exclusivamente desde el ángulo de la institucionalización de sus objetivos, formas de acción y organización social, sino que además, por otro lado, su caracterización debe incorporar la capacidad de constituirse como *fuerzas antisistémicas*, operando *disruptivamente* en ámbitos globales o sectoriales del sistema. Arribando a niveles de organización y negociación que no posponen o eliminan la

[63] En su análisis de las teorías conservadoras de la crisis, Offe llega a la siguiente conclusión: "Lo que, sin embargo, llama más la atención es que, en su mayor parte, esa corriente señala causas de la crisis que están relacionadas directa o indirectamente con la peligrosidad continua de *conflictos de clase*, o con su insuficiente institucionalización, es decir, con un problema de fondo que había negado o consideraba como definitivamente superado una parte considerable de los escritos politológicos y macrosociológicos de los años cincuenta y sesenta. Muchas páginas de esa producción neo-conservadora parecen proceder de una serie de estudios monográficos de casos que confirman la tesis de Marx de que la democracia burguesa y el modo de producción capitalista mantienen una relación tensa entre sí, precaria e irresoluble en el fondo. La diferencia consiste únicamente en que los teóricos neo-conservadores de la crisis no consideran el *trabajo asalariado* capitalista como causante de la crisis, sino los acuerdos institucionales de la *democracia de masas* del estado de bienestar, que tratan de eliminar: "lo que los marxistas atribuyen equivocadamente a la economía capitalista –dice Huntington– es en realidad una consecuencia del proceso político democrático". Véase Claus Offe, "Ingobernabilidad". Sobre el renacimiento de teorías conservadoras de la crisis", en *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Madrid, Sistema, 1988, pp. 28-29.

real diferencia de intereses entre grupos, sectores o fracciones de clase bajo un periodo o etapa histórica específica. Pero tampoco, como es lógico suponer, conducen a la "uniformidad" estricta de subjetividades heterogéneas, sin centralidad o síntesis estructurales.

Es indudable que la organización social global de los sujetos puede enfrentar problemas que tienen que ver con la identidad cultural, con su carácter espontáneo, fragmentarios y coyunturales, con sus preocupaciones ligadas a la cotidianidad y/o a la obtención o expansión de derechos sistémicos. Aquí, y nadie lo puede negar, los sujetos construyen sus perfiles de identidad o conflicto, aún cuando no sobrepasen las reglas de reproducción del orden social. Esto no es nada nuevo desde la reflexión de la tradición sociológica clásica. Lo novedoso es reconocer los ámbitos de generalización, globalización y contradicción con que tales subjetividades en momentos específicos se desbordan como resultado de una saturación de valores, normas y reglas de socialización incompatibles con los modos y mecanismos institucionales de producir consenso y legitimidad histórica. Es a esta preocupación a la que nos dirigimos al ponderar la reciente literatura sobre el tema en cuestión. Pretendiendo reconocer sus límites, por demás estrechos, constatamos una *vuelta* a presupuestos reduccionistas, aun y cuando se reconozcan diferencias y matices que, quizá, por el caracter descriptivo del presente trabajo, queden un tanto achatadas con respecto a determinados autores aquí mencionados. Sin embargo, lo esencial lo constituye la apreciación sobre la visión deformada que ignora realidades tangibles, que no han desaparecido a pesar de la fácil algarabía ideológica con que se diagnóstica el rol periclitado o ascendente (y "nuevo") de determinados sujetos en los textos en cuestión.

Con lo precedente queremos sugerir que el "juicio al sujeto" *subalterno*, de *clase* o en franco *antagonismo procesual o estructural*, ha sido desarrollado de manera unilateral

y ahistórica. Haciendo más difícil el reconocimiento de la subjetividad política y social realmente existente. Ponderándose aspectos restrictivos y no siempre fundamentales. Por lo tanto, en este juicio percibimos un conjunto de *limitaciones* que obstruyen el reconocimiento de las formas de subjetivación estructurantes de la acción social semejantes, contradictorias y particulares. Pensamos que colocarse bajo esta perspectiva implica reducir la posibilidad de ubicar el horizonte en donde operan las formas de estabilidad, contradicción, crisis y cambio sociales. Por lo tanto, nuestro propio juicio no puede emplear un discurso "pluralista" para arribar a una lógica unilateral: la transición y consolidación vistas como uniformidad y acotamiento institucional exclusivo y único: ¡las democracias plesbicitarias de la periferia!

No es posible reducir la historia política reciente a un criterio de lógica de gobernabilidad o de gestión organizacional. Los acontecimientos regionales van más allá de la "acción racional" que sólo oculta los onerosos costos sociales sobre los que se alcanzan las "democracias gerenciales". Un proceder desde semejante óptica debe ser discutido y rechazado por inconsistente.

Asimismo, la asunción histórica sobre la conciencia de los grupos subalternos, o sobre los parámetros culturales y políticos de las clases dominantes, así como de las formas recientes de subjetivación de masas frente a experiencias autoritaristas diferenciales no pueden obviar el lugar y relevancia de los antagonismos sistémicos. De negarnos ante ello, reducida será nuestra capacidad para captar el sentido y profundidad de las restricciones político-estructurales aun actuantes en la constitución de los actores y fuerzas sociales relevantes en la escena político-social latinoamericana. Pero además, escasa claridad nos arrojará el disociar el carácter y naturaleza clasista del Estado de la de los regímenes políticos en las fases de crisis institucionales, de pactos, alianzas y reestructuraciones políticas continuadamente concentradas,

centralizadas y desiguales, en sus consecuencias y efectos globales. Estos criterios hacen factible reconocer las formas de existencia de la subjetividad y sus modos de acción correspondientes; permitiendo, de esta manera, repensar con una mayor certeza los límites de la acción y del juicio al sujeto.

ÍNDICE

Pág.

PRESENTACIÓN 5
Rafael Guido Béjar
Otto Fernández Reyes
María Luisa Torregrosa

1968. REVOLUCIÓN EN EL SISTEMA-MUNDO TESIS E INTERROGANTES 15
Immanuel Wallerstein

I. Los orígenes 17
II. Los legados 25
III. Las lecciones 33
IV. Conclusión 40

DIEZ TESIS ACERCA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES 43
André Gunder Frank
Marta Fuentes

I. Los "nuevos" movimientos sociales son viejos pero tienen algunas características nuevas 46
II. Los movimientos sociales se diferencian entre sí, pero comparten su motivación moral y su poder social 50
III. Los movimientos sociales son cíclicos 53
IV. La composición de clase de los movimientos sociales 59
V. Los movimientos sociales y el poder estatal 63
VI. Los movimientos sociales y la transformación social 67

Pág.

VII. Desligamiento y transición al socialismo en los movimientos sociales 69
VIII. Coaliciones y conflictos entre los movimientos sociales 73
IX. Lo impropio del "buen" consejo externo a los movimientos sociales 77
X. La nueva democracia civil 78

EL MOVIMIENTO VERDE: UNA EXPLORACIÓN SOCIO-HISTÓRICA 81
Johan Galtung

I. El movimiento verde: una caracterización ideológica 84
II. El movimiento verde: una caracterización histórica 87
III. El movimiento verde: una caracterización sociológica 95
IV. Conclusiones: el movimiento verde llegó para quedarse 103

LAS NUEVAS FORMAS DEL MOVIMIENTO SOCIAL 107
Samir Amin

EL JUICIO AL SUJETO: UN ANÁLISIS DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA 117
Rafael Guido Béjar
Otto Fernández Reyes

I. Introduccción 119
II. Premisas sobre las fuerzas/movimientos sociales en América Latina 122
III. Nota final: Repensando el Juicio (y sus límites) 167

El juicio al sujeto se terminó de imprimir en la ciudad de México durante el mes de noviembre de 1990. La edición en papel de 72 gramos, consta de 2,000 ejemplares más sobrantes para reposición y estuvo al cuidado de la oficina lito-tipográfica de la casa editoria.